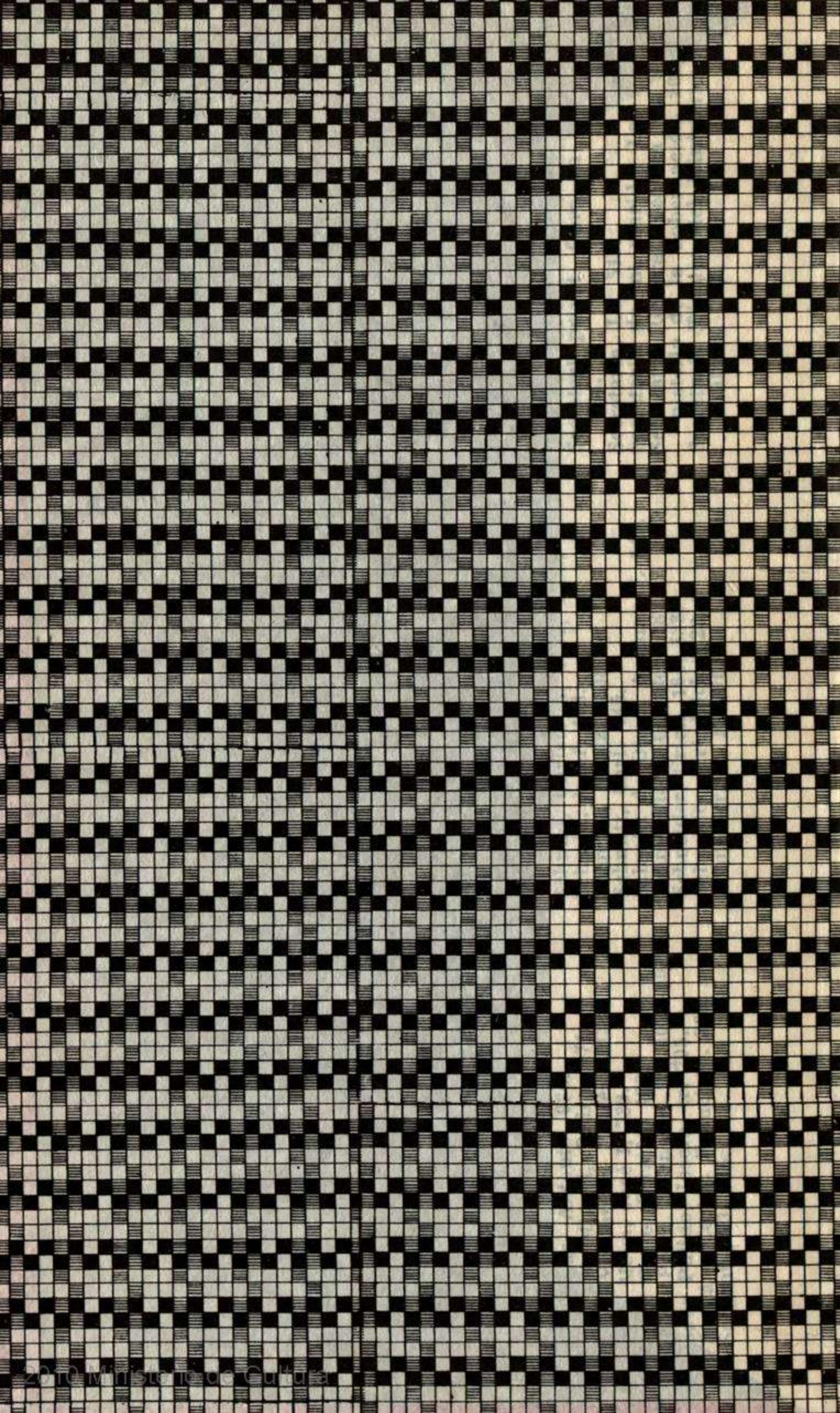
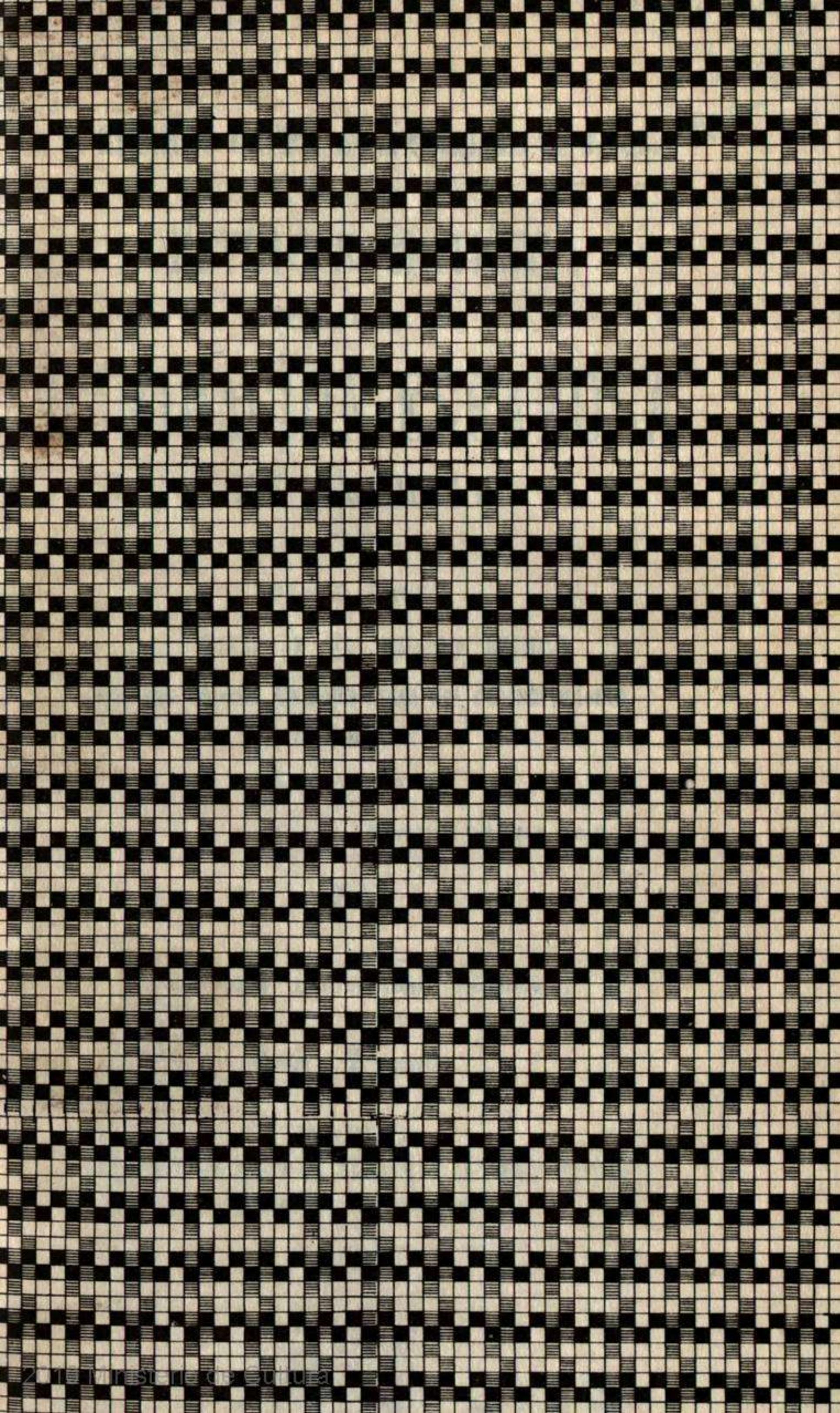




80





93 (718)
CAPA
est

P. RICARDO CAPPÀ, de la Compañia de Jesús.

ESTUDIOS CRÍTICOS

ACERCA DE LA

DOMINACIÓN ESPAÑOLA
EN AMÉRICA

PARTE QUINTA

EL VIEJO Y EL NUEVO MUNDO

¿Qué era España un siglo antes del descubrimiento
de América?

(Continuará).

Tractent fabrilia fabri.

XV

Con las licencias debidas.

Precio: 2 pesetas.

MADRID

LIBRERIA CATOLICA DE GREGORIO DEL AMO, EDITOR

Calle de la Paz, núm. 6.

1895.



R. 2.032.

Es propiedad.

delo

ESTUDIOS CRÍTICOS

ACERCA DE LA

DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN AMÉRICA

PARTE QUINTA

LIBROS Y AUTORES

España. — Sus monumentos y artes.
Semanario Pintoresco Español.
Recuerdos y bellezas de España.
Diccionario Geográfico de Madoz.
Toledo Pintoresca.
Las ruinas de Poblet.
España Artística y monumental.

Excmo. Sr. D. José Amador de los Ríos.
Sr. D. José María Quadrado.
Sr. D. Pablo Piferrer.
Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer.
Sr. D. Ventura García Escobar.
Excmo. Sr. D. Francisco Pi y Margall.
Excmo. Sr. D. Pedro de Madrazo.
Sr. D. Rodrigo Amador de los Ríos.
Sr. D. Nicolás Castor de Cauneda.
Sr. D. Luis de Castro.
Sr. D. Francisco Suárez Bravo.
Sr. D. J. Guillén Buzarán.

Madrid, 1895.—Imp. de L. Aguado.—Pontejos, 8,

PRÓLOGO

Tiene este libro por objeto dar á conocer á los americanos cuál era el estado de España un siglo antes del descubrimiento de América. Y como nada más profesado en el Nuevo Mundo que nuestra pobreza y abatimiento, que nuestra rusticidad y atraso hasta que Cortés y Pizarro segaron con su espada las gargantas de Guatimozín y de Atahualpa, veré de dar aquí materia para que quede en relieve lo equivocado de este juicio.

Ahora sólo tocaré lo perteneciente á las bellas artes y á las industrias más principales: lo demás, ó está ya dicho, como, v. g., lo que hace á la marina, ó se dirá en sitio más propio y oportuno.

Nada es mío de cuanto en estas páginas se dice; de dónde lo copio y quién sea el

autor de ello, irá escrupulosa y religiosamente anotado al fin de cada trozo; y si me tomo la libertad de abreviar á veces no escasa parte de los artículos con que formo este libro, es sólo suprimiendo aquello que no les hace desmerecer en nada de su mérito, y que no ha de dar mayor realce á lo que en ellos se describe.

La variedad de autores y materias que entran en este tomo, no puede menos de hacer desigual el estilo: no sé si esto afeará la obra ó aliviará el cansancio de la lectura en algunas partes; como quiera que sea, no está en mi mano el remedio para quienes lo deseen.

Lo que sí he procurado, ha sido evitar la pesadez propia de las prolijas y repetidas descripciones de obras arquitectónicas cuajadas de términos técnicos las más, y para ello, después de dividir y separar en tres secciones lo referente al ramo de arquitectura, á saber: la civil, la religiosa y la militar, he ido mezclando las descripciones cortas y aligeradas de tecnicismo con otras más extensas. Que todas sean de nuestros más reputados é inteligentes escritores, lo abonan los firmantes de ellas.

Hechas estas salvedades, recordaré que, habiendo sido el descubrimiento de América por Colón en 1492, es evidente que, cuanto en orden á nuestra materia se hizo en España de 1400-1500, período á que me li-
mito, no pudo hacerse con los recursos del Nuevo Mundo.





ARQUITECTURA Y ESCULTURA

UNA idea preside á todos los monumentos de la época que vamos á reseñar, y es la estrecha unión entre la arquitectura y la escultura, lo mismo en los góticos de fines del siglo xv que en los platerescos, que en los italianos: el fenómeno, dice el Sr. D. Francisco Suárez Bravo (1), se advierte siempre en todas aquellas épocas felices en que las artes se desarrollan de una manera normal.

Y la unión es tan íntima, que «los primeros escultores Gil y Diego de Siloé, y sus compañeros, son al mismo tiempo los primeros arquitectos de su patria, como sucedía en Italia por entonces, y como lo fue-

(1) Conferencia de 21 de Octubre de 1893, dada en Barcelona.



ron en Grecia Scopas y Policleto, y en época de decadencia el Bernino.

»Escultura y arquitectura, en vez de renegar de su parentesco, se buscan; y en lugar de disputarse la primacía, cada una de ellas se ve honrada, favorecida y realzada por su compañera.

»Ninguna de las dos pierde con esto: en los frontones de los templos griegos realizó la escultura sus inspiraciones más espléndidas; sin que acertemos hoy á decidir si fué el arquitecto el que creó aquellos espacios triangulares para que el escultor desarrollara en ellos sus ideas de un modo más brillante, ó si fué el escultor quien, en obsequio del arquitecto, llenó aquellos espacios vacíos».

Uno de los grandes monumentos que el siglo xv nos presenta de esta verdad, es la tan justamente renombrada Cartuja de Miraflores.

La Cartuja de Miraflores.—«El Rey Don Juan II de Castilla, queriéndose erigir una sepultura para él y su esposa, cedió á los cartujos el palacio de recreo que su padre había construído en Miraflores, cerca de Burgos, y confió á Juan de Colonia, el genial arquitecto de la catedral, los planos de la iglesia.

»Durante el reinado turbulento de Enrique IV quedó en suspenso la obra; pero, al subir al trono Doña Isabel la Católica, puso especial empeño en levantar á sus padres un suntuoso enterramiento, y encargó su terminación á Simón de Colonia. Ella costeó en gran parte las obras del monasterio y de la iglesia, destinándola á panteón real de sus padres y hermano, y se cuenta, en prueba del interés que mostró en aparecer como su exclusiva fundadora, que en uno de los frecuentes viajes que hacía al monasterio, al ver en una de las vidrieras de Flandes el escudo de Martín de Soria, llena de enojo, pidió en latín su espada á uno de la comitiva: *Afferte mihi gladium*, é hizo añicos el escudo, diciendo á la comunidad que allí no había de haber otras armas que las de su padre, y que á ella sola habían de acudir en todas sus necesidades.

»Hoy debe la Cartuja su principal renombre á tres monumentos que encierra dentro de sus paredes, obras capitales de Gil de Siloé, el último y más famoso representante en Castilla del arte ojival en sus postrimerías, y el artista de inventiva mayor, de fantasía más exuberante que ha existido en España.

»Todos los términos de la hipérbole se

han agotado en la descripción de los sepulcros de D. Juan II y su esposa, colocados en el centro del presbiterio de la iglesia de Miraflores, al enumerar la prolijidad y delicadeza de aquellos frisos, doseletes, molduras y torrecillas; al encarecer el modo cómo se halla labrado el alabastro, semejando, más que piedra dura y rebelde al cincel, encaje ligero que guarnece las tumbas; al ponderar la riqueza é inagotable variedad de los adornos que hacen de ellas el tratado más completo de ornamentación». (*Francisco Suárez Bravo.*)

«Penetrando ya en el templo, que, por ser de una sola y extensa nave, se abarca en su conjunto á la primer ojeada, la vista se detiene, el espíritu se sobrecoge al contemplar de un golpe el monumento y recibir de una vez y por entero la impresión agobiadora del cúmulo incontable de bellezas en él atesoradas, sin tiempo para reparar apenas en que el presbiterio avanza, conforme á la rígida regla de Bernardo, hasta casi el mismo ingreso, ni para hacerse cargo de todas y cada una de las maravillas que el arte ha creado fecundo y espléndido para engalanar y embellecer la santa casa destinada á repetir con sus ecos misteriosos las plegarias y los cánticos elevados bajo aque-

llas bóvedas solemnes al Señor por los austeros cartujanos.

»Al uno y otro lado, adosada á los muros, y tras la magnífica reja á que daba en 1493 principio Fr. Francisco de Salamanca, hábil maestro, lego de la comunidad en la *Cartuja*, separada por ella del exiguo espacio destinado para los sirvientes de la casa, extiéndose obscura y sombría como artística mancha, bajo el corrido dosel que enriquecen estimables relieves representando la Pasión de Nuestro Señor, la sillería del *Coro de los Legos*, allí apellidados *Conversos*, compuesta de siete sillas á cada parte, peregrinamente labrada en nogal, con las efigies reelevadas de los elegidos del Señor en los espaldares, guardando no escasas analogías y semejanzas con la de la catedral, y ejecutada por el famoso Simón de Bueras el año de 1558, en el modesto precio de ochocientos diez ducados.

»En pos de ella, á modo de bellísimo contraste, sucédese la sillería del *Coro de los Monjes*, también trabajada en nogal, aunque más negro, y en la cual aparece agotado por el genio de su autor, el escultor Martín Sánchez, todo de cuanto más gracioso ofrece el estilo ojival florido á que corresponde, como labrada en el año de 1489,

aunque, según algunos, la ejecución no se compadezca por completo con la gallardía y la elegancia del dibujo: «adórnanse sus respaldares con relevada tracería ondeante: su dosel, corrido sobre todos los sitiales, ostenta calada doselera embellecida con colgados arcos florenzados y conopiales, enriquecidos con frondarios y flanqueados por agujitas, y más arriba, decorada cornisa corrida, que remata en airosa crestería cimera angrelado-trebolada.

»Delante de las sillas se alzan sus respectivos antepechos ó reclinatorios, cuajados de panales, y también continuos,» doblándose la sillería en ángulo recto al fondo del *Coro* para formar con algunos sitiales, destinados al Prior y á las personas distinguidas «que á veces asistían á la celebración de los ritos eclesiásticos en la Cartuja», cierto modo de cerramiento que separaba y distinguía el *Coro de los Monjes* del inmediato é inferior, propio de los *Conversos*.

»En el espacio que va poco á poco cerrando para formar el ábside, al lado del *Coro de los Monjes* y en el de la Epístola, ejecutada también por el propio Martín Sánchez, se alza con incomparable gallardía la *silla del preste oficiante*, á la que el vulgo llama erróneamente del *prior*, la cual es cier-

tamente «uno de los más bellos y suntuosos objetos de mobiliario eclesiástico que de su época y género hemos admirado en España y en otras naciones, y supera en altura, esbeltez y buen gusto á la que con el mismo objeto, y casi semejante al atril que tiene enfrente, vimos más de una vez en la lujosa cartuja del Paular en la provincia de Madrid, y aun más á la prioral que en 1480 estaba en el coro del Castillo-Monasterio de Uclés», y que se custodiaba en el *Museo Arqueológico Nacional*, «siendo las tres de estilo ojival florido y teniendo analogía en la distribución, pues constan de ancho asiento, alto respaldar y octógono doselete terminando en chapitel».

«La de Miraflores — prosigue el autor á quien copiamos — presenta, á manera de apaisado zócalo, las caras laterales exteriores del asiento: sobre ellas se alzan dos cerramientos cuadrilongos, algo menos anchos, hasta la altura de una persona en pie, y desde allí van estrechándose rápidamente en línea curva hacia el respaldar, formando, con la línea vertical de éste y otra horizontal, sobre que arranca la curva, un triángulo mixtilíneo: cada cerramiento se divide en dos cuerpos ó zonas.»

«El respaldar — continúa — tiene casi do-

ble de alto que los cerramientos, y sobre su parte superior, y sin más apoyo, vuela el gran doselete, que es de los que se designan con la especial denominación de *marquesinas*, porque rematan en agudo chapitel.

»Ofrece este doselete la forma de torre octógona, dividida en dos zonas, de mayor diámetro la de abajo que la de arriba, y sobre la superior el también octógono y esbelto cuerpo piramidal.

»Toda la silla está delicada y prolijamente entallada con follajes, arcos y otras labores de tracería calada y reelevada», y su descripción, por minuciosa y detallada que se intentase, no llegaría nunca á dar idea exacta de la belleza que resplandece con singular armonía tanto en el elegante conjunto como en los peregrinos detalles que avaloran el cuerpo inferior ó sitial propiamente dicho, y los tres cuerpos de la gallarda marquesina que corona y completa monumento tan interesante.

»Pero si es grande el deleite que produce la contemplación de las sillerías y la de la silla del preste oficiante, no hay con verdad palabras bastante expresivas para encomiar como se merecen, ni los sepulcros de Don Juan II y de Doña Isabel de Portugal, que en medio de la iglesia se levantan, ni el arco

sepulcral del infante D. Alonso, situado al lado del Evangelio, ni el suntuosísimo retablo que llena de muro á muro el ábside; obras todas ellas de tal prolijidad, de tan incomparable riqueza y de tal expresión, que ante ellas enmudece el artista, no acertando á formular su pensamiento, subyugado por tanta grandeza, por tamaña exuberancia sin ejemplo, que convierte la *Cartuja de Miraflores* en incomparable museo de las artes durante los postreros días de la XV.^a centuria.

»Cerrada por sencilla reja de la época, labrada, al parecer, antes de 1493, por Fray Francisco de Salamanca, ya citado, y exornada de pináculos, cresterías y el blasón real de Castilla y de León, álzase la tumba de los reyes «sobre el pavimento en medio de la capilla mayor, y consta de zócalo, cuerpo principal, cornisa, coronamiento y, sobre el plano superior, las estatuas yacentes de Don Juan y de Doña Isabel, con sus correspondientes acompañamientos de doseletes, agujas flanqueantes, cerramiento divisorio entre los augustos cónyuges, almohadas bajo sus cabezas y animales á los pies. Su altura total hasta la parte superior del coronamiento es de 2^m,17, la del zócalo 0^m,25, y la del cuerpo 1^m,58.

»El zócalo es octógono, y mide su planta 4^m,81 en su mayor eje, por 3^m,72 en el menor: exórnase con franja entre molduras, y, delante de éstas, leoncitos de convencionales formas, echados en los ángulos del basamento, solos unos y los demás formando grupos con desnudos niños ó con animales ó restos de ellos.»

«Íntegro, bondadoso y aun valiente; amante de las letras y de las artes más que de las azarosas opulencias de los tronos; sintetizando su carácter aquellas célebres palabras que dijo á su médico poco antes de morir: *Naciera yo fijo de un mecánico, é hubiera sido fraile del Abrojo é no rey de Castilla*, está representado Don Juan II—dice el último y elegante ilustrador de estos monumentos, á quien dejamos la palabra—en el bulto de su sepulcro de tal modo, que al contemplarle acuden á la memoria todas aquellas cualidades que le distinguían, y que hubieran hecho del padre de Isabel *la Católica* uno de los primeros monarcas castellanos, si á ellas agregase mayor entereza de carácter y mayor afición al difícil estudio del nunca aprendido arte de gobernar.»

«Al fijarse la atención del observador en aquel semblante tan magistralmente ejecutado, y en aquel cuerpo tan noblemente en-

vuelto en el *ropón y manto*, recuérdase el retrato que de tan mal juzgado monarca nos dejó su contemporáneo Fernán Ruiz de Guzmán; y contemplando la augusta magnificencia con que el castellano monarca yace en aquel exquisito y suntuoso mausoleo..., el rico vestido y preseas de que está adornado..., acuden involuntariamente á nuestra memoria aquellas patéticas y sentidas coplas de Jorge Manrique:

¿Qué se hizo el rey don Juan?

Los infantes de Aragón

¿Qué se hicieron?

¿Qué fué de tanto galán?

¿Qué fué de tanta invención

Como truxeron?

»Efectivamente—continúa, copiando al Sr. Carderera,—tan singulares galas y tan refinado lujo ofrece la estatua del monarca en el manto, ropón y demás arreos cuajados de tantas joyas, que pudiera atribuirse al capricho del escultor esta inusitada riqueza, si no fuera conocido el excesivo lujo que se desplegó en aquella corte, teatro, ora de justas poéticas, ora de bulliciosos placeres y festines.

»Con partidos pliegues, perfecta y naturalmente dispuestos, el ropón y manto que cubren la estatua de D. Juan II, demuestran,

sin género de duda, que el artista los copió de los que el monarca vistiera en días solemnes, y que debían ser de riquísimo y fuerte brocado, enriquecido además con minuciosos aunque artísticos bordados..., labores cuyo principal elemento es el círculo con interiores arcos, á la manera que se encuentran en varias monedas de aquel rey; notándose claramente en las orlas y fimbrias el empleo de aljófar y piedras preciosas, reminiscencia en nuestra patria de prácticas y costumbres bizantinas.

»Las ajustadas mangas interiores y las del ropón, así como el cuadrado escote, bajo el cual se ve plegada camisa sin cuello, se sujetan unas y otro con lazos, terminados por *agujetas* ó *clavetes*, que en el original debían ser de oro; y sobre el pecho lleva la estatua magnífico y lujoso collar, que probablemente sería de la Orden de *La Razón*, fundada por D. Juan I, según el testimonio de Ayala (1).

(1) El Sr. Rada y Delgado, á quien copiamos, trata de demostrar con muy eruditas razones que el indicado collar es el de la Orden de la Razón. Consúltese á este propósito la Monografía que, dedicada al estudio del *Sepulcro de D. Juan II en la Cartuja de Miraflores*, publicó en el tomo III del *Museo Español de Antigüedades*.

»La lujosa corona, de complicada y prolija labor, que cubre la cabeza de la estatua, recordando las que se hallan en las monedas del Monarca-poeta, aunque más sencillas, lleva adornado el ancho aro que le sirve de base con la copia, detenidamente hecha, de la pedrería que debió avalorar aquella regia presea, y cubiertos todos los demás perfiles del adorno superior con perlas; notándose, en las rosas y flores de los que sirven de remate á los *florones*, la copia también del original, que, á no dudarlo, debió ostentar representaciones de estas mismas flores hechas con piedras *finas*, montadas al aire por los hábiles plateros castellanos.»

«Desgraciadamente falta en esta bellísima estatua la mano derecha», que hubo de empuñar el cetro, mientras «con la mano izquierda, modelada, como toda la estatua, con inteligente estudio del natural, recoge el manto que cae en ricos y variados pliegues, y en los pies calza redondos chapines de altísima suela; moda que, como apunta acertadamente el Sr. Carderera, parecía propia de las damas en Castilla, pero que, según un pasaje del *Triunfo de las donas* de D. Enrique de Villena, «no cabe duda fué también seguida por los hombres».

»La cabeza del rey descansa sobre rico al-

mohadón, con borlas en los cuatro ángulos, bordado, formando labores, propias también del estilo ojival, y en los cantos, adornos á manera de red de ingeniosa combinación, pero de la misma tradición artística.

»En todos estos bordados se ve claramente el empleo de las perlas y el aljófar que debió avalorarlas.

»Contra la general costumbre de la época, nótase que el rostro de esta estatua, lejos de tener los ojos cerrados, como indicando el eterno sueño de la muerte, los lleva abiertos, cual si hubiera querido indicar el artista la grandeza de alma con que, en el supremo instante de abandonar la vida terrena, miró D. Juan II, con sereno semblante y ánimo tranquilo, abrirse para él las puertas de la eternidad.»

«No menos rica la estatua de Doña Isabel, modelada con igual maestría, y ejecutada con el mismo primor y delicadeza, aparece al lado de su marido, «si bien no »tendida de espaldas como la de éste, sino »recostada sobre el brazo izquierdo, vuelta »hacia el crucero de la iglesia para que el »espectador pueda mejor contemplarla, ó »para expresar el pudor y compostura que »en ella resplandecieron durante todo el »curso de su vida. Ostenta atavíos de igual

» riqueza y elegancia que su real consorte;
» ciñe su cabeza, tocada con sutil y gracioso
» velo, una corona como la del rey, con altos
» florones formados de aljófar, perlas y pe-
» drería, así como el magnífico collar labrado
» con muy donosa traza y artificio, el cual
» cae sobre la delgada camiseta que vela
» recatadamente todo el pecho. Además de
» su ropa larga hasta los pies, trae una sobre-
» túnica ó dalmática más corta, que tal vez
» pudiéramos llamarla cota ó cotardia, como
» prenda que debió formar parte de la vesti-
» dura real ó de aparato y era equivalente,
» aunque con alguna variedad en el corte, á
» la que usaban en aquel siglo las princesas
» de Francia y las de Navarra, y al *guarda*
» *corps* de las reinas de Aragón. Dos abertu-
» ras del regio manto dan salida á las pom-
» posas mangas del vestido talar, quedando
» abiertas por debajo, aunque á trechos pren-
» didas con tres lazos, cuyos cabos ó *puntas*
» forman una piña de menudo aljófar; de cada
» una de estas aberturas ó cuchilladas cuel-
» ga en graciosos y ondulantes pliegues la
» camisa, simulada ó verdadera, imitando el
» fino cendal; gala llevada al exceso en aquel
» reinado entre las damas, y que volvió á po-
» ner en uso paulatinamente las espaciosas
» mangas perdidas. »

«Hácese sobre toda ponderación notable el magnífico manto de la reina, ya por la elegante disposición de los pliegues, ya por los primorosos adornos y trepados, y por otras sutilezas; «además de las anchas fimbrias llenas de perlas y pedrería, aparece todo él cuajado de exquisitos recamos, formando cuadrilóbeos unidos entre sí y contornados de aljófar con ricos joyeles en los centros, así como en el espacio que dejan los cuadrilóbeos ó rosetones. Sostiene la noble princesa con sus dos manos, cubiertas con guantes y adornadas con sortijas, un devocionario abierto y puesto sobre una tela de brocado... Obsérvense, por último, los chapines, menos altos que los de su esposo» y cubiertos de bordados, y el riquísimo rosario sin cruz que cae á lo largo del cuerpo, como si estuviera pendiente de la cintura.

»Apacible y sereno aparece el rostro de la estatua, con los ojos entreabiertos; y de no menor suntuosidad que el de D. Juan II es el almohadón sobre que descansa la cabeza, sirviendo como límite del lecho funerario; «á la izquierda de la reina, y á la derecha del rey..., esbeltas y graciosísimas agujas, cuya base se apoya en un precioso trepado..., subiendo á perderse el remate ó

pináculo en un preciosísimo doselete que se levanta por encima de la cabeza de las estatuas... Como obedeciendo á un admirable sentimiento de pudor, y para borrar hasta la más lejana idea de impureza en aquel lecho nupcial y fúnebre, extiéndese entre ambas estatuas, separándolas una línea admirablemente calada que remata en preciosa crestería, y á los pies de ellas se ven echados, un león, un galgo y un niño, símbolos de la fuerza, de la lealtad y del amor.»

»Grande es la pena con que renunciamos á seguir reproduciendo la detenida y elegante descripción que continúa haciendo del sarcófago el escritor á quien hasta aquí hemos seguido, consignando que es tal y tan simbólica en todos sus detalles la decoración del cuerpo del sepulcro, que sólo la reproducción gráfica del mismo, ya que no su propia vista, puede dar idea de la riqueza y de la peregrinidad de ideas, de sentimientos y de arte que allí atesoró con diestra mano el insigne burgalés Gil de Siloé, por quien fué ejecutada tan incomparable maravilla.

»No es de extrañar, pues, que Napoleón I idease, al contemplarla, su traslación á París, pues no hay monumento alguno de esta

naturaleza que pueda compararse á los sepulcros de D. Juan II y de Doña Isabel de Portugal, su esposa.

»Adosado al muro del Evangelio, y defendido por artística reja, obra del mencionado Fr. Francisco de Salamanca, osténtase, inmediato á la tumba de los reyes, el suntuoso *arco sepulcral* que guarda las cenizas del infante D. Alfonso, hermano de Isabel I: labrado, como aquélla, en finísimo alabastro por la valiente mano de Gil de Siloé, «aparece cubierto... en los tres cuerpos de que se compone, con prolijas labores y primorosísimos adornos y calados *traflorados con mágico é infatigable cincel*.

»El primero sirve de basamento, dividido en tres paneles, y enriquecido con figuras de guerreros y el escudo de Castilla y de León, sostenido por dos tenantes. Suben á un lado y otro altas pilastras, á la manera de los contrafuertes de los templos ojivales, subdivididas también en tres cuerpos, con bellísimas estatuas, sostenidas por caladas repisas, y cobijadas porafiligranados doseletes, con la misma riqueza y combinación de agujas y trepados que vimos en el sepulcro de los reyes. El nicho dentro del cual se ve la estatua orante del príncipe, está decorado por un arco escarzano, al que

se sobrepone otro conopial, cubierto de frondas y lujosa crestería, sirviendo de apoyo á esbeltísima aguja que se eleva y termina piramidando en el centro de esta admirable composición escultural y arquitectónica; aguja en cuya base se ve notable grupo representando la Anunciación, de no menor mérito artístico que las estatuas con que terminan las pilastras laterales. El fondo del nicho en que se ve la del infante aparece cuajado de labores dentro de cuadrados compartimentos, dando á conocer la manera de ornamentación propia de aquella época de regios camarines, y del borde del arco desprende, «cual graciosas ramas» ondulantes de un árbol, ancha franja traflorada, como si fuera rico encaje con primorosos caireles ó laccinias, que parecen agitadas por los geniecillos allí esculpidos, proyectando misteriosa sombra sobre el mismo nicho y parte de la estatua.»

«La figura de D. Alfonso claramente se comprende que está también copiada del natural», notándose, como indica el señor Rada y Delgado, marcadas influencias del nuevo estilo llamado á reemplazar en breve la exuberancia y la prodigalidad de la ojival decadencia, no sólo en la disposición de la figura de D. Alfonso, y en el arco que se

extiende en la parte superior de toda esta fábrica, sino en el traflorado festón de la hornacina, en la degeneración del grumo, convertido en aguja, y que descompone en realidad el conjunto, como lo descompone por su parte, á nuestro juicio, el arco sobre el cual destaca el grumo antes enumerado.

» Lleva D. Alfonso encima del sayo ropón de anchas y acuchilladas mangas, que dejan ver las del jubón, adornadas unas y otras, como toda la orla del tabardo, de perlas y pedrería. Labores imitando recuadros con bordadas flores de oro sobre fondo de menudo aljófar enriquecen este amplio traje, demostrando no menor riqueza el almohadón sobre que está arrodillada la figura, y el que, sobre lujoso tapete que cubre la mesa, recibe abierto el libro de oraciones y la gorra de pieles adornada con gran joyel de perlas y pedrería que, indicándonos religiosa costumbre de aquella época al entrar en los templos, lleva á la espalda la efigie del infante, sujeta con una banda que pasa por los hombros y cruza el pecho.

» El pelo, cortado en línea recta sobre la frente, cae en larga y blonda melena encima de la espalda; guantes, y sobre ellos sortijas, cubren las manos, juntas en actitud de respetuosa súplica; y rodea el pecho ancho

collar de caladas labores, de cuyo centro pende larga cadena, acompañada de dos figuras de ángeles que sostienen el medallón final» (1).

Por no recargar demasiado esta descripción, omitimos la del hermoso retablo del altar mayor, obra de Gil de Siloé y de Diego de la Cruz. «El dorado, dice el Sr. Arias de Miranda, se ejecutó con una parte del oro que trajo el inmortal Cristóbal Colón en su segundo viaje.»

No escasa parte de lo transcrito en estas líneas es de los Sres. Carderera, Assas, Rada y Delgado y Arias de Miranda, lealmente citados por el autor de ellas. (*España, sus monumentos y artes.—Burgos, por D. Rodrigo Amador de los Ríos.*)

(1) Tanto el sepulcro de los reyes como el del infante D. Alonso, su hijo, fueron delineados en el mes de Mayo de 1486 por el acreditado escultor Gil de Siloé, vecino de Burgos, y padre del célebre escultor Diego de Siloé, que trazó y dirigió la magnífica catedral de Granada... Sólo tardó en hacerlos cuatro años, cuatro meses y tres días...

La Reina Católica le dió: por la delineación, 1.486 maravedís; costó el alabastro 158.252 maravedís; por la obra de manos, 442.667 maravedís. (Rada y Delgado, *Monogr. cit.*)

La catedral de Barcelona.—Este edificio, uno de los pocos en que no se sacrificó el arte al capricho, no es todo del siglo xv.

Empezado en 1298, siguió poco las alternativas de todas las grandes construcciones, entre ellas la de encerrar por fuerza, dentro de sus paredes, capillas, bóvedas y sepulcros, de gustos tan distintos como fueron los de las épocas que atravesaron.

No está exenta por completo esta gran obra de semejante defecto, como verá por sí mismo el lector: en cambio, son tantas las bellezas arquitectónicas y escultóricas que encierra del siglo xv, que, aunque acabada en el primer quinto del siguiente y empezada casi en el xiv, no me pareció dejar su descripción en culpable olvido.

» Proporcionan la entrada diferentes puertas: la de la Inquisición, obra preciosa, aunque más tosca que el interior del templo, la componen diferentes columnitas y lindas ojivas en degradación que ocultan las cuatro ó cinco gradas de jaspe que conducen al santuario; á cada uno de los lados, poco levantadas del suelo, se ven dos inscripciones: en la una se lee:

«In nomine dom nostri, ad honorem Sanctae Trinitatis, Patris et Filii, et Spiritus Sancti, ac Beatae Virginis Mariae et Sanctae

Eulaliae Virginis et martiris Chisti... opus istius ecclesiae fuit inceptum Kalendis maii anno Dom. MCCXCVIII regnante illustrissimo Dom. Jacobo rege Aragonum, Valentiae, Sardiniae, Corsicae comiteque Barcinonae »

»La otra inscripción dice que se continuó en 1329.

»Cerca de ambas inscripciones sobresalen algunos bajos relieves de muy tosca escultura, uno de los cuales representa un guerrero en lucha á punta de espada contra un formidable dragón, y otro del mismo lidiador introduciendo su cuchilla en las fauces de la fiera.

»De igual gusto son otros pocos relieves que adornan la fachada, y también algunas figuras, pulsando varios instrumentos, que están á los dos lados de los puntos de la oji-va; pero son de buen gusto y bastante delicados por su graciosa y limpia escultura los tres cuerpecitos de estilo gótico que se levantan sobre la puerta.

»En la parte inferior del segundo aparecen pegados unos como asientos en los cuales falta la estatua que, sin duda, á cada uno de ellos corresponde, lo que prueba hallarse incompleta aquella fachada; el último cuerpo remata con un rosetón que desdice

del todo de la obra: sigue al muro de la puerta una de las dos hermosas torres del templo, cuya inmensa mole carga con tanta ligereza sobre los arcos de las dos puertas que están en las extremidades del crucero, que se puede decir apenas descansan sobre ellos, atrayéndose la admiración de cuantos la observan el atrevimiento del arquitecto que la ideó. Se halla destinada á las horas, como lo demuestra la delicada estructura del último cuerpo de campanas; y consta además que en el año 1393 se fundió y subió, á expensas de la ciudad, la gran campana para el reloj llamada Seny de las horas, sin duda, porque con ella se señalaban las horas del día, antes de la invención y construcción de los relojes públicos.

»También gravita sobre los mismos arcos la otra torre, que es mucho más gruesa. A cada una de las torres se ve pegada otra torrecilla circular, que no demuestra menos limpieza en lo exterior por su bien labrada coronilla, que en lo interior por su empinada escalera que conduce al piso superior del campanario.

»De mayor gusto que la fachada anterior es la de la Piedad, mucho más sencilla, pero de trabajo más delicado. La ojiva no puede ser más graciosa; su remate, terminado en

punta esbelta aérea, es uno de los restos más puros del goticismo.

» Acrecen su hermosura la bien trabajada cruz que cae perpendicular á la ojiva, los dos pilares que se levantan á los lados y la variedad de crestas y juguetes que la adornan. No corresponde á tanta belleza el bajo relieve que se descubre en el nicho que forma el arco, aunque no es malo.

» Más rica en escultura es la puerta de San Severo, fachada preciosa en que se agotaron todos los encantos del siglo xv: no hay cosa en ella que no acredite el gusto de la época; tales son la ojiva, el dosel que cubre la corona de la Virgen, y el transparente follaje repartido por toda ella. Esta puerta conduce al claustro por cuatro ó cinco gradas de jaspe encarnado, donde se admiran multitud de bellezas por entre los árboles que dominan el muro.

» Rodea el claustro una serie de esbeltas columnitas que contienen ojivas preciosas que vienen á rematar en bien labrados capiteles, adornados de miles de figuritas que forman diversos y variados cuadros históricos del Antiguo y Nuevo Testamento: algunas de aquéllas, por sus delicadas facciones y graciosos pliegues, ostentan la historia de las artes.

» Fijan la atención del inteligente la Adoración de los Reyes en el segundo pilar, bajando de la puerta de San Olegario; frente de la puerta de San Severo, la imagen de Jesús Nazareno; el lienzo de la pared media del claustro; la puerta de San Olegario; el sepulcro, que le está inmediato, de D. Ramón Desplá, y sobre todo la fachada de la sala capitular y otra inmediata, por la delicada combinación de las hojas anchas encrespadas, la limpieza de los pliegues y de las puntas de las casi imperceptibles arrugas, y la propiedad de las formas.

» Junto á la última puerta de Santa Lucía está el acamuzado nicho del decantado Mosén Borrás, quien por su ridículo ropaje acredita haber sido bufón del rey D. Alfonso III.

» La arquitectura del claustro es caprichosa: se advierte desigualdad en las ojivas, desproporción entre éstas y las capillas, y la mala colocación de la fachada de Santa Lucía; pero destruyen esta impresión la hermosa glorieta de la fuente de las Ocas, que nada le iguala en sencillez y delicadeza: dos arcos grandiosos dentellados que cobijan una ancha pila polígona, en cuyo recinto figura un pequeño San Jorge armado de punta en blanco, caballero sobre un alazán

que echa por su cuerpo ligeros chorros de agua, y por los lados de la pila otros chorros más gruesos; los arcos del mismo patio, que presentan tanto número de reyes, obispos, frailes y monjes, leyendo cada uno en su libro, y la majestuosa clave, donde figura otro San Jorge hundiendo el cuento de su lanza en la horrible fiera que destruye.

»Y no mencionamos la fuente del Lavadero, inmediata á la de las Ocas, ni el raro capricho de las górgolas, de tigres, leones y ciervos, cuyos cuernos doblan muchachos atrevidos.

»Mayor fealdad que aquellos caprichos ofrece la puerta que conduce al santuario, atestada de mil necios y fútiles adornos, falta de gusto y aborto de un desmesurado trabajo, sustituido al elegante y en armonía con el resto del claustro que antes había.

»Compónese el templo de tres naves, cuya armazón sostienen ocho pilares y los diez del ábside; en mitad del santuario se ve el coro; frente de éste el presbiterio, y debajo del presbiterio la capilla de Santa Eulalia, todo á cual más bello y delicado.

»El tabernáculo mayor es magnífico por sus formas y sencillez; en él se ven coloca-

dos en el mejor orden ojivas, doselitos y mil bordaduras caprichosas y bellas, y en el centro Jesucristo en la cruz, rematando el retablo en siete puntos altos, iluminados por ventanas góticas. Cierran el tabernáculo diez gruesos pilares en semicírculo que forman nueve arcos semicirculares, cuyo friso contiene una graciosa galería trebolada que sirve de dosel.

»Entre los arcos de la galería salen doce estandartes que sirvieron de enseña en las guerras de este siglo. Grandes y rasgadas ventanas esparcen la luz alrededor del ábside, cubiertas de cristales pintados con diversidad de figuras; se sube á este altar por una galería, dividida en dos tramos, con sus barandillas ó pasamanos, una de las cuales sirve para el Cabildo catedral, y la otra para el Cuerpo municipal, cuando concurre á las funciones.

»Debajo del presbiterio se halla la capilla en que se conservan, en una magnífica urna, los restos de Santa Eulalia; se descenden, para bajar al panteón, veinte gradas, en cuyo punto se halla una verja, que es menester pasar, para llegar al pavimento por otras cinco, y se presenta al frente del sepulcro de la Virgen, iluminado por muchas y crecidas lámparas que cuelgan del techo, y ro-

deado de una especie de coro elevado dos gradas del suelo, y de una tribuna trabajada en el grueso de los muros que sirven de cimiento al vasto presbiterio.

»Descansa la urna que encierra los restos de la santa sobre ocho columnas desaparejadas, de jaspe, y está adornada por todas partes con bajos relieves, que representan con bastante delicadeza los hechos más notables de la vida de Santa Eulalia.

»A la derecha, descendiendo á la capilla, bajo el segundo luneto de la bóveda, se ve una urna de piedra de pequeñas dimensiones, que, en sentir del erudito Caresmar, es la que encerró los restos de la santa mientras Barcelona estuvo bajo la dominación de los árabes. Esta capilla se asemeja en algo á la del sepulcro de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, que llaman la Confesión.

»Al salir del panteón se encuentra al frente, en el centro de la nave mayor, el espacioso coro, digno de admirarse por la incalculable profusión de filigranas, figuras y otros adornos que cubren sus paredes. Llama la atención el primor de la sillería, atestada en su parte inferior de mil ridiculeces, pero hermosas y delicadas las afilegradas cúpulas que la cubren, y bajo las que

se ven pintados escudos, con diversos nombres, que dan á conocer los ínclitos caballeros que recibieron el augusto collar del Toisón de Oro en 5 de Marzo de 1519, de mano del Rey D. Carlos I, en el primero y único capítulo celebrado en España.

»No podemos menos de encarecer las complicadísimas labores del bien trabajado púlpito, que se eleva á la derecha del coro, y las de la escalera que á él conduce.

»Entre las muchas capillas que se encuentran en las tres naves, son dignas de observarse la fachada de mármol de la del trascoro, mucho más bella que por la estatua de San Olegario, por los bajos relieves de sus intercolumnios, cuerpo dórico de bastante elegantes formas; la capilla del mencionado San Olegario, primera de la nave lateral á la derecha, grande y espaciosa, donde se ve un sepulcro de mármol, sobre cuya losa está tendida la efigie del santo, de bellas facciones y de no muy acabado ropaje. Forma aún parte de este sepulcro el arca de la primera traslación de los restos de San Olegario, bella y delicada, si se atiende á que el obispo D. Guillermo la mandó fabricar en el siglo XII, cuando apenas se entreveía en España el estilo gótico. Está el mencionado sepulcro abierto por

detrás, aunque defendido por una reja por cuyos hierros se distingue el cuerpo del santo vestido de pontifical, tan incorrupto y tan firme en su armazón, que causa espanto y maravilla al propio tiempo.

»Las pinturas de esta capilla las hizo el célebre pintor D. Antonio Viladomat.

»En la capilla inmediata está encerrado el magnífico sepulcro de Doña Sancha Jiménez de Cabrera, y en el altar de los Inocentes, junto á la puerta de la Inquisición, el del obispo D. Ramón Escalas. La estatua de este prelado, reclinada sobre la losa, es un trabajo de lo más perfecto; admira su talla gigantesca, y en su rostro macilento se descubre el genio tétrico de la edad avanzada; el ropaje es magnífico, y sorprendente la delicadeza del cincel de los escultores antiguos, al considerar el bordado de la mitra y bien concluído cabezón del cayado.

»Nada hay en este sepulcro que no encierre belleza y perfección. El inconcebible follaje á que está arrimada la urna, la rica almohada en que descansa la cabeza del obispo, los agraciados relieves que adornan el arco, la majestuosidad y altura del nicho, y el arco ojival que carga sobre el sepulcro, presentan suntuosidad.

»La capilla de San Miguel es de pequeñas dimensiones y sencillos atavíos; en ella está el sepulcro de D. Berenguer de Palaciolo ó de Palau, prelado que manejó con igual destreza el cayado y la lanza, y á cuya grandeza no corresponden ni el mezquino nicho ni la pobre sepultura que lo encubren. Tampoco ofrece interés el sepulcro del obispo D. Ponce de Gualba en el altar del Patrocinio, si no es por su sencillez y modestia.

»En la capilla del Santísimo Cristo hay pinturas de D. Manuel Tramullas, persona de mucho crédito en su arte, y en la de San Marcos de su no menos acreditado hermano D. Francisco.

»En esta catedral, en su altar mayor, el día 24 de Junio de 1461 juró los fueros del Principado el príncipe D. Carlos, hijo del rey D. Juan II de Aragón, y en el mismo se depositó su cuerpo á los pocos días (2 de Septiembre del mismo año), para trasladarle al monasterio de Poblet.» (*Del Seminario Pintoresco Español.*—Anónimo.)

San Gregorio de Valladolid.—«Fray Mortero, que así apellidaban á D. Alonso de Burgos, ora por ser natural del valle de Mortera, ora por su rudo aspecto, no había gastado toda su actividad y energía en las de-

licadas comisiones que, facilitando á Isabel la posesión de la corona, á él le valieron la mitra; sino que, una vez prelado, las enderezó á construir brillantes y magníficas obras.

»Sin hablar de las que costeó en Burgos y Palencia, las de San Pablo de Valladolid por sí solas parecieran bastantes á absorber su atención y agotar sus tesoros; y, no obstante, faltábale todavía realizar su creación predilecta, el título especial de su gloria y nombradía.

»Agradecido á la enseñanza que había recibido en aquel convento, quiso erigir al lado del mismo, para los religiosos de su Orden, un Colegio de estudios bajo la advocación de San Gregorio, llamando á lo más florido de las artes para adornar dignamente la mansión de las ciencias.

»Ocho años tan sólo, de 1488 á 1496, duró la fábrica de esta joya, labrada toda minuciosamente, como un relicario, por fuera y por dentro: mas el inspirado artífice que la trazó, Macías Carpintero, vecino de Medina del Campo, no logró verla terminada: á los dos años de dirigirla, una desastrada muerte, un suicidio misterioso, puso fin á sus días, degollándose con una navaja en 31 de Julio de 1490.

»Sin encontrar en la fachada del Colegio

la unidad de pensamiento que creyó descubrir Bosarte, considerándola como imitación de un bosque que recuerda los orígenes de la arquitectura, reconocemos en ella mucho de ingenioso y no poco de primorosamente ejecutado más bien que de elegante, y aplaudimos desde luego la caprichosa novedad de la idea, á la vez que la paciencia del trabajo.

»Del suelo arrancan delgados troncos y nudosas varas retorcidas, aquéllos para formar las repisas, éstas el arquivolto de la portada y las aristas de los pilares que flanquean el frontispicio, compuesto de tres órdenes de pilastras y rematando en pequeñas agujas. El fondo figura una estera de mimbres entretejidos; las estatuas, así las de los lados de la puerta como las que ocupan los nichos de los pilares, disminuyendo gradualmente en tamaño, representan velludos salvajes con clavos en las manos, parto tal vez de la fantasía, excitada por aquellos años con el descubrimiento del Nuevo Mundo.

»Sutiles ramajes con la flor de lis, que constituía el blasón del fundador y que campea cien veces en su escudo, bordan el dintel y las jambas del cuadrado portal formadas de una sola pieza; y distínguese el prelado de rodillas ante San Gregorio y

otros santos en el relieve del testero, que más cercano parece á las tinieblas de la época bizantina que á la aurora del Renacimiento.

»Una conopial y trebolada ojiva adorna el arco rebajado guarnecido de encajes, desde el cual suben rectamente dos trenzados cables á dividir el muro en tres compartimientos; en los laterales vense sostenidos por ángeles los episcopales escudos de la flor de lis, y dos heraldos más arriba; en el central, el soberano escudo de los Reyes Católicos, protectores del Colegio, entre dos rapantes leones; pero es menester observar de cerca el granado fructífero que los sostiene, y el pilón de la fuente de donde brota el árbol, y la multitud de niños encaramados por las ramas ó colocados alrededor de aquél, para concebir una idea de la juguetona inventiva del escultor.

»En cuanto á la crestería de los numerosos doseletes y del remate, salió tan desgraciada y corrompida, que apenas merecen deplorarse los estragos ejercidos en ella por el tiempo, que tampoco ha respetado mucho los calados y las flores de lis, y las granadas tendidas como una diadema á lo largo del edificio.

»La misma prolijidad de ornato, las mis-

mas flores de lis nos acompañarán por todo el ámbito interior; después de encontrarlas en las columnas del primer patio semigótico, las veremos repetidas en los ángulos del segundo, debajo del escudo de los reyes.

»Doble galería, y en cada lienzo seis arcos de aplanada curva sobre columnas espirales, forman este patio suntuoso; los de arriba se subdividen en dos, orlados de colgadizos y festoneados por una gruesa guirnalda, entre cuyos huecos asoman unos angelitos en campo flordelisado.

»Mayor pureza en el estilo gótico conservan los calados rombos del antepecho, por bajo del cual circuye el friso inferior una cadena de piedra; en el superior alternan manojos de flechas con nudos gordianos, gloriosas divisas de Fernando é Isabel, y de la cornisa, modernamente reformada, avanzan caprichosas gárgolas del mejor gusto.

»La escalera ostenta reproducidas en su parte baja las labores del antepecho, los muros cubiertos de casetones y salpicados de escudos de lises, la cúpula ricamente artesonada, y al pie de ella, y en ambas galerías, lucen sus góticos primores varias puertas y ventanas, al paso que sus hojas plate rescas, en el primer patio, una portada del

Renacimiento. Las de la biblioteca, capilla y refectorio obtuvieron los elogios del crítico Bosarte.

»Para llegar á la capilla, situada en el piso bajo, atraviésase una larga pieza, cuyo techo esmaltan doradas flores de lis sobre fondo azul, y un pequeño corredor abovedado; pero, al que ha leído la descripción de sus antiguas preciosidades, asalta una triste sorpresa al hallar vacía y desnuda aquella estancia.

»Con la invasión de los franceses desapareció el retablo de la Piedad, «quinta esencia de las sutilezas del goticismo, y comparable sólo al sepulcro de Juan II»; el cual, además del grupo principal del Descendimiento de la Cruz, compuesto de ocho figuras, comprendía veintiún relieves de la historia del Salvador, y multitud de estatuas pequeñas, entre ellas el retrato del obispo, notable por su verdad y semejanza.

»La urna, que en medio de la capilla encerraba los restos del fundador, era una de las más insignes joyas del Renacimiento, labrada muchos años después de su muerte, que ocurrió en 8 de Noviembre de 1499. Cuatro esfinges ó sirenas se adelantaban de los ángulos del sepulcro; cuatro medallas simbolizando virtudes, y cuatro figuras de



la Virgen con el Niño, San Gregorio, Santo Domingo y San Pedro Mártir, cubrían sus costados, y alrededor corría un lindo balaustre sembrado de flores de lis y de graciosos niños.

»Los mármoles eran de mezcla, blanco empero el de la tendida efigie de D. Alonso, que le representaba con sus vestiduras episcopales y con un libro en las manos, harto favorecido en el semblante respecto de los retratos coetáneos, y no obstante recordando, según se cree, con el mote *operibus credite*, único epitafio que existía, la desventaja de su aspecto comparado con sus obras.

»El monumento, así por la belleza y corrección de las formas como por el esmero de la ejecución, parecía digno de Berruguete, y semejante al del cardenal Tavera en el hospital de Toledo: así tuvo la desdicha de gustar á los caudillos de Bonaparte, que se lo llevaron como artístico botín, y los fragmentos escapados á la rapacidad de los extranjeros dícese que los emplearon los naturales en fregar y pulir los pavimentos de sus casas... »

Zamora.—Coro de la catedral.—«Al prelado Meléndez Valdés es debida la construcción del coro debajo de las dos bóvedas de

la nave mayor más cercanas al crucero: el mismo gusto y primor se advierte en su reja que en la del presbiterio, el mismo escudo de armas en ella y el trascoro.

»De humor alegre, de fecunda y retozona fantasía debió ser el artífice que en el reverso y en los brazos de los asientos esculpió mil picantes apólogos, mil raras caricaturas y transparentes alegorías, algunas, en verdad, sobrado licenciosas (1).

»Con su inventiva rivalizaba su destreza, y pocas catedrales pueden ostentar esculturas como los bustos de patriarcas y profetas que hay en los respaldos de la sillería baja, como los santos de uno y otro sexo entallados en la alta, y el Redentor y los apóstoles, que ocupan el muro del testero: las caladas barandillas de las escaleras de comunicación ofrecen en sus ángulos grupos de columnas, imágenes y doseletes. Menos hábil se denota la mano que en los casetones del friso superior labró follajes y variados caprichos; pero la orla en que termina, de trepados arabescos, y los aéreos pináculos de la silla episcopal y de las dos

(1) Puede enterarse despacio de ellas el lector en la obra del Sr. D. Vicente de la Fuente *La francmasonería en España*.

contiguas á la entrada, no desmerecen de la delicadeza y gracia del estilo. Parecidas galas despliegan tres arcos en el trascoro; los del extremo cobijando dos puertas, el del centro una pintura en tabla, donde legiones de bienaventurados rodean sentadas el trono del Salvador...»

Iglesia de la Magdalena y otras. — «¿Dónde hallar en el género románico una joya más brillante y completa que la Magdalena de Zamora y que, en su extraño lujo semioriental, mejor revele el carácter de las obras de los templarios? Fuélo en realidad, como dependiente de otra parroquia que en la misma ciudad poseían, titulada Santa María de Horta, y que, á pesar de ser la matriz, dista mucho de presentar igual magnificencia.

»Aislada del caserío, rodeada de espacio y desahogo, luce por todos lados la Magdalena sus robustos contrafuertes, sus ricos y variados canecillos, sus ventanas de medio punto partidas muchas por un grueso pilar en dos ojivas, sus claraboyas bordadas de calados círculos, á su cabecera el gallardo ábside con todas las galas de aquel estilo, á sus pies la ancha torre truncada, como tantas otras, con una antigua espadaña.

»Tapiado el portal derecho hacia el pa-

seo de San Martín, sólo le queda el izquierdo, ante el cual se detiene el viajero sorprendido al cruzar la transitada plazuela, porque, en verdad, son de admirar los preciosos capiteles de sus ocho columnas y las bellísimas hojas primorosamente plegadas y entretejidas que festonean sus cuatro arcos decrecientes, desde el mayor sembrado de cabecitas, hasta el último angrelado y cubierto de florones.

»Una cornisa de delicado follaje ciñe esta portada florida y risueña, si no le imprimiesen cierta melancólica gravedad cuatro lucillos sepulcrales abiertos á su lado.

»Las columnitas arrimadas á los muros indican que la nave de la Magdalena tuvo bóvedas en vez de su actual techumbre de madera.

»A la capilla mayor, alta y estrecha, introducen sucesivamente dos arcos, el primero ligeramente apuntado y sostenido por columnas, el segundo semicircular y aun algo reentrante que descansa sobre cuadrados pilares fasciculados, mostrando una claraboya encima de su clave y un letrero alrededor del arquivolto; pero esta inscripción, referente al patronato y al fallecimiento de una noble dama en el siglo xv, es muy posterior á la construcción del ábside, puramente bizantino.

»En los entrepaños de las columnas que suben á recibir las aristas del cascarón hay suntuosas ventanas, cegadas en el día, y debajo de ellas ciertos nichos, uno de ellos más pequeño y orlado de arabescos á la parte de la Epístola, destinado, al parecer, para las vinajeras: hasta el barroco retablo se esfuerza en tomar allí aires de gentileza y cuida de no ocultar las elegantes formas de la arquitectura.

»La nave no contiene más capillas que dos arcos de medio punto que avanzan á los lados de la mayor, cuyas columnas han desaparecido, excepto dos estriadas en espiral, dejando sólo los capiteles y ricas impostas: encima tal vez existieron tribunas.

»A la parte del Evangelio sigue más abajo un magnífico sepulcro, sobre el cual levantan una especie de pabellón cinco columnas, también estriadas, notable por los fantásticos grupos de esfinges y dragones esculpidos en sus capiteles y trebolada arquería, y por la corona de aspilleradas torres en que remata. En la cubierta del féretro se advierte una labrada cruz; en el fondo una tosca estatua de pequeñas dimensiones, cubierta de armadura y tendida en el lecho funeral, cuya alma figura más arriba llevada por dos ángeles y acompañada de otros dos

que agitan incensarios; pero ni la fecha de este mausoleo, probablemente del siglo XIII, ni el nombre del difunto, templario tal vez, aparecen en parte alguna de la obra.»

Con esta descripción hemos dado á conocer, siquier someramente, la magnificencia con que los templarios edificaron en España.

«Aunque no con tanto esplendor, en las demás parroquias hallaremos marcada la misma fusión bizantino-gótica, sin atrevernos á decidir cuál de los dos géneros predomina.

»En el exterior de San Isidoro, cercana á la catedral, se combina el portal apuntado con la ventana semicircular. En la fachada principal de San Juan vemos asomar por cima de la moderna portada una grande ojiva con diversas molduras, mientras que en la puerta lateral el profundo arco de plena cimbra, tachonado de gruesos florones, gravita sobre grupos de columnas cuyos fustes se entortijan ó forman curiosas trenzas; la iglesia consta de tres naves iguales en altura, sostenidas por anchos arcos boclados, y la capilla mayor y sus colaterales llevan bóvedas de crucería.

»Asiéntase dicha parroquia junto á la plaza donde existía en el siglo XII la puerta

Nueva del anterior recinto; y en su antigua torre, cubierta con una aguja de pizarra, están el reloj de la ciudad y una veleta en forma de jinete armado, calada la visera y tremolando la enseña vencedora: denomínala el pueblo *Pero Mato*, estableciendo entre él y la *Goberna* del puente relaciones misteriosas.

»El concierto formado por la campana del reloj y por la de la *Queda* era, en las grandes fiestas, uno de los característicos regocijos que dió margen al proverbio: *reloj y campana—fiesta Zamorana*.

»La unidad arquitectónica de la torre de San Juan debió de sufrir naturalmente con la colocación del reloj y con las mudanzas y frecuentes reparaciones á que ha dado margen; no así la de San Vicente, que se levanta con severa majestad, abriendo por sus cuatro lados tres órdenes de ojivas con anchos marcos de molduras, y no la desdora su chapitel, aunque moderno; el portal románico, no bien acorde con el interior del templo, rivaliza con el de la Magdalena, y lo vence quizá en la incomparable gracia de los follajes que engalanan sus capiteles y dovelas.» (Tomados estos párrafos de la obra *Recuerdos y bellezas de España*, por D. José María Quadrado.)

Alba de Tormes.—Está situada la villa en una colina á orillas del Tormes, con deliciosas vistas y aires tan sanos, que no es mucho fuera elegida para solaz de los numerosos conventos que tuvo en otros tiempos; desde ella se domina toda la hermosa vega á que da nombre, los pueblos que la cultivan y las cordilleras de Guadarrama y Francia. Las nieves de éstas y el verdor de las praderas hacen agradabilísimo contraste é inclinan el ánimo á reposada paz.

Donó esta villa el rey D. Juan II á Don Gutierre de Toledo, que después fué obispo de Palencia y arzobispo de Toledo, en premio de distinguidos servicios hechos al Estado, y fué patrimonio del gran duque de Alba, tercero de este título, D. Fernando Álvarez de Toledo, célebre gobernador de los Países Bajos y conquistador de Portugal por D. Felipe II.

«Alba se hizo más notable por sus conventos que por sus parroquias. Uno había antiguamente en la vega, habitado por premostratenses, que lo dejaron para fijarse en Ciudad-Rodrigo, y el arzobispo Don Gutierre estableció en él, hacia 1429, á los jerónimos, bajo la advocación de San Leonardo.

»A pesar de los pleitos que hubo de sos-

tener la naciente casa con el Concejo, creció rápidamente con las pingües donaciones del fundador, que al morir, en 1445, la instituyó heredera de su cadáver; mas no llegó á poseerlo hasta 1482, á 16 de Enero, en que fué traído con gran pompa desde Talavera. Entonces, en medio de la capilla mayor, se le erigió un sepulcro de mármol blanco, lleno de labores menudas y diligentes, con estatua echada sobre la urna, que luego se apartó al lado del Evangelio: la suntuosa fábrica del edificio fué tirando tal vez un siglo después de la muerte del prelado.

»Para contemplar aún sus destrozadas ruinas, bien se puede tomar el trabajo de atravesar en dirección al Sur una fértil pradera: á la cerca da entrada un caduco portal del Renacimiento, y á la iglesia un arco conopial bocelado y recamado de follajes entre agujas de crestería.

»La espaciosa y gallarda nave despliega cinco bóvedas, de las cuales ocupa dos el coro alto; debajo de las ventanas, de imitación gótica, se abren los arcos rebajados de las capillas, y dos más elevados á cada lado del presbiterio; las cruzadas aristas del techo aparecen sembradas de figuritas de ángeles con instrumentos de música ó blasonados escudos, y encima de la capilla ma-

yor describen una airosa estrella. Pero ya no hay que buscar allí el mausoleo de Don Gutierre, ni otras tumbas insignes que lo acompañaban, ni las pinturas y relieves del retablo principal, ni el derruido claustro puede apreciarse, sino la gentileza del medio punto de los arcos inferiores, sobre los cuales en doble número cargaban los de arriba, apoyando su columna divisoria en la clave de los de abajo, ostentando medallones en las enjutas y prolijo adorno en el antepecho, capiteles y coronamiento.

»La destrucción ha ido cebándose en estas preciosidades, y amenaza en breve acabar con todo, no sin lástima y aun indignación del pueblo, cuyo voto, casi unánime en España, acerca de la supresión de los monasterios, dudamos mucho quisiera consultarse sinceramente, á pesar de la moderna boga de los plebiscitos universales.» (*España: sus monumentos y artes*, por Quadrado.)

Claustro de la catedral de Oviedo.—Poco participa esta hermosa obra arquitectónica del siglo xv: al darle cabida en este libro me ha movido el deseo de que los latino-americanos conozcan algo siquiera de las antiguas construcciones españolas; y, en particular, de la libertad, no mal entendida, de que go-

zaban nuestros artistas en sus atrevidas concepciones.

«Del primitivo claustro bizantino, que contenía las celdas y refectorio de los canónigos que en aquel tiempo vivían en comunidad, nada resta, á excepción de la primitiva portada de la sala capitular que antes mencionamos, algunos bajos relieves y varias de las inscripciones sepulcrales.

»La construcción del actual tuvo principio en 1300, siendo obispo de Oviedo Don Fernando Alfonso Peláez, de lo que nos representan una prueba algunos antiguos instrumentos en que se lee: «Que por aquellos días los canónigos celebraban sus cabildos en el coro, pues no podían pasar á la sala capitular, que estaba en el claustro, por estar trabajando en éste».

»Largo tiempo se dilató la continuación de la suntuosa fábrica, pues vemos que en 1345 no estaba aún terminada.

»El 4 de Julio de aquel año llegó á Oviedo Alfonso XI con objeto de visitar la devota basílica del Salvador y rendir gracias al cielo por la victoria del Salado, y otras no menos señaladas que alcanzara sobre los moros.

»Hallándose el mismo día adorando las reliquias en la cámara santa, ofreció al obispo

D. Juan Sánchez y á su iglesia, entre otros muchos dones, « dos pares de vestimentas ricas para preste, diácono y subdiácono, todas de brocado, y siete capas de seda de la misma labor para officiar en el coro; un cáliz de oro, una cruz dorada, dos lámparas de plata, un rico paño de seda para hacer ornamentos, y 24.000 maravedís para la obra del claustro ».

» En muestra de gratitud á tanta largueza, dispuso el Cabildo en el instante se colocase la efigie real en la nueva fábrica.

» Muy cerca de la puerta que comunica al claustro con la catedral se conserva una maltratada estatua con corona en la cabeza y espada en mano, vivo testimonio de lo que acabamos de asentar.

» También entonces se obligaron los canónigos á hacer anualmente sufragios por el alma del monarca bienhechor.

» En los primeros años del siglo xv, el obispo D. Diego Ramírez de Guzmán costeó el pavimento del claustro, y tan sólo del xviii data la construcción de la parte superior, que contiene librería, guardarropa y otras dependencias. Finalmente, en época posterior, una mano profana, tal vez la misma que osó embadurnar de cal y groseros colores la majestuosa bóveda y las

inscripciones góticas, afeó los gallardos arcos de Alfonso XI con una pobre verja de madera, que tiene por objeto custodiar el abandonado jardín que aquéllos circuyen.

»El claustro traza un rectángulo cuyos lados mayores están divididos en cuatro grandes ojivas, y los menores en tres. Todas son bellísimas y caprichosamente ejecutadas.

»Una está formada por quince grupos que expresan un mismo asunto, aunque de composición distinta; tal es el arcángel San Miguel arrojando al diablo al Infierno. Otra ojiva la dibuja una delicadísima guirnalda de pámpanos y racimos de uvas escultadas con primor.

»En su centro, y formando la peana de una estatua que ya no existe, hay cierta especie de Sileno cristiano, en cuyo rostro se deja ver, hábilmente expresada, la estupidez de la borrachera, con un jarro en la mano.

»Los chapiteles de las columnas son también notabilísimos, y su estudio de gran valía para la historia del arte. Todos contienen una larga serie de figuras que representan asuntos bíblicos y profanos, de los que algunos son indescifrables. Citaremos un ejemplo.

»De una horca se ve colgado un zorro; varios gallos, armados con lanzas, rodean el

patíbulo, y otro toca una trompeta. En el mismo chapitel está una iglesia, de donde sale el cortejo fúnebre del muerto zorro, al que varios gallos honran con las últimas ceremonias de la Iglesia: uno tiene el hisopo, otro el libro, etc., etc.

»Cercanos á la estatua de Alfonso XI hay dos chapiteles dignos de especial descripción. Aparece en el uno el rey D. Favila á caballo, rodeado de perros de caza y seguido de un montero, atravesando con un venablo al terrible oso que le quitó la vida.

»Debajo está la historia del martirio de San Juan Bautista. Vese allí al rey de Judea, Herodes Antipas, sentado al suntuoso banquete con que celebraba su cumpleaños, y al Precursor vestido de pieles, cual lo pinta el Evangelio, que entra en la sala del festín á reconvenirle por sus incestuosos amores con Herodías, esposa de su hermano Felipe.

»Después está otra vez el monarca en su trono, y delante de él Salomé, la hermosa hija de Herodías, pidiéndole, en recompensa de la rara habilidad que había mostrado en la danza, le concediese la cabeza del Bautista.

»Sigue después el mismo Precursor vestido de una larga túnica y extendido sobre

una especie de cruz, á la que le sujetan con gruesas cuerdas varios sayones; lo que representa, según creemos, la rigurosa prisión que sufrió en el castillo de Maqueronta.

»Ultimamente, aparece el Bautista de rodillas, pero ya decapitado, y un verdugo que presenta la cabeza al rey.

»Para significar tan complicado asunto fueron necesarias multitud de figuras, que, á pesar del corto espacio en que están agrupadas, aparecen sin confusión y bien determinadas.

»El otro chapitel que indicamos es no menos curioso.

»En la parte superior está representada la Adoración de los Reyes Magos, y en la inferior el nacimiento de Eva durante el sueño de Adán, la escena de la manzana, y el querubín que con la espada de fuego en la mano arroja del Paraíso á nuestros primeros Padres.

»A continuación se ve una mujer que azota á un hombre sobre el que cabalga, y al que sujeta con un freno como á un caballo; en tanto que otra mujer, desde lo alto de un castillo, de igual forma que la que ostentan los escudos reales de Castilla, parece lamentarse de presenciar tan humillante escena.

»¿Sería, tanto en esta escultura como en la que antes describimos, la idea del artista recordar los desaciertos y la degradación á que conducen al hombre el amor desordenado á una mujer, y la sumisión ciega á sus exigencias? ¿Querría aludir á los adúlteros amores de Alfonso XI con Doña Leonor de Guzmán, á los que aquel monarca estaba tan supeditado á la sazón, y que tantos disturbios hicieron llover sobre Castilla?

»¿Sería su intento poner de manifiesto al padre de Pedro el Cruel la humillación á que le redujera su manceba, las terribles consecuencias á que se exponía con sus flaquezas, como Adán y Herodes; y, finalmente, le presentaría el ejemplo del desdichado Favila para mostrarle que los reyes no deben entregarse al solaz, sino al gobierno de sus Estados, y en el de los magos lo agradables que eran á Dios las ofrendas como las que acababa de hacer á la catedral de Oviedo, que le conquistaron el honor de ser colocada su estatua entre las de los santos?

»Sabida es la osadía de los arquitectos y escultores de aquel tiempo, que cubrieron los templos y los altares con grupos de figuras obscenas é ignominiosas, con objeto de ridiculizar y poner de manifiesto los vicios

de los magnates que á la sazón vivían, bien fuesen legos ó eclesiásticos.

»Esto hizo decir á un erudito escritor de nuestros días que, si en la Edad Media no existía la libertad de imprenta, había, en cambio, la libertad de la arquitectura». (*Semanario Pintoresco*. — Nicolás Castor de Cauneda.)

Toledo. — San Juan de los Reyes. — «Este suntuoso monumento pertenece al género de arquitectura *gótica-gentil*, y es indudablemente uno de los edificios que más renombre han dado á Toledo.

»Levantado en la época más floreciente de la monarquía castellana, despierta á la vista del entusiasta viajero recuerdos de altas y difíciles empresas, llevadas á cabo felizmente por nuestros mayores, al paso que está acusando con sus escombros el vandalismo del presente siglo, y más que todo la envidia de una nación vecina, que, mientras lanzaba sobre el pueblo español las más injustas calificaciones, destruía con el hierro y el fuego las más preciadas joyas de sus artes.

»Hablamos del incendio sufrido por San Juan de los Reyes en la época de la invasión francesa; en esa época en que, á la sombra de las águilas imperiales, parecían levantarse las lises para quebrantar el yugo

de antiguos errores, pretendiendo llevar las luces por toda Europa y mostrar al mundo el triunfo de su filosofía.

»Mentira parece que las huestes de aquellos mariscales cuya cultura é ilustración nadie osará poner en duda, se ensañaran de una manera tan bárbara con unos edificios que no podían tener para ellos más de malo que el haber sido erigidos por los vencedores de Cirinola y de Pavía: mentira parece que los soldados de Napoleón vinieran á España para repetir las escenas de los Atilas y Gensericos.

»Pero es, por desgracia, demasiado cierto; á esa nación, cuyos escritores aprovechan cuantas ocasiones tienen para zaherirnos; á esa nación que tan amante y solícita se muestra de sus glorias, debemos en Toledo la ruina de San Juan de los Reyes, y de otros edificios dignos del mayor aprecio.

»La iglesia y el convento, conocidos con el referido nombre, fueron debidos á la piedad cristiana de los Reyes Católicos.

»Deseosos de cumplir el voto que habían hecho, al verse aquejados por la guerra de Portugal, cuyo monarca defendía los derechos de Doña Juana la Beltraneja, y libres ya de semejante enemigo, pensaron en levantar un templo que, rivalizando hasta

cierto punto con la catedral, fuese un padrón eterno de las mercedes que habían recibido en aquella guerra. Fué la primera idea de Isabel y de Fernando erigir en colegiata aquella iglesia, dotándola de crecidas rentas para la manutención del culto y de los colegiales, y poniendo en ella sus enterramientos.

»Pero luego que el arzobispo y el Cabildo catedral supieron este intento, rogaron á los Reyes que desistieran de él encarecidamente, si bien nada hubieran obtenido, á no haber cambiado muy en breve el aspecto de las cosas, llamando su atención vivamente otros asuntos de mayor importancia y de más grande interés para ambas coronas.

»Comenzóse entre tanto la fábrica, sin que hayamos podido averiguar con certeza á cargo de quién estuvo su dirección, por más diligencias que hemos practicado para conseguirlo. Sospéchase, no obstante, que debieron dirigir esta obra maese Rodrigo y Pedro Gumiel, maestros de la santa iglesia, los cuales se ocupaban en aquella época en hacer otras no menos importantes.

»Sea de esto lo que quiera, y sintiendo nosotros que la incuria de nuestros abuelos nos haya privado de tan interesantes noticias, baste saber que en 1476 estaba ya con-

cluído el monasterio, siendo en el siguiente año habitado por religiosos observantes de la Orden de San Francisco. Hiciéronles los Reyes Católicos toda clase de donativos, enriqueciéndolos con una numerosa y escogida biblioteca, en la cual se contaban multitud de manuscritos de gran precio y otros documentos muy interesantes para las artes, las letras y la historia.

»Pero este rico depósito de preciosidades, verdaderamente regio, fué saqueado en 1808 por nuestros *ilustrados* vecinos de allende los Pirineos, siendo pasto de las llamas cuantos libros y códices habían logrado escapar de su bárbara codicia.

»Borrón es éste que manchará por siempre el nombre *francés*, y que nunca tendrá una disculpa plausible!!! »

Voy á ingerir ahora unas cuantas líneas del Sr. D. Manuel de Assa, las cuales tomo de la extensa descripción que hace de este suntuoso edificio; sírvenle como de exordio á ella y vienen aquí como de molde.

«Contábase el año de la Encarnación de 1476: agitada la imperial ciudad de Toledo por la fausta nueva de la expulsión de los portugueses que en defensa de los dudosos derechos de Juana la Beltraneja tenían invadido el suelo castellano, prepará-

base á recibir con pompa inusitada al afortunado príncipe que en los campos de Toro había lavado el afrentoso borrón de Aljubarrota.

»Movida del generoso amor que le inspiraban las altas dotes de la reina Isabel y el bélico esfuerzo de D. Fernando, precipitábase la muchedumbre en los llanos de Visagra, ganosa de saludar á los vencedores, mientras dejado el luto, «el luto de las vestiduras, de que el noble rrey D. Johan 1.^o é los del su regno se vestieran», mostrábanse en público jurados y regidores, cubiertos los primeros de vistosos trajes de color, y ostentando los segundos apuestos y ricos brocados...

»Al sonar las nueve del día dos de Febrero, precedidos de los próceres y ricos-homes de su corte, rodeados de los hidalgos, caballeros y oficiales de la ciudad, y saludados donde quiera por un pueblo leal que llenaba al propio tiempo calles, plazas, avenidas y balcones, salieron D. Fernando y Doña Isabel del regio alcázar, llevados del referido intento.

»Vestían ambos magníficos trajes; ostentaba en especial la reina un suntuoso brial de brocado blanco, salpicado de castillos y leones de oro, y pendía de su cuello un

rico aderezo de hermosas piedras balajes, brillando la del centro por su extremada magnitud, á que añadía no poca estima la creencia de haber pertenecido al rey Salomón, según parecía revelar una leyenda que la rodeaba.

»Una corona de oro, sembrada de piedras preciosas, ceñía su frente, cayendo sobre sus hombros vistoso manto de armiño, que recogían tras ella dos gallardos pajes, en cuyo pecho lucían las armas de Castilla.»

«Así vinieron (afirma el escritor citado arriba), á la sancta Ilesia con grand triunfo é sonydo de trompetas... Trayan delante de si las banderas reales é las de los Grandes del rreyno, con que venciera el rrey la batalla (de Toro), llevadas en alto; en pos yba el arnés del alférez del adversario e de los suyos de Portugal, abatidas al suelo.»

»Está, pues, situado el monasterio de San Juan de los Reyes en la parte más occidental de Toledo, no muy distante de la puerta del Cambrón y del puente de San Martín.

»Forma en la parte exterior un cuadrilongo, presentando su portada en el lado del Norte, y quedando al Mediodía su bellísimo claustro.

»Trazó dicha portada Alonso de Cova-

rrubias, si bien no se terminó hasta el año de 1610, época en que ya se había perdido enteramente la costumbre de construir según el gusto gótico, por lo cual no pudo menos de sufrir grandes modificaciones el diseño de Covarrubias.

»Compónese de un cuerpo de cuatro columnas, adornado de capiteles, cornisas, guardapolvos y repisas, viéndose en la archivolta dos estatuas de piedra, y otras dos en cada uno de los intercolumnios.

»Sobre la clave del arco que da entrada á la iglesia se hallan los yugos, distintivo de los Reyes Católicos que quebrantaron el sarraceno, y encima de ellos se levanta una estatua del *Salvador*, notándose á sus lados dos reyes de armas.

»Es toda esta escultura de bien escaso mérito, así como la portada, advirtiéndose ya los preludios de la decadencia total que amenazaba á las artes.

»Decoran el ábside dos cuerpos sobrepuestos de buen gusto, que rematan con un antepecho calado, viéndose en la fachada del Norte una gran ventana que da luz al crucero, la cual aparece adornada de junquillos y labores exquisitas, presentando en su archivolta dos estatuas de buenas proporciones.

»Rodean todo dicho ábside seis grandes pilares que terminan con bellos ornatos de crestería, ostentando en su centro reyes de armas, mutilados á balazos por los soldados de la nación vecina; y embelleciendo sus entrepaños multitud de cadenas, brillante trofeo de la conquista de Granada, en que fueron redimidos los cautivos cristianos que yacían sumidos en las mazmorras sarracenas.

»Al llegar á este sitio se nos viene á la memoria la octava en que alude Valdivieso en su *Sagrario de Toledo* á este templo y á estas cadenas. Dice de esta manera:

Mira que erigen con piadosas leyes
Un templo que glorioso se intitula
San Juan por sus grandezas de los Reyes,

.....
.....
.....

De cadenas cercado de cautivos,
Que en Málaga rescatan semivivos.

»La impiedad del presente siglo ha puesto en estos sagrados despojos su mano profanadora, y gran parte de las cadenas, que eran vistas por todos los viajeros con un respeto religioso, se arrastran ahora por el suelo en el paseo de *Visagra*, con mengua de la generación presente y para más oprobio del nombre castellano.

»La planta de la iglesia, destinada felizmente á parroquia, es de cruz latina. Consta de una sola nave que concluye con un semicírculo en su cabecera, y presenta en su cuerpo principal seis arcos laterales, de que hablaremos después.

»Dividen el crucero del cuerpo de la iglesia dos gallardos pilares, sembrados de ricos ornatos y estatuas de grande mérito, viéndose cortados por dos bellísimos repisones, sobre los cuales vuelan dos vistosas tribunas con antepechos primorosamente calados, estando aquéllas dispuestas con tanto gusto, que exceden á todo encarecimiento, encantando á los espectadores.

»Suben los mencionados pilares hasta el arranque de los cuatro arcos torales en que estriba la elegante cornisa que recibe las pechinas en donde se apea la bóveda, la cual cierra el crucero. Es ésta de planta octógona, hallándose en cada una de sus ochavas ó lunetos una ventana de exquisito gusto, y viéndose exornados los pilares que dividen las mismas por otros tantos ángeles que le prestan mayor gracia y realce.

»Presentan los arcos torales de Norte y Mediodía, que se ven adheridos al muro de la iglesia, tres cuerpos de arquitectura, dignos de examinarse detenidamente.

»El primero, que es el más sencillo, se compone, en el brazo de la izquierda, de catorce arcos sobrepuestos, y doce en el de la derecha, por ocupar el espacio de los dos restantes la puerta que comunica con el *Claustro*, en cuya clave se ve un escudo de armas con las cinco llagas, timbre de la Orden de San Francisco. Hay en el frente de ambos brazos del crucero dos retablos corintios, formados por dos columnas y dos pilastras, presentando en sus intercolumnios algunos lienzos apreciables, y en el centro dos medallas de madera que figuran á San Juan Evangelista en el del Mediodía, y el Bautismo de Jesús en el del Norte.

»Son ambos relieves de bastante mérito, y, en nuestra opinión, pertenecen al siglo XVI.

»El segundo cuerpo se divide en seis espacios, ornando los pilares que los separan ocho bellísimas estatuas con delicadas repisas y gallardos doseletes en forma de torrecillas, en cuyas cúspides asientan otras tantas estatuas hechas con el mismo esmero, si bien son de más reducido tamaño. Hállase en cada uno de los espacios un escudo de armas de grandes dimensiones, sostenidos todos por doce leones de no buena escultura, alternando los blasones de Aragón con los

de Castilla, y notándose los *yugos y flechas* entre la gran copia de ornatos que avaloran este rico crucero. Levántanse sobre los escudos airozas pirámides de bella crestería, concluyendo estos ornamentos con un friso, que da también vuelta á la capilla mayor, en el cual se encuentra una inscripción latina que principia con estas palabras: *Christianissimi principes atque preclaræ celsitudinis Ferdinandus et Elisabeth immortalis memorie Hispaniarum et tutæ illique Cæciliæ et Jerusalem, construerunt, etc.*

»El tercer cuerpo tiene en el centro un grande arco á cada lado, en cuyas molduras se divisan bellas estatuas, quedando divididas ambas ventanas por un elegante junquillo, y ostentando vidrieras pintadas de vivísimos colores.

»A cada extremo de los arcos referidos existen tres estatuas, siendo mayores que las demás las que están colocadas en el centro, lo cual viene á formar una pirámide, cuya forma conserva también el doselete que las cobija.

»Son todos estos adornos de piedra calcárea, de un color agradable y dulce, que contribuye á prestar cierto aspecto venerable á toda la obra.

»El arco oriental, que divide el crucero

de la capilla mayor, presenta un cuerpo de arquitectura, compartido en cinco espacios. Debió ocupar los tres del centro el antiguo retablo, de que ya en tiempo de D. Antonio Ponz sólo se conservaban las pinturas, como apunta en los cortos renglones que dedica á este magnífico monumento. «Dentro y fuera de la iglesia, dice, hay varios ornamentos y estatuas correspondientes á aquella edad y á la arquitectura en que están colocadas, siguiendo el mismo estilo las más de las pinturas que hay en la iglesia; particularmente las del altar mayor, en donde hace la mayor disonancia el maderaje del tabernáculo moderno.»

»Si la iglesia de San Juan de los Reyes tuviera la fortuna de conservar dichas pinturas, sería mucho más estimada de los viajeros; ahora sólo existe un pequeño tabernáculo (traído de una de las iglesias en que se ha suprimido el culto), donde en tiempo de Ponz se veía el retablo mayor, cuyas pinturas eran indudablemente otras tantas joyas de las artes.

»En la parte superior de los espacios del presbiterio hay dos graciosas hornacinas, y sobre ellas dos ventanas con brillantes vidrios de colores, cerrando el ábside una media naranja de airoso contorno.

»La capilla mayor se levanta sobre el nivel del crucero á la altura de tres gradas, que atraviesan toda la nave.

»Consta el cuerpo de la iglesia de cinco bóvedas, apuntadas y exornadas de crestones y aristas tan gallardas como todos los ornamentos de este bello templo. Sostienenlas cuatro pilares, compuestos de esbeltas palmas, ostentando en su centro bellas estatuas de santos, y subiendo hasta las bóvedas referidas, en donde recogen los arcos que dividen aquéllas.

»El coro, que descansa sobre un magnífico arco tendido de uno á otro extremo de la nave, ocupa la última bóveda, siendo digno de examinarse por la belleza y abundancia de ornatos que se advierten en la que él forma, viéndose sembrados de escudos de armas sus elegantes aristones y resaltos, pintados de variedad de colores.

»En la clave del arco citado hay una excelente estatua que representa un heraldo ó rey de armas puesto de rodillas sobre una graciosa repisa, notándose á sus lados los escudos de Aragón y Castilla, y los yugos y flechas, timbres de los Reyes Católicos.

»Rodea toda la iglesia, por encima de los arcos que forman las capillas, una especie de friso de calados adornos y perforaciones, al-

zándose sobre el arco de la segunda bóveda de la derecha una bellísima tribuna, en donde estuvo colocado el órgano hasta la exclaustación de los regulares.

»Ábrese en cada espacio una ventana con vistosas vidrieras, que compiten con las de la catedral y prestan luz abundante y grata á la iglesia; y vese en el friso que separa los dos cuerpos de ésta la siguiente leyenda:

ESTE MONASTERIO: E: IGLESIA: MANDARON:
 HASER, LOS MUY ESCLARECIDOS: PRINCIPES: E:
 SEÑORES: DON HERNANDO: Y DOÑA: ISABEL:
 REY Y: REINA: DE CASTILLA: E LEON: DE ARA-
 GON: DE CECILIA: LOS: CUALES: SEÑORES:
 POR: SU: BIEN: AVENTURADO: MATRIMONIO: JUN-
 TARON: LOS: DHOS: REINOS: EL DICHO: SE-
 ÑOR: REY: Y SEÑOR: NATURAL: DE LOS: REINOS: DE:
 ARAGON: Y CECILIA: Y SEYENDO: LA DICHA: SEÑO-
 RA: REINA: Y SEÑORA: NATURAL: DE LOS: REINOS:
 DE: CASTILLA: Y LEON: EL CUAL: FUNDARON:
 A GLORIA: DE NUESTRO: SEÑOR: Y: DE LA: BIEN-
 AVENTURADA: MADRE: SUYA: NUESTRA:
 SEÑORA: LA VIRGEN MARIA Y POR: ESPECIAL:
 DEVOCION: QUE: TUVIERON.

(Toledo pintoresca, por D. José Amador de los Ríos.)

(Se continuará esta materia.)

Arquitectura civil.

Los españoles del siglo xv no conocieron el fausto y la riqueza en otros edificios sino en los consagrados al Señor; si se erigieron algunos que no fueran iglesias ó conventos, no se busquen palacios de ningún género, sino hospitales y colegios donde los enfermos hallaran salud, y los pobres, en especial, modo de cultivar gratis su ingenio.

No llevaré tan adelante ni haré mi proposición tan absoluta que excluya de toda España alguno que otro suntuoso edificio levantado por la nobleza para mansión propia ó de sus descendientes, y de ello sea ejemplo el palacio de los duques del Infantado en Guadalajara; pero eran raros, quedando la arquitectura civil limitada á desplegar sus galas en los colegios, universidades y hospitales, en lo colectivo y común, más que en lo individual y propio.

Sin embargo, algunas portadas, ya de casas antiguas, bien de las colocadas en los muros, como en Toledo la de Bisagra, son monumentos que no escasean en provincia alguna de España.

Guadalajara.—*Palacio del duque del Infantado.*—«A mediados del siglo xv fijó su

residencia en la capital de la Alcarria la nobilísima casa de los Mendozas, oriúnda del suelo alavés y descendiente de los famosos Jueces de Castilla y del Cid Campeador, de legendaria vida.

»No es posible que nos detengamos en el relato circunstanciado de las hazañas y magnificencia de aquella estirpe de magnates que llegó á poseer el señorío de ochocientos lugares y más de noventa mil vasallos, y en cuya armería se custodian arreos militares para equipar cuatro mil infantes y jinetes.

»Escritores distinguidos han narrado con oportunidad y espacio sobrados la historia biográfica de los Mendozas, y á ellos remitimos al que desee mayores datos sobre este particular; á nuestro propósito bastará indicar que, con el apogeo de la fortuna de la ilustre familia, coincidió la merced del título de duque del Infantado, hecha por los Reyes Católicos en 1475 á D. Diego Hurtado de Mendoza, primogénito del celeberrimo marqués de Santillana, y que el segundo poseedor del título, D. Iñigo López de Mendoza, después de su romántico enlace con Doña María de Luna, hija del condestable D. Álvaro, fué el que, en 1483, mandó levantar el actual palacio de Guadalajara,

derribando la antigua morada solariega que habitaron sus antepasados.

»Vasto y suntuoso, tal como convenía á aquellos esclarecidos próceres que en fiestas y torneos rivalizaban en lujo y esplendor hasta con los reyes de la casa de Austria, el alcázar de hoy ofrece el tipo acabado de la mansión señorial de los tiempos cercanos al renacimiento, en que la mayoría de los nobles abandonó los castillos feudales por cómodos palacios, dedicándose á ser Mecenas tan fastuosos como habían sido guerreros indomables.

»La planta del alcázar responde, pues, á estas nuevas necesidades: nada de bóvedas sombrías, ~~ni bóvedas~~ ~~ni bregos~~ ~~ni corredores~~, estrechas lumbreras, ni robustos torreones; al contrario, por todas partes espacio, luz y ambiente, lo mismo en las risueñas estancias inmediatas al vasto patio central, circuído de fantástica galería, sin igual en su género, que en el magnífico salón de Cazadores, sobrepujado, á pesar de la riqueza de su decoración, por la originalísima sala de Linajes, cuyo artesonado estalactítico, dorado y estofado en 1462, sorprende aun á los más familiarizados con el estudio de las artes suntuarias dentro y fuera de nuestra patria.

»El exterior del edificio corresponde á

tanta magnificencia, así en la fachada que mira al jardín, adornada con elegantes pórticos, como en la principal que tenemos á la vista, en mal hora mutilada y envilecida con la adición de un monótono y vulgar balconaje distribuído sin orden ni concierto, el cual vino á sustituir las elegantes ventanas de gótica crestería, de la que aún quedan vestigios.

» Esta desafortada profanación se hizo con tal falta de conciencia artística, que su autor no vaciló en destruir en gran parte, para dar luz á los desvanes y habitaciones de la servidumbre, la galería superior, cimentada sobre una cornisa estalactítica, tan caprichosa como los arcos pareados de los garitones salientes, maltratados hasta el extremo de que sólo dos conservaban el labrado doselete que los cobija, flanqueado por gruesas columnas decoradas, como el antepecho, de primorosa labor de cuadritos de relieve.

» El resto de la fachada aparece sembrado de gruesas cabezas de clavo que le comunican un aspecto original y característico.

» Una inscripción latina y castellana, esculpida sobre los arcos del patio central, nos revela el nombre de los autores de la mansión ducal, que no fueron otros que Juan y

Enrique Guas, los mismos que trazaron y dirigieron las obras de San Juan de los Reyes en Toledo.

»Cualquiera que conozca el histórico monumento de que se envanece con justicia la ciudad imperial, quedará sorprendido ante la diferencia que existe entre aquel hermoso edificio del tercer período del arte ojival y el palacio de Guadalajara, que, á pesar de su riqueza y originalidad, revela una decadencia en el gusto que en vano trata de ocultarse con las galas de una fantasía desvariada.

»A este propósito dice el Sr. Quadrado, después de calificar la construcción de tipo barroquismo gótico, que, para explicar tal desemejanza de carácter entre dos obras de un mismo genio, es preciso apelar á las fluctuaciones del gusto en época de transición y recordar por analogía las de Góngora y Lope de Vega, modelo tan pronto de noble y fácil elegancia como de sutil y ampuloso culteranismo. Extinguida la línea principal de los duques del Infantado á principios del siglo xvii, los sucesores trasladaron su residencia á Madrid, abandonando su palacio de Guadalajara, el cual, gracias á su sólida construcción, ha podido resistir en buen estado hasta la creación del Cole-

gio de Huérfanos Militares, que no ha muchos años estableció en aquella morada histórica el malogrado monarca D. Alfonso XII, consiguiéndose de esta suerte dar un destino útil al vetusto alcázar y evitar al propio tiempo su completa ruina.»—(De la *España artística y monumental*, por D. P. de Madrazo.)

Salamanca.—Universidad.—Salamanca, una de las ciudades más antiguas de España, fué dotada de Universidad por el rey Alfonso IX de Castilla. El número de estudiantes que á ella concurría en siglos anteriores al nuestro se ha calculado en catorce mil, y la fama de sus maestros fué siempre respetada.

El antipapa D. Pedro de Luna, ó sea Benedicto XIII, estableció en ella veinticinco cátedras de propiedad, contándose en este número las de astronomía y lenguas griega, árabe y hebrea. En 1422 el Sumo Pontífice Martino V dió á esta Universidad un plan completo de estudios y unos Estatutos generales á fin de unificar las muchas constituciones por que se regía, y años después, en 1491, obligó Eugenio IV á todos sus profesores á recibirse de licenciados.

La reina Doña Isabel favoreció mucho este plantel de sabios, y dió grande impulso á los estudios en 1485.

Compónese de dos edificios, llamados escuelas mayores y menores; su construcción duró de 1415 á 1433; pero será tan sólo la fachada y la capilla de San Jerónimo lo que aquí principalmente describamos.

«Machones esculpidos de arquería y terminados en botareles de filigrana, y ventanas ojivas del postrer período, revelan la época de la fachada, por bajo de la cual corre un muro con almenas, y avanza hasta la línea de éste el cuerpo central, donde, sin mezcla de gótico, campea ya exclusivamente el Renacimiento.

»Si el principal medallón, colocado sobre el doble arco escarzano del portal, que contiene asidos á un cetro único (emblema de poder indivisible y de voluntad inseparable) los bustos de Isabel y Fernando, se puso, como parece, en vida de la real pareja, á quien la Universidad retribuía una parte de sus dones, pocas fábricas se adelantaron á ésta en adoptar el minucioso estilo plateresco, que sólo había ensayado á la sazón Enrique de Egas en Santa Cruz de Valladolid y en Santa Cruz de Toledo.

»Verdad es que la rudeza de estos bustos, más análogos á los del Bajo Imperio que á los de la aurora del gran siglo XVI, contrasta con el primor de los follajes y caprichos

sobre que destacan, y de las labores de las pilastras que dividen los tres órdenes del frontis en cinco compartimientos.

»En el segundo se notan las armas reales; en el tercero, dentro de un arco, la figura de un Pontífice, recordando cuánto les debe aquella casa; medallones menores se ven á los lados, y en el remate las bichas y acroterias de costumbre.

»Asegúrase que la fachada costó treinta mil ducados; ¿y quién sabe si la trazaría el mismo Egas, al par de las dos fundaciones del cardenal Mendoza?

»Al propio tiempo se labró la capilla dedicada á San Jerónimo, que estuvo primero á la entrada de la puerta de las Cadenas; Fernando Gallego pintaba los cuadros que engarzados en plata afilegranada debían formar su retablo suntuoso; la bóveda se maticaba de azul y oro, representando figuras astronómicas, y asentábase encima un reloj de ingenioso mecanismo. Todo lo destruyó la renovación en el siglo pasado: no así la biblioteca, que, espléndidamente dotada por los Reyes Católicos, conserva vestigios de su munificencia.

»En la escalera resta la bóveda de crucería y un pasamanos esculpido con relieves de toros y batallas; en el corredor un pre-

cioso artesonado de gruesos casetones con frisos platerescos y un portal de arco plano festoneado de trepadas hojas y salpicado de animales, que introduce al grandioso salón, reparado por uno de los Churrigueras. Copioso en libros y rico en códices, pocos le igualan en su clase, y ninguno le aventaja.

»Da la fachada de escuelas mayores á una cerrada plazuela; presidida, desde algunos años á esta parte, por una majestuosa estatua de bronce que se ha alzado á Fray Luis de León.

»Ocupa el lienzo izquierdo el antiguo hospital de estudiantes, hoy convertido en oficinas, cuyo remate ciñe una bella cornisa plateresca con agujas y calados, y cuyos balcones decoran varios bustos. Ábrese en el centro la entrada de medio punto, partida por un pilar y guarnecida por gótica guirnalda, figurando en su testero la efigie de Santo Tomás de Aquino y en sus enjutas la Anunciación, mientras que el blasón regio, encuadrado en unas molduras, consigna la procedencia del establecimiento.

»Casi al tiempo de esta obra, es decir, á principios del siglo xvi, emprendióse á su lado la de estudios menores, y ambas concluyeron hacia 1533; pero la portada de ellos, sita en un rincón de la plazuela, despliega

ya de lleno las galas platerescas unidas á una admirable sencillez de pensamiento.

»La bocelada curva de sus dos arcos reposa graciosamente sobre una columna aislada; tres escudos imperiales encima de la puerta, dentro de nichos separados por pilstras, acreditan el dictado de *real* Universidad, así como el de *pontificia* una tiara y las cabezas de San Pedro y San Pablo que resaltan entre los adornos del friso; follajes, grecas, figuritas, medallones, todo es diminuto y primoroso, terminando en una orla de encaje en la cual parece transigieron entre sí los dos estilos.

»Más allá del atrio, sobre cuya arcada interior se lee un enfático lema, asoman las galerías del cuadrilongo patio, bien que desdican de la bella arquitectura de fuera sus bajos pilares y los arcos formados de caprichosos rompimientos, que por su analogía con los de las alcobas llamaremos alcobados, cuales les presenta también un ándito superior en el de escuelas mayores.» (*España, sus monumentos y artes*, por D. José María Quadrado.)

Colegio de Santa Cruz en Valladolid.— «Subsiste como concluído ayer el suntuoso colegio que el insigne cardenal D. Pedro González de Mendoza erigió para abrir á los

ingenios pobres las más brillantes carreras, y cuya magnificencia se desarrolla casi simultáneamente con la del colegio de San Gregorio su competidor, al cual sirvió de estímulo y de modelo.

»Instaláronse en número de veinte sus primeros colegiales en las casas que fueron de Diego de Arias y más adelante convento de Belén, y allí se celebró la primera misa en 25 de Febrero de 1484. Hasta la primavera de 1486 no se inauguraron las obras del actual edificio, empezando por el derribo de las casas que ocupaban su solar: en 1492 habían terminado ya, celebrándose su conclusión con grandes fiestas y comiendo aquel día en el refectorio la reina Isabel.

»Su advocación fué la de Santa Cruz, la que solía poner á sus monumentos el cardenal; el arquitecto fué el mismo que el de su célebre hospital de Toledo Enrique de Egas, hijo del flamenco Anequin.

»Sin embargo, no contentó la fábrica en su principio al ostentoso primado de las Españas; y sin los repetidos elogios que de ella hacían el rey y la reina, asegúrase que hubiera mandado demolerla por mezquina.

»Y he aquí lo que cuesta trabajo comprender al que desde un ángulo de la vasta y yerma plaza en que está situado admira

aquel magnífico cuadrado de sillería formado de tres cuerpos y coronado en su delantera por una balaustrada, y alrededor por una diadema de flameros y pilaretes. Sutiles machones rematados en agujas, que tienen más de góticos en la intención que en los detalles, trepan desde abajo hasta la plateresca cornisa, dividiendo en cinco compartimientos la fachada principal; los de en medio más adornados, con alguna crestería en su primer tercio y con pilastras estriadas en los restantes, cierran el entrepaño del centro, vistosamente almohadillado, sobre el cual campean los escudos reales y los de Mendoza.

»Nada empero sorprende como el ver en aquella obra la singular precocidad del Renacimiento antes de expirar el siglo xv... Labores platerescas muy limpias y delicadas, que revelan experta y segura mano, llenan exclusivamente las pilastras, columnas y friso de la portada, en cuyo testero de medio punto figura, como en aquélla, el cardenal puesto de rodillas ante la cruz sostenida por Santa Elena; y al mismo género pertenecen las que adornan el gracioso y rico balcón del segundo cuerpo.

»No hablamos del frontispicio triangular, ni de los que coronan los cuatro balcones

restantes, ni de los hierros labrados de sus antepechos, pues todo esto son invenciones modernas que no alcanza á disculpar la autoridad de D. Ventura Rodríguez, y que hacen echar de menos las anteriores ventanas, que eran ojivales, según noticias.

»Entonces, en la última mitad del siglo pasado, se trocaron también en balcones las aberturas de las fachadas laterales, y se picó la piedra, y se dió al edificio aquel aspecto remozado que, si bien halága al pronto la vista, lo priva del más poético barniz de antigüedad.

»Reina en el patio la misma elegancia y pulcritud, y el mismo gusto en sus tres órdenes de galerías, cuyos arcos de medio punto sostienen octógonos pilares, resaltando en sus enjutas, ora las cruces, ora los blasones del cardenal: un gótico antepecho, bellamente trepado, ciñe el segundo cuerpo, y el tercero una balaustrada.» (*Recuerdos y bellezas de España.*)

La Lonja de Palma.— «El proyecto formal de esta obra estupenda data desde 1409 (época en que la Iglesia se hallaba escasísima de recursos), como lo prueba el real privilegio de D. Martín de Aragón, dado en Barcelona á 23 de Marzo de aquel año.

»Corriendo la empresa por un cuerpo tan

pudiente entonces como el del comercio mallorquín, que tanto tiempo había que deseaba tener su Casa de contratación, como ya la tenían en aquella capital los genoveses, ingleses y otras naciones, no es de dudar que desde luego se empezase á trabajar en la nueva Lonja; pero el Colegio de mercaderes, deseoso de adelantarla, firmó una contrata en 11 de Marzo de 1426 ante Bernardo Sala, notario, con el insigne arquitecto Guillermo Sayrera, el cual se obligó á continuar y concluir la fábrica de la Lonja por el precio de 22.000 libras mallorquinas (292.318 reales de vellón) y bajo el plano por él antes presentado con las condiciones siguientes: 1.^a, 2.^a, 3.^a: promete concluir la obra hasta la cubierta de las bóvedas en los doce años siguientes, con la altura de ocho canas de Mompeller (17 varas castellanas), y en los tres años siguientes á los doce hacer y terminar las torres, almenas y demás obras superiores: 5.^a y 6.^a: se obliga á hacer todas las columnas, claves y pavimentos de piedra de Santañy, y las pendientes ó enjutas de las bóvedas, de la de Sollevich: por las cuatro siguientes se obliga á hacer para decoro de la obra diferentes ornatos; un solemne tabernáculo sobre la puerta principal que mira al Ebro, con la efigie de la Virgen; en

cada uno de los otros tres frentes un ángel con un tabernáculo encima y las armas reales y de la ciudad á los lados, y en los cuatro ángulos del edificio las estatuas de San Nicolás, San Juan Bautista, Santa Catalina y Santa Clara, todas las cuales, y las demás que antes he dicho, se conservan en el día perfectamente.

»Este edificio, acaso el mejor y más gallardo que se conoce en España del género gótico-germánico, es cuadrilongo; tiene su fachada á Oriente y uno de sus costados al Sur, cerca y frente de la muralla que cae al mar; el otro mira al Norte; su espalda al Poniente, y es tan recomendable por su noble sencillez como por la sabia distribución de su ornato.

»Los muros están cortados perpendicularmente por pilastrones octógonos que, resaltados de ellos, los dividen al frente y espalda en tres, y á los costados en cuatro, iguales compartimientos. Estos pilastrones tienen sus ángulos cubiertos de hermosos junquillos delicadamente entallados. Una cornisa ó imposta de escaso realce, pero de agranadas molduras, corriendo horizontalmente por todo el edificio, le divide en dos partes iguales. Cuatro torres octógonas, de un solo cuerpo muy esbelto, y cortadas en

su altura por varias fajitas también horizontales y octógonas, flanquean sus ángulos, descollando moderadamente sobre ellos, y una grandiosa y bella balaustrada ó cornisamento (que no se sabe qué nombre darle) le corona y esconde su domo.

»No es fácil explicar cuánto le ennoblece esta corona. Sostiénela un ancho friso resaltado en lo alto del muro y apoyado en graciosos modillones; sobre él se levanta una magnífica crujía de grandes recuadros perforados que á guisa de ventanas corren por todo el edificio. Sepáranlos de cuatro en cuatro los pilastrones que, arrancando desde el centro del talud, suben atrevidos, no sólo á cortar el friso, sino también á penetrar por el balaustre y descollar sobre él en forma de torrecillas, aunque sin ganar tanta altura como las torres angulares. Unas y otras están coronadas de merlones y almenas triangulares, pero sin agujas ni chapiteles.

»Otra serie de merloncillos triangulares corre sobre los dinteles de los cuadros ó ventanas, coronando todo el balaustre y completando esta especie de gran cornisamento, que, así por sus proporciones como por su extraña y caprichosa forma, es del más gracioso efecto y ennoblece considerablemente el edificio.

»Para que no chocase al exterior su grande altura, le dividió el autor en dos cuerpos, cuando en realidad tiene uno solo; también, para suplir la falta aparente de luces, pues que no tiene ventana alguna sobre la cornisa, ni aun debajo, por lo menos en forma de tal, dió al cornisamento aquella hermosa pero extraña forma de ventanaje que disipa esta idea, sin que por eso deje de concurrir á la belleza de la obra.

»Pero la mayor profusión de ornato se ve en las riquísimas portadas, que son tres al frente, tres á la espalda y dos á cada uno de los costados; mas se debe advertir que cuatro de las seis primeras, y las dos de los costados meridionales, aunque con apariencia de puertas, tienen el uso de ventanas, dando luz al interior por lo alto de sus arcos triples, y apoyando sus umbrales y jambas sobre el talud que abraza el pie del edificio.

»Grandes torres elevadas hasta tocar la imposta con la cresta; sus cabeceras rellenas, pero perforadas en la luz alta de los arcos punteados con graciosos arabescos, y enriquecidas con todo el lujo y delicadeza de la antigua crestería, parecen inventadas para ostentar la opulencia de la profesión á que se destinaba este edificio.

»Si, pues, se agrega á tanta riqueza la

de seis estatuas, colocadas en sus ángulos y puertas, y adosadas con bellísimos tornapolvos, la gallardía de las cuatro torres con sus altas cabezas coronadas, y las de tantas torrezuelas que, rompiendo la magnífica balaustrada, descuellan moderadamente sobre ellos, no será de extrañar que se cuente á la Lonja de Mallorca entre los mejores edificios civiles que conserva España del gusto gótico-germánico ó ultramarino.

»Su interior no es menos magnífico: consta de una sola pieza, partida en naves por altas y hermosas columnas estriadas en espiral. Estas columnas corresponden á los pilastrones exteriores, y les sirven de estribos. Son, por consiguiente, seis.

»No tienen capiteles ni aun impostas, sino que las espiras de las estrías mueren en el punto en que arrancan los junquillos ó medias cañas que, unidos en haces, forman los arcos. Son éstos en gran número: unos de columna á columna; otros que se cruzan y encuentran en los centros de las bóvedas; otros que van á buscar su apoyo y esconderse en el plano exterior de los muros, y todos nacen del tronco de las columnas, como del de una erguida palmera las magníficas palmas que se encorvan en torno de él y le coronan.

»La base de la columna sólo se distingue del fuste por su mayor diámetro, buscándole las estrías con una ligera inclinación, y luego sigue él mismo adelgazándose hasta el nacimiento de los arcos. Por esto se ve que las seis columnas dividen el todo del edificio á lo largo en tres, y á lo ancho en cuatro altas y hermosas naves.» (*Semanario Pintoresco.*—Anónimo.)

Arquitectura y Escultura religiosa.

(Continúa.)

Catedral de Sevilla.—«Reunidos el día 8 de Julio de 1401 el deán y el Cabildo, sede vacante, en el corral de los Olmos, según era su uso y costumbre, hicieron estatuto en el cual dijeron, que por cuanto la iglesia de Sevilla amenazaba ruina por los terremotos pasados, y por muchas partes estaba desplomada, se labrase una nueva, tal y tan buena que no hubiese otra igual á ella, y que si para esto no bastase la renta de la obra, se tomara de la renta de cada uno lo que fuese necesario, que de buen grado lo ofrecían todos en servicio de Dios y para que se atendiese la grandeza y autoridad de Sevilla y de su iglesia.

»Fiel intérprete de la magnanimidad religiosa de aquella asamblea, habló allí un famoso prebendado, cuya voz quedó á las futuras generaciones como fórmula hiperbólica de la arrebatada piedad sevillana, exclamando: *hagamos una iglesia tan grande, que los que la vieren acabada nos tengan por locos.*

»Y correspondió de lleno el efecto á la intención. Sin apoyo de príncipes ni ayudas de prelados; sin limitar los gastos de su solemne culto; sin más auxilio que las limosnas de los fieles por el incentivo de las indulgencias concedidas y publicadas por todo el reino, según uso de aquel tiempo, llevaron adelante los generosos prebendados sevillanos por espacio de ciento veinte años, á costa de sus canongías y raciones, de las que sólo se reservaron una mediana congrua, y con el escaso producto de las rentas de la fábrica, la gigantesca obra que vamos ligeramente á describir.

»Derribóse casi en su totalidad la soberbia mole erigida por los arquitectos de Jusuf y Yakuf; conserváronse tan sólo la morisca torre, el hermoso patio de los naranjos con los pórticos que á Norte, Levante y Poniente lo circuían, y con el ándito y gradas de piedra de que lo habían rodeado por la parte exterior en 1395 y el recinto de la

capilla real, la cual no podía ser demolida hasta que para ello se obtuviese real licencia, dificultada á la sazón por la entereza de D. Enrique el *Doliente*.

»Habilitóse de iglesia provisional una capilla espaciosa en el llamado *cementerio de San Miguel*, frontero al templo por la parte de Oriente, cedido al Cabildo en el repartimiento para establecer sus oficinas, y después ampliado por sucesivas compras; y allí continuaron los Divinos Oficios en decente forma, aunque con estrechez, y se depositaron ordenadamente los huesos sacados de los deshechos enterramientos para restituirlos á sus respectivos lugares en la nueva iglesia, con el laudable fin de que ninguno quedase defraudado de las capillas, altares y mausoleos que hubiese dotado.

«No había aún resucitado la arquitectura romana al uso de Europa (dice el discreto Zúñiga), y duraba en los templos el de la gótica, que mejor pudiera llamarse alemana.» Dióse á la nueva basílica longitud de Oriente á Poniente, según el primitivo rito de la Iglesia, y se trazó con cinco naves, sin contar las de las capillas, ocupando un espacio de trescientos setenta y nueve pies, exceptuados los gruesos de las paredes y lo que comprendían las capillas que

servían de cabecera. A su latitud se dieron doscientos diez y siete pies, contados igualmente sin el grueso de las paredes y fondo de las capillas de las dos bandas de Norte y Mediodía.

»Habían de sostener las ojivales bóvedas treinta y seis pilares, compuestos de esbeltas columnillas agrupadas formando como haces de palmas, de quince pies de diámetro, y los medios pilares correspondientes en sus cuatro muros.

»Sobre el crucero, entre el presbiterio y el coro, había de elevarse un gigantesco cimborrio hasta la altura del primer cuerpo de la torre mauritana.

»En ornatos arquitectónicos debía ser sobria la proyectada fábrica, pero en austera é imponente grandiosidad había de ser la más abundada de toda Europa. ¿Quién ideó tan soberbia traza? Nadie de fijo lo sabe. ¡Singular modestia la de nuestra antigua España, cuyos más beneméritos hijos así se condenaban al olvido! Atribuyen unos esta obra al arquitecto Alonso Martínez, que ya en 1396 era maestro mayor del Cabildo; otros á Pero García, que lo era en 1421.

»Colocóse la primera piedra el año 1402; las liberalidades de los prebendados y de muchas personas piadosas permitieron que

se activase la obra en toda la parte de Occidente; y tomando la construcción nuevo incremento en 1426 con haber dejado á la fábrica de la santa iglesia la parte principal de su hacienda una célebre y caritativa señora llamada Doña Guiomar Manuel, ya á los treinta años de comenzado el suntuoso templo (en 1432) se hallaba tan adelantado, que fué preciso impetrar del rey D. Juan II licencia para derribar la capilla real antigua, que era embarazo á la continuación por el lado de Levante.

»Dió el monarca el deseado permiso, imponiendo al deán y Cabildo la condición de que fabricasen nueva capilla *de digna suntuosidad*, y colocasen entre tanto la imagen de Nuestra Señora de los Reyes y los cuerpos reales en parte decente. Dispúsose local adecuado encima de las capillas de la nave ó claustro del *Lagarto*; local que á la muerte de D. Fernando Colón, en 1539, se destinó á biblioteca; y entonces pasaron las tumbas reales á la nave ó claustro *de los Caballeros*, donde permaneció la capilla real hasta que se terminó la nueva en 1579.

»Ciento y tres años duró la construcción de la gran basílica hispalense hasta el remate del cimborrio, según su primera traza; en 1462 la dirigía Juan Normán; en 1488

era su maestro mayor Juan de Hoz; desempeñaba el propio cargo en 1506 Alonso Ruiz; finalmente, en Diciembre de este mismo año ponían la última piedra al mencionado cimborrio el maestro Alonso Rodríguez y su aparejador Gonzalo de Rojas. Breve fué el tiempo que permaneció la atrevida fábrica en aquella disposición; la eminente bóveda y coronación del crucero se desplomó con espantable estruendo en la noche del 28 de Diciembre de 1511, y la grande obra de la piedad sevillana no logró feliz remate hasta el año 1519, en que el maestro mayor Juan Gil de Hontañón acabó la reconstrucción de la parte arruinada tal y conforme se presenta hoy, celebrándose su conclusión con una procesión solemne á la capilla de Nuestra señora de la Antigua.

»El magnífico retablo del altar mayor, obra que inmortaliza al maestro Danchart, que lo ideó y principió en 1482; á su discípulo Marco; á Bernardo de Ortega, que le ayudó; á Jorge Fernández Alemán, y á otros acreditados artistas, que lo terminaron, estaba concluído; la grandiosa sillería de coro, trazada por Nuño Sánchez desde antes del año 1475, y acabada por el mencionado Danchart en 1479, daba ya decorosa colocación al Cabildo durante la celebración

de los Divinos Oficios; comenzaban á cubrirse de pintada y brillante imaginería las noventa y tres vidrieras del espacioso y elevado templo, habiendo principiado á ejercitar en ellas su diestro pincel, familiarizado con la candorosa manera llamada *gótica*, Micer Cristóbal Alemán, Juan Flamenco, hijo de Jacobo, Juan Jacques, Juan Bernal, Juan Viván y Bernardino de Celandia.

»Sólo estaba sin cumplir la condición impuesta al deán y al Cabildo por D. Juan II al otorgarles la licencia para deshacer la capilla real antigua. La capilla nueva que había de sustituir á aquélla no se hallaba ni aun en proyecto; y para que los prebendados se moviesen á dar algún indicio de sus egregias aspiraciones respecto de aquel negocio, todavía intacto, fué menester que la Cesárea Majestad de Carlos V, recién electo Emperador de Alemania, escribiese al Capítulo recordándole su promesa y exigiéndole el debido cumplimiento.

»Lo que idearon entonces los arquitectos Enrique de Egas y Juan de Álava, respondiendo á la excitación del Cabildo, y lo que, después de frustrados los planes de traer á Sevilla para aquella obra los más renombrados artistas de Italia y de Flandes, concibió el maestro mayor Martín Gaínza, con apro-

bación y revisión del famoso Alonso de Covarrubias, es materia que pertenece á la descripción de las obras notables ejecutadas en Sevilla en la época del Renacimiento.» (*España, sus monumentos y artes.*—Sevilla, por D. Pedro de Madrazo.)

Santo Tomás de Avila.—«La primacía entre los conventos de Avila pertenece al de dominicos, puesto bajo la advocación de Santo Tomás, probablemente el de Aquino, aunque su fundación no data sino de 1478.

»Debióse á la ilustre Doña María Dávila, viuda del tesorero Arnalte, y en segundas nupcias de D. Fernando Acuña, virrey de Sicilia; pero le comunicó un desarrollo extraordinario el alto favor de que gozaba con los Reyes Católicos aquel Fray Tomás de Torquemada á quien, para gloria los unos y para baldón los otros, han atribuído la principal parte en el establecimiento de la Inquisición.

»Duraron las obras de 1482 á 1483, con el producto de los cuantiosos bienes confiscados á herejes y judíos, cuyo osario, después de su expulsión, fué dado en propiedad á los religiosos; en su altar se depositó, para rendirle perenne culto, la hostia portentosa á los homicidas del niño de la Guardia y acusadora de su delito; en su capilla mayor

se colocaron los primeros sambenitos que se conocieron en Castilla; y así no es extraño que, para poner al abrigo del odio y venganza de los conversos aquella grandiosa casa cimentada sobre su ruina, prohibiese el Papa en 1496 admitir en ella á ninguno de sus descendientes.

»Erigieron los augustos esposos en el mismo local universidad de sus estudios, que, confirmada en 1638 por Felipe IV; y autorizada para conferir grados en las diversas facultades, floreció hasta tiempos muy recientes.

»Distantes se hallaban aún de pensar que las grandezas y distinciones allí acumuladas hubieran de completarse en breve con otra, harto fatal y dolorosa, de enterrar en dicho suelo sus esperanzas más queridas, y que el templo apenas concluído en Octubre de 1497 hubiese de acoger los restos de su único hijo varón, el malogrado príncipe D. Juan, en vida de los tristes padres.

»La suntuosa obra lleva el sello de su reinado: portales, ventanas, cornisas, machones, las líneas todas, rectas y curvas, horizontales y perpendiculares, lucen su imprescindible guarnición de perlas; un arco escarzano, cuyos estribos sobresalen de la fachada, encierra el ingreso conopial, profu-

samente bocelado y lleno de imágenes de santos de la Orden; bien que, á decir verdad, en sus doseletes y demás labores se acredita más de rico que de primoroso: encima de la claraboya y debajo del atrio triangular resalta el escudo soberano.

»Los copudos árboles que dan sombra al atrio, es la compañía que buscó sin duda el vasto edificio al asentarse en medio de los campos, al Oriente de la población.

»Despejada, majestuosa y sin blanqueo la nave; sembradas de doradas claves y formando elegantes estrellas sus cinco bóvedas, y las del coro; de cortos brazos el crucero; poco profunda la capilla mayor; semicirculares las ventanas y los arcos de las capillas, caracterizan perfectamente el postrer período del arte gótico. No hay, empero, más vidrieras de colores que las de un rasgado ajimez en el brazo izquierdo, donde brillan las figuras de la Virgen y de Santo Domingo.

»La sillería del coro despliega la más sutil filigrana en sus respaldos, en sus festoneados conopios y en la trepada arquería de su coronamiento; y las dos sillas de los extremos, apellidadas *de los Reyes*, y marcadas con la divisa del yugo y saetas, podían dignamente cobijar á los esclarecidos huéspedes con su magnífico pináculo de crestería.

»A la altura casi del coro se levanta, en la capilla mayor, el altar sobre un arco rebajado, sin duda para que no embarace su vista el precioso túmulo colocado en el centro del crucero, destacando en el testero el gótico retablo con las pulseras que lo encuadran, con el guardapolvo que cubre el nicho principal, y con las pilastras y labores que engastan las pinturas. Las de abajo representan dos doctores y dos evangelistas de medio cuerpo; pasajes de la vida del santo las del cuerpo superior, y varios ángeles otras más pequeñas.

»Pero la atención desde luego se concentra en el mausoleo, de blanquísimo alabastro, donde yace, segado en flor, el heredero de tantas coronas. La urna forma plano inclinado por sus cuatro caras; altivas águilas flanquean sus ángulos; en sus costados aparecen medallones de la Virgen y del Bautista y figuras simbólicas de las virtudes teológicas y cardinales, y rodean al borde de la cubierta ángeles con blasones, calaveras y trofeos enlazados con guirnaldas. Rige puramente en toda ella el estilo del Renacimiento, como hecha por escultor italiano, por micer Dominico Alejandro Florentino, el mismo que trazó más adelante para la Universidad de Alcalá el sarcófago del in-

mortal Cisneros; mas en la ejecución lleva la ventaja á lo restante la tendida estatua del príncipe, labrada de orden de su joven viuda Margarita de Austria, figurándole con diadema en la cabeza, envuelto en los flexibles pliegues de su manto, con la espada al lado, y tirados los guantes; mancebo no llegado todavía á la plenitud de su desarrollo, de tan tierna edad y de rostro tan apacible, que no se hartan los ojos de mirarle.

»La reja, puesta alrededor del sepulcro, se atribuye al cuidado de su afligida madre, aunque la inscripción que mezcla su elogio con el del hijo parece indicar que también ella habría fallecido al erigírsele el monumento.

»Poco menos espléndido, y obra probablemente del mismo artífice, es el entierro que en la cuarta capilla de mano izquierda obtuvieron Juan Dávila y Juana Velázquez de la Torre, su mujer, *amos del príncipe*, según el epitafio, y padres, sin duda, de Juan Velázquez, tesorero del mismo, que tan sólicitamente intervino en prepararle su postrer morada.

»Yacen las efigies de los dos esposos, de tamaño menor que el natural, encima de la tumba, adornada igualmente de esfinges en

sus cuatro esquinas, y de medallones que presentan á Santiago en batalla con los moros, y á San Juan Evangelista en la caldera de aceite; á los lados del altar, dos nichos sencillos de piedra berroqueña recuerdan la memoria de otro Juan Dávila, abad de Alcalá la Real, cuyas mandas pías se enumeran del primer conde de Uceda, Diego Megía de Ovando, y del referido Juan Velázquez Dávila, primer marqués de Soriana.

»Entre la inmediata capilla y el crucero había otro magnífico sepulcro de alabastro, del cual sólo quedan, para atestiguar su excelente escultura, una de las esfinges angulares y la mitad superior del grandioso bulto, que debió ser de insigne personaje, según el collar que resalta sobre su coraza de guerrero.» (*España, sus monumentos y artes.*—Ávila, por D. José M. Quadrado.)

Toledo.—*Capilla y sepulcro de D. Alvaro de Luna.*—La historia del célebre privado de D. Juan II es harto conocida para que nos detengamos á hacer un ligero bosquejo de su vida: gozando de ella y de la privanza real edificó en la catedral de Toledo la capilla de Santiago para que le sirviera de panteón y de descanso.

«Desde las rejas que cierran los grandiosos arcos de su entrada comienzan á lucir

los blasones de su familia y dignidad, la blanca luna y las veneras de Santiago, destacándose entre primorosos arabescos de piedra sobre la viva claridad de la capilla.

»El arte gótico, cuya perfección más subida coincidió con la mayor pujanza de D. Alvaro, fué llamado por el opulento magnate á labrar su monumento: dábanse la mano en aquel punto la intacta pureza de las líneas con la brillante riqueza del ornato, sin que ni la una se resintiese ya de austera desnudez, ni la otra degenerase aún en exuberante pompa... ¿Qué puede inventarse ya, ó qué desear siquiera, tras de aquellos agudísimos frontones que, arrancando de las hornacinas sepulcrales ó de arquitos figurados, trepan por la superficie del muro hasta la cornisa, alternados con ligeras pilastras? ¿tras de aquellos follajes delicados que revisten sus molduras, campeando en su centro, ora un ángel tañedor, ora un yelmo con la luna por cimera? ¿tras de aquellos esbeltos arcos de la entrada orlados de colgadizos, tras de aquellos lienzos de las ojivas cuajados de graciosos arabescos?

»Brilla en los muros, más arriba de la cornisa, la luna de plata en campo rojo en medio de seis conchas doradas; brilla sostenida por ángeles en el centro de la hermosa

estrella que describe la crucería de la bóveda; ocho ventanas, tejidas de vistosos calados y reteniendo en parte sus pintados vidrios, derraman copiosa luz sobre aquel risueño panteón. Coronado de almenas, flanqueado de torrecillas, presenta su exterior el aspecto de una fortaleza, como si aun para asegurar el sosiego de la tumba hubiera tenido necesidad el envidiado condestable de belicosa defensa á sus tenaces enemigos.

»Ya no existía el valido de Juan II y hallábase gloriosamente rehabilitada su memoria, cuando, por disposición de su hija Doña María de Luna, se erigió ó se rehízo en el fondo de la capilla el retablo dedicado al apóstol de España, patrono de la orden militar cuyo maestro fué D. Alvaro: la efigie de Santiago en el centro, y en el remate su colosal figura á caballo, armada de pies á cabeza y arrollando á las infieles turbas, atestiguan los progresos de la escultura hacia fines del siglo xv (1); y entre las esmeradas pinturas de sus tablas contémpanse con profundo interés los retratos de D. Alvaro vestido de maestro, y de su esposa Doña Juana cubierta de largas y modestas tocas,

(1). Ceán Bermúdez cree, sin embargo, que este trabajo es de 1448.

ambos orando de rodillas, y sostenido aquél piadosamente por San Francisco y ésta por San Antonio.

»En los dos costados de la capilla, en las ochavas intermedias y en los lienzos inmediatos á la entrada, diseñó en su hermoso plan el arquitecto cuatro airovas hornacinas con imágenes de santos á sus lados, con arabescos colgantes de su ojiva, vestidos en su interior de elegantes y puros encajes, y ocupadas por urnas que, ostentando en su frente los blasones de Luna sostenidos por vellosos atletas ó cercados de flexibles hojas, aguardaban, al parecer, á los nobles finados de aquella estirpe para acoger las cenizas en su seno y las estatuas sobre su cubierta.

»Y en efecto, la de la izquierda del retablo recibió el majestuoso bulto del arzobispo de Toledo D. Pedro de Luna, á quien D. Alvaro, su sobrino, debía su primera educación y el origen de su grandeza; la colateral, el de un caballero cubierto de rica armadura y sobrevesta, ceñida la cabeza de una gruesa guirnalda.

»De los dos nichos contiguos á la entrada, el de la derecha quedó vacante con los escudos en blanco; el otro contiene la excelente figura del arzobispo D. Juan de Cerezue-

la, hermano uterino de D. Alvaro, que supera aún en perfección y riqueza á los dos restantes, esmaltada de flores de oro su pontifical vestidura, con una águila á sus pies sujetando sus blasones entre las garras...

»Ora fuese la irrupción en Toledo del infante de Aragón D. Enrique hacia 1441, ora el tumulto popular de 1449, derribó el armado coloso *sentado sobre un gran bulto de oro* (1) encima del mausoleo que en vida se había erigido el condestable, y dispersó y refundió sus fragmentos en cien formas distintas... Al mausoleo de bronce reemplazaron en 1489 los dos sepulcros de mármol aislados ahora en el centro de la capilla. En los cuatro frentes de ambas urnas ostentó Pablo Ortiz, escultor insigne, aunque desconocido, el primor y lozanía de un gótico sobrado pomposo; y entre sus delicadas esculturas alternan en los escudos de armas, sostenidos por ángeles, matronas que parecen representar virtudes en el sepulcro del condestable, ancianos con libros y largos rótulos en el de la condesa.

(1). Era una gran pieza de bronce dorado, como en la página 74 dicen los autores del libro que copiamos.

»Ante los ángulos del primero figuran orar de rodillas cuatro caballeros de Santiago en estatuas de tamaño natural; ante los del segundo, cuatro frailes franciscanos; y el cordón de esta Orden ciñe la grada sobre la cual los túmulos están asentados.

»La hija del conde de Benavente, la buena é infortunada esposa Doña Juana Pimentel, yace mórbida y apacible, vestida de monjil y honesta toca, con una doncella á sus plantas que está leyendo un libro. Don Alvaro, cubriendo en parte con el manto de maestre la primorosa armadura que reviste, las manos cruzadas sobre el pecho y acariciando el pomo de la espada, á sus pies el casco ceñido de laurel ó yedra, y reclinado sobre él un pajecillo, imagen tal vez del que lealmente le acompañó hasta el cadalso; en la cabeza un bonete con rica joya; el semblante, si ya no por envidia, por el tiempo ó por azar maltratado, aventajado además, y enjuto, no con la penetrante mirada y alegre fisonomía que en los años mejores tuvo.

»La estudiada sencillez del epitafio, que sin lisonja ni inculpación á nadie, sin jactancia y sin miedo, compendió en derredor de la cubierta las vicisitudes del personaje, callado el género y hasta el día de su muerte, ha-

bla allí más que largas páginas la historia.

»Tiemblan aún las rodillas é inclínase la frente ante aquel hombre que tanto amor y encono excitar supo, que llenó de sí un dilatado reino y un tercio de siglo; rey de hecho y de tremenda responsabilidad, que expió sobre un cadalso las propias y las ajenas faltas.

»Los ojos buscan á través del mármol, en el seno de la tumba, aquel puñado de polvo que tan ruidosos destinos y tan altas lecciones encierra; aquella cabeza tan erguida, separada del tronco por el hacha del verdugo y colgada de una escarpia; aquel cuerpo enterrado de limosna, que el rumor popular supone allí dentro con regia pompa sentado, sosteniendo en una bandeja de plata la cabeza; y al comparar las ignominias del suplicio con la suntuosa majestad del sepulcro, obsérvase que las oscilaciones de su fortuna se prolongaron más allá de su existencia, hasta que la justa posteridad logró fijarle en el rango que merecía.» (*España, sus monumentos y artes.*—*Toledo*, por los Sres. Quadrado y D. V. de la Fuente.)

Burgos.—*Retablo en la Iglesia de San Nicolás de Bari.*—San Nicolás de Bari era una de las once parroquias que existían en Burgos en 1163, y como tal la nombra en un

documento el Papa Alejandro III. Cedióla en 1408 el prelado D. Juan Cabeza de Vaca, y en esta fecha se empezó la fábrica de la iglesia que hoy existe, una de las más hermosas de la antigua capital castellana, no obstante de ser algún tanto sombría por la posición que ocupa.

Oigamos de nuevo al autor del grueso volumen *Burgos*, uno de los muchos que componen la recomendable obra *España, sus monumentos y artes*:

«Bello es el púlpito, labrado en hierro y ya bajo el dominio del Renacimiento, que se deja sentir en todo el edificio; bella es en su totalidad la iglesia, cuya nave central atiranta un arco del mismo estilo, decorado de querubines; pero más bello aún, más sorprendente es con verdad el aspecto que presenta el retablo mayor, labrado con extremada magnificencia, al finar de la xv.^a centuria, por la piedad y la devoción de Gonzalo López Polanco.

»Obra maravillosa y sobre toda ponderación digna de ser admirada, no en el conjunto, que fatiga, perdidas ya las tradiciones de la línea en el estilo ojival á que pertenece, resistiéndose por absoluto modo á la descripción más circunstanciada y detenida, sino en sus detalles más pequeños, de sin

igual riqueza, de delicadeza incomparable, de minuciosidad suma, trastorna y enloquece y se opone á ser con exactitud interpretada y reproducida por el lápiz y la fotografía.

»Repartida aquella exuberante decoración en tres zonas verticales, á las que como término y corona fué añadida la imagen del Padre Eterno circundada de ráfagas, cuyo carácter no desdice del antiguo, según acontece también con los seis cimbanillos de madera y el friso que dibuja el movimiento semicircular de la bóveda, labrada con singular inteligencia en el siglo XVIII, muéstranse las laterales compuestas por hasta cuatro agujas cada una, recorridas en su extensión longitudinal por delicados nervios de trecho en trecho, florecidos y decorados de pequeñas estatuillas que se levantan sobre labreadas repisas y cobijadas por sus respectivos doseletes á equiparables distancias en las agujas de los extremos exteriores é interiores, aunque distintas en la de los centros. A doce sube el número de las referidas estatuas en cada zona lateral, alternando con el blasón de los fundadores, como llega hasta el de diez y ocho el de las representaciones que llenan los entrepaños señalados por las indicadas agujas, cuyos ápices terminan gra-

ciosamente recogidos por muy sencillo friso moldurado.

»Fuera de las que se destacan en la parte inferior, donde se hallan, bajo doseletes finamente calados, cuatro ángeles en los entrepaños de los extremos de cada zona, con los blasones de los fundadores y las imágenes de éstos en los inmediatos á la central, las demás representaciones son todas religiosas, bellamente ejecutadas, distintas y expresivas, compuestas de graciosos grupos en su mayoría, todas á igual altura sombreadas por los salientes doseles cuajados de labores, á excepción de las de la parte superior, sobre los cuales surgen piramidales remates de resaltados nervios llenos de brotes recogidos por una especie de corona.

»Por su parte, la decoración de la zona central se ofrece distribuída proporcionalmente en otras dos horizontales, donde se desarrolla diferente asunto, siempre con la misma delicadeza de ejecución, la misma corrección en el dibujo y la misma maestría en el detalle, en lo que consiste el verdadero mérito de esta admirable obra, donde el mármol y la piedra están trabajados con soltura; la facilidad, y aun podríamos decir la docilidad de la madera ó de la pasta; pareciendo á veces imposible que haya sido

dado al cincel realizar cúmulo semejante de bellezas, que sólo tiene rival en el fastuosísimo retablo de la *Cartuja de Miraflores*, labrado en los mismos días que el presente, con el cual guarda muy singulares analogías.

» Inscrita en un cuadrado que flanquean sendas cintas cubiertas de ondulantes, resaltadas y no siempre iguales labores, hácese en la zona superior, abierta en forma de vistoso círculo, una Gloria compuesta de diez y ocho coros angélicos, que constituyen los radios del referido círculo, con número cada uno de ellos distinto de ángeles, arrodillados con las alas levantadas y cruzadas las manos en actitud orante, mientras en el centro, levantado sobre revueltas nubes, destaca de mayor tamaño el grupo de la Coronación de la Virgen, sobre el cual bate sus alas el Espíritu Santo: acompañados de sus símbolos respectivos, ocupan las enjutas ó aloharias los cuatro evangelistas, figurando en las superiores San Juan y San Lucas, y San Mateo y San Marcos en las inferiores, en tanto que, acusando ya los días del Renacimiento, resalta en la parte inferior, sobre la confusa Gloria, la imagen de San Miguel á cuyas plantas se agita vencido el ángel rebelde.

» Ondulante moldura cairelada sirve de término y como de punto de enlace á esta zona con la inferior, la cual á su vez se halla dividida en otras dos, de las cuales la superior, vistosamente festoneada, finge un arco tribolado, sobre cuyo conopio brota el obligado grumo que sirve, á modo de repisa, para la imagen de San Miguel antes mencionada.

» Molduras y cardinas recorren este arco en gracioso movimiento y diversos planos al interior, mientras surgen á proporcionales distancias, en la periferia, sendos brotes, y resalta el conopio sobre labrado fondo de ataurique, según la esplendorosa decadencia del majestuoso estilo á que pertenece, decorando las enjutas blasonados escudos que hacen semblante de ser sostenidos por dos ángeles sentados.

» Consagrada á San Nicolás de Bari, titular de la iglesia, y como parte principal del retablo, compónese esta zona, que se desarrolla en el vano del arco memorado, de hasta ocho distintos grupos que representan otros tantos milagros ejecutados por el santo patrono, separados entre sí por agujas enriquecidas de pequeñas imágenes de bulto, en la disposición propia del estilo, y coronados por sus doseles respectivos, en cuya

decoración se obedece al movimiento de la archivolta.

» Edificios, navíos, trajes, figuras, todo es allí merecedor de elogios; digno de admiración, repetimos, como detalle y aun como composición; pero aquel hacinamiento de riquezas, que marea, daña y perjudica en realidad el conjunto, no consintiendo gozar de tanta maravilla, cuando cada una de ellas es suficiente, separada, para honrar sin duda alguna con su mérito cualquiera otro retablo. Forman las agujas centrales en toda la longitud de esta zona, que alcanza la del arco dentro del cual se extiende la decoración, estrecha hornacina, de fondo recamado, coronada por la oportuna umbela ó doselete, en la que se destaca sobre interesante repisa la efigie de San Nicolás de Bari, ceñida á las sienes la aguda mitra, que enriquecen multitud de relieves; afiblada al cuello la capa pluvial que recoge bajo el brazo izquierdo, con cuya mano empuña el báculo pastoral, dejando ver la franja bordada de la misma y descubriendo la vesta, también cubierta de labores, al levantar la mano derecha en actitud de bendecir; su semblante expresivo, coloreado en las mejillas, no carece en realidad de vida y de animación; como regocija el ánimo la maestría de la escultu-

ra, digna de competir por su ejecución y su verdad con tantas otras como se conservan en las capillas de la catedral cercana, y especialmente con la de D. Alonso de Cartagena, que tanto seduce en aquel templo.

»Seis son los compartimientos, tres á cada lado del sagrario, en que se divide la zona segunda de las dos que hemos distinguido en esta principal, llenando las de los extremos ángeles alados que sirven de tenantes á los blasones que campean en las enjutas del arco, representándose en las del medio á los fundadores asistidos de ángeles y en actitud orante, y apareciendo, por último, en los centrales la *Santa Cena* en el lado del Evangelio, y el *Misterio de la Anunciación* en el de la Epístola; pero todo ello trabajado con igual peregrinidad, acaudalado con pináculos, estatuillas, doseles, festones y cardinas, en armonía y de concierto con lo restante del retablo. A uno y otro lado, sirviendo como de base á la decoración de las dos zonas verticales de los flancos, ábrense los arcos sepulcrales de los fundadores, distintos en su desarrollo, aunque asemejables en su concepción, como deslumbradora obra de orfebrería, patentizando la época en que fueron labrados, la especial eflorescencia del estilo ojival en los días de Isabel y

de Fernando, que preparan la transición al Renacimiento, y cuyas arbitrarias pero graciosas formas, siguiendo el mismo curso en todas partes, han sido estimadas por los portugueses como causa bastante para dar allí título de *estilo manuelino* á sus producciones.

»Formando ambos un arco conopial, de cuya periferia brotan otros dos de característico y romboidal trazado, el del lado del Evangelio ata los arranques centrales de los dos arcos fingidos por medio de resaltado follaje en el comedio, constituyendo así otro rombo cuyo vano debió seguramente ocupar alguna imagen ó algún símbolo que ya no existe; sobre el grumo central destaca el emblemático jarrón expresivo de la pureza de María, mientras en los de los arcos romboidales se muestran, á la derecha del espectador, la Virgen arrodillada, cubierta por el amículo y el manto, leyendo en un libro abierto sobre cierto reclinatorio á modo de facistol, y en el de la izquierda el ángel Gabriel, en el Misterio de la Anunciación, con tanta frecuencia reproducido en los monumentos religiosos de Burgos; detrás y sobre funiculares columnillas, tañendo instrumentos musicales, se distingue en pie dos ángeles vestidos, suelta la rizada cabellera, al es-

tilo de la época, y de ejecución tan delicada como la restante obra del retablo. Brotes de retorcido follaje, cardinas y funículos, grupos, columnillas y figuras, todo destaca sobre el labrado fondo, que recuerda los espaldares de las sillerías del siglo xv, con sus ingenuas líneas y su decoración bella y sencilla. A manera de cairel, y emulando el que recorre y adorna las tribunas de la famosa *Capilla del Condestable*, cortado por el colgante producido por la intersección y enlace de los arcos romboidales que brotan del verdadero, pende, en su plano interior, de la archivolta calado y precioso festón, compuesto de desnudos niños, separados por otros motivos de decoración, no menos notables, siendo de lamentar que en mucha parte aparezca mutilado.

»Sobre el lucillo, que deforma la elevación dada al pavimento del presbiterio, y que es, aun desfigurado como se halla por el lapso del tiempo, de filigranada labor, reposan las estatuas yacentes de un caballero y una dama, trabajadas en pizarra esquistosa y de no gran mérito, con el semblante y las manos de amarillento alabastro, y teniendo á los pies respectivamente un paje con la espada, emblema del caballero, y una dueña con un rosario. Al fondo, y soportada

por dos ángeles, hállase la lápida sepulcral, donde, en ocho líneas de caracteres latinos incisos, se declara, etc. (*España, sus monumentos y artes.*—Burgos, por D. Rodrigo Amador de los Ríos.)

Arquitectura militar.

El Castillo de Villalba de Alcor.—«Una de las instituciones más dignas de estudiarse en nuestros tiempos medios, es la creación de las Órdenes militares. Esas milicias heroicas, mitad guerreras y mitad religiosas, tienen tan compleja fisonomía, que sólo se comprenden atendiendo al espíritu de aquellos azarosos siglos. De otra manera, y examinadas en sentido absoluto, parece que envuelven una contradicción esencial, una profunda antinomia.

»Efectivamente, aquellos monjes con espada y corcel de batalla, aquellos caballeros con estola y votos, aquellos hombres mixtos y heterogéneos que salían del coro ó de la oración al estadio de la victoria, y que acababan el *Miserere* para entonar un canto de guerra, son un tipo multiforme, casi inverosímil, poco menos que romancesco y fantástico.

»Reunir en una sola entidad, individual y colectivamente, al sacerdote y al soldado, al ministro de paz con el adalid de sangre; fundir, incardinar en una sola personificación la religión de caridad y mansedumbre con la misión de lágrimas y exterminios; hermanar elevada y poéticamente la fe humanitaria del cristiano y la fe inexorable del patricio, fué sin duda un pensamiento superior y una obra extraordinaria en todos conceptos (1).

»Parecía una cosa extravagante y contradictoria que la enseña de Dios, venido al mundo para predicar la piedad y la fraternidad, haya servido de lábaro sangriento en el día tremendo de las batallas, si no se atendiese á las circunstancias de aquellos siglos, al espíritu de tan remotas épocas.

»Solamente por medio de esta clave puede ser comprendido aquel contrasentido filosófico. Nada más que á la luz de tal estudio se percibe la fusión admirable de dos principios contrarios en los heroicos soldados de la cruz militante.

»La lucha colosal inaugurada contra los

(1) San Raimundo de Fitero fué la encarnación viva de lo que acaba de decirnos el autor de este artículo.

sarracenos en los riscos de Cantabria por el inmortal hijo de Favila dió también principio á una nueva era para esta nación heroica y entusiasta.

»Y su carácter, templado al fuego de la fe y de la gloria, se amoldó á ella maravillosamente.

»Los guerreros de Mahoma eran enemigos del Crucificado. De aquí la guerra religiosa. Y eran también adversarios de la nacionalidad española. Por eso la guerra popular.

»Estas dos ideas, simultáneas y coexistentes, se fundieron luego en una sola significación. Dios y la patria fueron desde allí sinónimos en el lenguaje de la lealtad y de la creencia.

»Y tanta mayor fuerza tomó en las imaginaciones exaltadas de aquellos valientes, cuanto que vivían en unos tiempos de fe sencilla y de bizarros instintos, en que los corazones se entregaban sin reserva á todo lo bueno, grande y generoso.

»Edad espiritual y romancesca, en que, dominando por su misma rudez el corazón á la cabeza, el sentimiento á la razón y al cálculo, produjo tan épicos martirios, sacrificios tan estupendos en pro de la creencia de sus mayores y de la libertad del país,

pues debían aquellos héroes discurrir, no comprender por intuición el doble deber que sobre ellos pesaba como cristianos y como caballeros, y le redujeron poéticamente á una sola y brillante representación.

»Y decían bien nuestros ínclitos progenitores: «Dios manda defender sus altares. Díganlo si no los Macabeos, los Josués, los Gedeones. Hay, pues, que lidiar por la fe contra los réprobos hijos del desierto. Llevemos la cruz á la guerra santa».

»Y decían también: «La patria es igualmente una religión. Ella manda á los buenos lidiar por su inmunidad y salvación. Los moros son sus verdugos. Llevemos contra ellos la bandera nacional».

»Y entonces comprendieron la unidad esencial de su doble misión; entonces vieron que el enemigo era uno, aunque bajo duplicada acepción; entonces hallaron que la fe y el patriotismo, que el ara y el hogar, que Dios y España eran una misma causa, un solo y sublime objeto, única y homogénea religión.

»Y cantaron en ardientes himnos, golpeando sobre las montañas sus escudos: «Los enemigos de España son los mismos de su Dios. La guerra es dos veces santa.



Pongamos sobre el pendón de la patria la cruz del Salvador».

»Y así sucedió efectivamente. D. Pelayo tomó por divisa real el árbol sagrado del Gólgota. La cruz de los ángeles fué en Covadonga su estandarte. De allí en adelante, ya no hubo diferencia entre los deberes cívicos y los religiosos.

»Un Dios, una patria y una ley era el eco de todas las almas, el voto de todos los guerreros, la esperanza de todos los corazones.

»Por eso los adalides ponían la cruz sobre sus armas, cual milagroso talismán de salud y de victoria; por eso apellidaban al santo patrón de los combates como custodio de la patria; por eso la cruz llegó á ser el símbolo de la piedad y del patriotismo.

»La religión y el país se hicieron un principio, un sentimiento, un culto bajo una fórmula sintética é inspiradora.

»Y la caballería, expresión espiritual de aquellos siglos entusiastas, se hizo bautizar en el Jordán de sangre que derramaba por tan alto objeto.

»El pueblo, generoso y sincero, sellaba las tablas de esa ley triunfal y altamente patriótica con el inmenso martirologio de sus hijos.

» Y la personificación del cristiano y del patricio se significaron en un tipo admirable, que unió á lo más bello y poético de la tierra los resplandores y grandezas de los cielos.

» La época, en fin, adquirió un carácter sentimental y heroico, mezcla de cívico y religioso, de místico y marcial, que dió nacimiento á las mesnadas caballerescas, como su símbolo más gráfico y elevado, como su expresión más bizarra y romancesca.

» Así nacieron las Órdenes militares. Así se comprende su filiación. Así se explica su carácter.

» Ahora ya se conseguirá entender la personificación de los soldados de la Cruz. Ahora ya se podrán descifrar esos edificios híbridos, medio conventos y medio fortalezas, que fueron la mansión de aquellos hombres extraordinarios. Ahora, en fin, se explica esa cruz heráldica rasgada sobre las troneras por donde la mosquetería española derramaba el exterminio y el terror de las tribus armígeras del infiel.

» Y esa cruz se halla todavía en el castillo de Villalba de Alcor. Porque esta fortaleza es uno de los recursos imponentes de las Ordenes.

» La caballería de San Juan, cuando el re-

greso de la primera Cruzada, erigió ese poderoso alcázar, imprimiéndole el sello de su grandeza y carácter. Sus claustros severos y misteriosos parecen la misión de los ascetas.

» Pero sus torres arrogantes, sus almenados murallones revelan el domicilio del soldado. Ese edificio es la expresión de toda una época, el emblema elocuente de la combinación de dos elementos sociales, el producto bizarro de toda una civilización.

» En vano hubiéramos tratado de describirle sin haber tomado en cuenta las apreciaciones filosóficas de su época, sin haber analizado el espíritu de su tiempo. Inútilmente habríamos presentado sus materiales formas sin los datos para entender su significado y razón de ser.

» De nada serviría haber dicho su fundación sin apurar la índole de sus fundadores. Ciertas ideas hubieran podido parecer antojadizas; algunos detalles contradictorios; varias particularidades, ó inverosímiles ó mal entendidas. Ahora ya sabe cada cual á qué atenerse.

» El castillo es la expresión fiel de sus castellanos. Éstos lo eran á la vez de su época. Para explicar aquél, hay que conocer ésta.

» Nacida la caballería de San Juan en la demanda heroica que la cristiandad empeñó

para la conquista del Santo Sepulcro, y modelada por las milicias europeas de aquella índole, regresó al Occidente con los restos de aquella expedición, cargada de hazañas y rica en merecimientos.

» Los monarcas de estos reinos la dieron carta de naturaleza, y abrieron su pródiga mano para asentarla en poderío y alta consideración.

» Grandes posesiones logró la Orden ultramarina en tierra de Campos, y algunas de sus villas se hicieron encomiendas de aquella feudalidad teocrático-militar. Villalba de Alcor debió entrar en sus dependencias señoriales, puesto que los caballeros la fortificaron y defendieron. Y siendo la castrametación un acto de soberanía, mal hubieran podido ejercerle sin título hábil para ello.

» Lo cierto es que la villa en aquel tiempo debiera ser de algún valer por su situación y circunstancias, y porque los sanjuanistas la cercaron de fuertes murallas con espesos baluartes y espaciosa ladroneras, coronando el sistema de defensa con el castillo y constituyendo, en fin, una plaza de importancia para aquellos belicosos tiempos.

» Asentada la villa sobre el páramo cruzado por las cordilleras montuosas de To-

rozos que dominan la tierra de Campos, y muy cercana á los alcores ó cumbres de las vertientes septentrionales, domina las altas llanuras que se extienden en torno al pie de sus baluartes.

» Rodeada de selváticas espesuras sobre la vastísima planicie, ofrece una belicosa y formidable perspectiva, como la armadura de un guerrero vista de lejos y entre las sombras de un panteón. Aun respira en sus aportillados adarves el genio de la guerra, y parece oír de noche el cantar del mesnadero sobre la vieja plataforma, donde un tiempo tremoló la bandera bendecida por las auras melancólicas de la Ciudad Santa.

» Circunscrito en una curva del fornido antemural, se eleva el castillo del Occidente de la plaza, que á su espalda se guarece cual una matrona tras la formidable figura de un gigante.

» Su planta es un cuadrilátero rectángulo que consta de tres recintos de fortificación.

» El primero forma parte de las murallas de la villa, que describen allí un recodo saliente guarnecido de cubos y torreones almenados. El ingreso á este recinto se hace por un cuerpo de obra avanzada que se destaca en su centro y deja un callejón estrecho y difícil, á cuyo extremo se rasga la

puerta ojival prestando acceso á un patiecito, sobre el cual desembocan los cuerpos de guardia, embutidos en la fábrica á modo de casamatas, y que sostienen cierto terraplén para defender la avenida.

»Tócase en seguida con otro portón abierto en una cortina, que es la del primer recinto, y éntrase á la gran plaza de armas, donde se levanta el segundo, cuyo especial objeto era defender el trayecto de la obra principal, ciñéndole por dos lados y enclavado por cada extremo en el murallón exterior.

»En su centro se descubre un puesto militar formado por dos cubos almenados que defienden la entrada existente entre ambos, sobre un alzado liso y coronado de canes para armas arrojadizas.

»El recinto central es propiamente la verdadera fortaleza, de traza cuadrilonga.

»Fábrica poderosa de sillarejo, con imponente aspecto y grandes proporciones. Flanquean sus cuatro frentes ocho formidables torres, y domina á todas la gigantesca del homenaje.

»Todas en su coronamiento sustentan numerosos modillones, sobre los que volaban robustos almenares que han desaparecido lastimosamente. Las torres son cuadra-

das, y no están repartidas simétricamente, ni en situación ni en distancias.

» Dos hay en los ángulos, y las restantes en los lienzos.

» El ingreso al interior se hace por una bóveda elíptica, en cuyo espesor se abren dos arcos, que estaban sin puentes levadizos, pero que, en cambio, tenían ferrados portones con enormes lobas y barras, y sendo rastrillo en la segunda de solidez proporcionada.

» El interior del castillo le constituyen tres órdenes de galerías sobrepuestas, cuyas zonas paralelas se duplican en los frentes mayores del cuadrilátero.

» Estas crujías del tiempo gótico (1), cuyos elegantes arcos son sostenidos por macizos machones lombardos, ocupan desde los subterráneos hasta el vértice del alzado. Las que están bajo flor de tierra tienen construcción más sólida y debían servir para hospitales, prisiones, almacenes, cuadras y demás piezas que necesitan estar al abrigo de toda hostilidad.

(1) Quiere decir el autor con esta frase, «del tiempo de la arquitectura gótica». Acerca de ella no dejé de decir alguna cosa en un apéndice de uno de los libros de estos «Estudios».

»Las superiores eran alojamientos para la gente de armas y estancia de los castellanos y de sus servidores. Bien pudieran acuartelarse en todos ellos hasta ochocientos hombres.

»Los fuegos y troneras, horadadas en las cortinas exteriores, son de varios géneros. Las hay para mosquetes y arcabuces, para ballestería y para simples vigilancias. Las ladroneas de los ballesteros forman una cruz rasgada sobre la mira circular, emblema característico del tiempo de las Cruzadas.

»La materia de la obra es toda de grueso y duro sillarejo bien cortado, y unidos por argamasas calcáreas. La torre llamada de la Pólvora, que sostiene una bóveda en elipse de admirable construcción, servía para subir á los terraplenes y plataformas víveres y municiones, por un brocal abierto en el ángulo del cascarón.

»Es imposible describir el efecto de este fortísimo alcázar feudal en la majestad de sus ruinas. Aquellas desmoronadas galerías, aquellos subterráneos sombríos, aquellos rotos y amarillentos paredones que sustentaban bóvedas magníficamente construídas de graníticos adoquines, ofrecen una decoración cuya magia inspiradora comprenden solamente los poetas y los pintores.

»El castillo fué construído por los caballeros hospitalarios á la vuelta de la primera Cruzada. De ahí las troneras en forma simbólica y tradicional. Y de allí también el tipo arquitectónico. Pues aunque es gótico, bajo y primitivo, conserva muchos rasgos del estilo sajón, que manifiestan la reciente innovación operada en aquel siglo sobre el arte.

»La ventana principal del homenaje es casi enteramente bizantina por su arco redondo, sus pilarcitos normandos á la diagonal y sus capiteles grotescos. Y hay alguna otra donde se refleja el tipo asiático que trajeron los guerreros de la Tierra Santa.

»Durante la permanencia de los caballeros en esta fortaleza y la villa, sufrió en ella largo y empeñado cerco el comendador Zornoza, á cuya encomienda pertenecía, contra el conde de Palencia, que con sus vasallos le hacía cruda guerra. Este suceso prueba que Villalba de Alcor era pertenencia señorial de la Orden hospitalaria.

»Apurado anduvo con el cerco el comendador; pero un refuerzo de cien caballos que recibió oportunamente le puso en disposición de hacer levantar el asedio. Aquí estuvo también Doña Juana la Loca con el féretro de su malogrado esposo D. Felipe, mo-

rando en ciertas estancias construídas en la plaza de armas, del todo ya derruídas. Y desde aquí salió para Tordesillas en 1520, cuando empezó la guerra de las Comunidades.

»En esta época pertenecía Villalba al señorío secular del duque de Frías, y, sin duda porque éste era condestable y uno de los corifeos del partido imperial, la reina se creyó segura en la fortaleza y buscó un asilo de su confianza para permanencia.

»El de Frías hizo donación de la villa á Doña Juana Manrique, hija del conde de Osorno, que la poseyó después á disposición del emperador.

»En este castillo hay sobre todo un recuerdo de la más alta importancia y honorífica mención para el poderío español.

»Su recinto sirvió de prisión de estado al delfín de Francia y al duque de Orleans, hijos de Francisco I, que sirvieron de rehenes por la libertad de su padre, prisionero del emperador en la inmortal jornada de Pavía. Y aquí fué donde, tratando sin duda de fugarse, fueron apartados de la servidumbre francesa que traían, y reemplazada con castellanos para evitar la evasión.

»En alguno de los torreones se observan aspilleras para artillería, y en la muralla occidental restos de baterías. Esto, y el hallaz-

go de varias piezas de hierro y de antigua construcción halladas en el fuerte há ya algunos años, hacen creer que fué reparado después de su construcción primitiva, conforme á los adelantos del arte militar, si tal nombre merece la destrucción organizada del género humano. Eso prueba también su importancia estratégica.

»Bien que, á no ser así, mal le hubieran confiado la custodia de unos príncipes extranjeros en los poderosos estados del emperador.

»De todas aquellas grandezas solamente quedan deleznable recuerdos, como no hay tampoco sino memorias de la prepotente monarquía que fué el terror del mundo y el asombro de la fortuna.» — (*Del Semanario Pintoresco Español*, por D. Ventura García Escobar.)

Monasterio de Monte Aragón.—«Hemos recorrido ligeramente con nuestra débil pluma la historia de Monte Aragón; hemos sucintamente bosquejado sus antecedentes y sus glorias y hecho una breve reseña de sus títulos antiguos, de sus alzados timbres y de su proverbial influencia y nombradía en todos los heroicos hechos de este antiguo reino, con el objeto de presentar más de bulto á nuestros lectores la notoria in-

justicia, la criminal incuria con que se procede en nuestro país, dejando arruinar ó profanar escandalosamente esos monumentos inestimables de otros siglos, páginas elocuentes de nuestras más distinguidas hazañas, materiales testimonios de antiguas proezas; caracteres significativos de nuestra gloria y de nuestro honor nacional. Arrebatados nosotros la vez primera que vimos este monasterio de esa impresión indefinible de entusiasmo y de sentimiento, de ese encontrado impulso con que batalla el corazón de un hombre sensible al ver con gusto una cosa, viéndola desaparecer injustamente, no podemos menos de subir con respetuoso paso aquella senda, tan olvidada y solitaria ahora como frecuentada en otro tiempo; aquella senda cuyo verde sombreado y espesos matorrales revelan desde luego el desuso en que yace, y que, si en otras épocas proporcionó la subida al fuerte monasterio á reyes, obispos y guerreros, hoy se aleja de ella y esquiva su polvo la huella del hombre.

»Al contemplar aquellos viejos muros, aquellos torreones arruinados, la bella iglesia, decorada aún con los mezquinos restos de su antiguo esplendor, sus claustros solitarios, y todo este antiguo fuerte-santuario,

abandonado á merced del caminante, que, á fuer de curioso, quiere visitarlo, conocimos con sentimiento, comprendimos con toda la propiedad posible el triste resultado de las reformas políticas, tan poco meditadas como funestas y perjudiciales en sus resultados.

»Después de los primeros momentos de enajenación y asombro, al recorrer en nuestra mente con rapidez su portentosa historia, la primera idea que nos asaltó, el primer pensamiento que vino á entristecernos en mengua del nacional decoro, fué lo que dirían los extranjeros con justicia si, después de haber leído las crónicas de Aragón, vieran á este recinto á contemplar el antiguo monumento, reducido á escombros y á servir de franco asilo al extraviado viajero, ó acaso á los temidos malhechores.

»En aquella época tuvimos ocasión de reconocer todo el antiguo fuerte y el demantelado edificio, asistidos de algunas personas ilustradas del país y de un distinguido artista, amigo nuestro, cuya laboriosa aplicación, conocimientos y curiosidad escrupulosa habrán probablemente librado del olvido, si no de la inevitable ruina de estos tiempos, á muchos insignes monumentos y objetos preciosos que ha estudiado detenidamente y trasladado con su pincel á la rica

colección de antigüedades de este género que posee, como fruto de sus asiduas tareas, al recorrer la Península.

»La iglesia de Monte Aragón está dentro del castillo, y por consiguiente es pequeña, aunque elegante y primorosa. Las paredes están formadas de piedra muy fuerte y sólida, y son tan gruesas como la muralla de la fortaleza.

»El templo, según la común opinión de los escritores, debe ser, atendidos los accidentes de su estructura, el primero que se edificó en Monte Aragón, aunque después se ha variado su bóveda y ornato. El retablo mayor, así el antiguo como el moderno, presentaba en su centro la imagen de Jesús Nazareno en el acto de juzgar á los hombres.

»El antiguo era de pinturas sobre tablas; pero habiéndose inutilizado en el año 1477, se hizo el que hubo después, y aún existe, de finísimo alabastro á expensas del infante D. Alonso de Aragón, hijo del Rey Católico, siendo abad de Monte Aragón y arzobispo de Zaragoza, en el año 1493. Es obra menuda y de un exquisito primor, y según la califica Juan Sabeña, cosmógrafo de Felipe III, en el *Itinerario del reino de Aragón*, es una de las mejores en su género que hay en las iglesias de este país.

»Trabajó este retablo, según se asegura en algunos escritos, Damián Forment, quien poco después labró el de la iglesia del Pilar de Zaragoza y el de la catedral de Huesca.

»En el zócalo, al lado del Evangelio, se ve un escudo con las armas del referido infante, y otro al lado de la Epístola con las de Monte Aragón.

»Además de la capilla mayor hay dos colaterales: la una dedicada á San Victoriano, y la otra á San Agustín, abiertas en el grueso de la pared.

»En el claustro inmediato se cuentan seis capillas. En una de ellas, que era la de San Lorenzo, se reunían antiguamente los cabildos, hasta que se hizo la de San Martín, en que se tuvieron después. En esta capilla se han enterrado los abades del monasterio, y en el claustro los canónigos y demás dependientes de la casa.

»Debajo de la iglesia principal hay otra subterránea, dedicada á la Madre de Dios, con el título de la Virgen bajo de tierra, á cuyo sombrío recinto bajaba en otro tiempo la comunidad procesionalmente dos veces cada día después de Vísperas y de Laudes, cantando la antifona y oración de Nuestra Señora correspondiente á la época, y los

sábados bajaban otras dos veces á cantar la Misa de la Virgen y la *Salve*.

»El castillo de Monte Aragon, dentro del cual están la iglesia y monasterio de este nombre, se halla situado, como ya dijimos, en la cima de un monte redondo, elevado y pintoresco, á una legua corta de la ciudad de Huesca y á su vista á la parte oriental.

»La muralla es toda de sillares fuertes y sólidos; tiene ciento y veinte palmos de elevación, y de diez á doce de espesor: la guardan en la circunferencia dos torres también de piedra, que en los tiempos antiguos descollaban cuarenta palmos sobre la muralla, y después se han rebajado y puesto al nivel de ella.

»Dentro del castillo había antes una vistosa torre suelta, que después sirvió de campanario.

»Ciñe todo el edificio un muro muy fuerte y grueso, de que aun se conserva gran parte. Entre las dos murallas queda un espacio que rodea la casa, cuyo círculo es de trescientos y treinta pasos comunes.

»Dentro de la muralla principal hay dos lunas con sus aljibes, claustros y sobreclaustros, en que están la iglesia, el palacio abacial y la casa de los canónigos, racioneros y sirvientes. La fábrica, si se considera su

portentosa mole, la elevación del sitio y la dificultad que habría para conducir los materiales, debía de ser costosísima. «Es cosa que asombra, dice un autor, y que no se puede comprender, cómo los cristianos pudieron llevar á efecto un proyecto tan difícil y vasto estando rodeados de los infieles, que es probable opondrían todos los obstáculos posibles para estorbar la construcción de una fortaleza que tenía por objeto su exterminio y ruina.» (*Del Semanario Pintoresco Español*, por D. J. Guillén Buzarán.)

● *Castillo de Coca.*—«La antigua Cauca de los vácceos, tan famosa en los tiempos de la república romana por la entereza con que defendió su independencia contra las agresiones del procónsul Licinio Lúculo, la presunta patria de Teodosio, según algunos autores, es hoy una modesta villa de la provincia de Segovia, apenas poblada por un millar de habitantes.

»En los últimos siglos de la Edad Media perteneció al señorío de la poderosa familia de los Fonseca, merced á cuya protección llegó á contar hasta siete parroquias, reducidas en la actualidad á la única de Santa María, donde en magníficos sepulcros descansan los restos de varios magnates y prelados de la mencionada estirpe.

»De su prosperidad ya pasada, Coca sólo conserva vestigios materiales: el arco de la Villa, interesante portada ogival, y varios restos de los muros que la enlazaban con la fortaleza. Desafiando los embates de los siglos, levanta el castillo su imponente mole rojiza á la parte occidental de la población, en la confluencia de los ríos Voltoya y Eresma, cuyas aguas llenaron en otro tiempo los profundos fosos que rodean la fortificación, y en los cuales aparece ésta como sumergida, disimulando así su grandeza.

»Nada tan pintoresco como el aspecto exterior de la fortaleza señorial, toda ella construída de ladrillo, pero con tal solidez y perfección, que, á pesar de la acción devastadora de los años, grandes trozos de la ingente fábrica se conservan aún sin grietas ni deterioros en sus robustos muros, alguno de los cuales llega á medir hasta cuatro varas de espesor; anchura que recuerda la de ciertas murallas de la Asiria, construídas de fortísimos adobes.

»Flanquean los ángulos de la barbacana elegantes torres ochavadas, resaltando en cada una de sus caras garitones, poligonales también, enlazados por una arquería corrida de matacanes, desde la cual hasta las

almenas presentan los adarves una caprichosa exornación de estrías interrumpidas de trecho en trecho por saeteras cruciformes.

»Cubos y garitas de construcción semejante á los de las esquinas sobresalen en el centro y en los intermedios de los lienzos de muralla, cuya base es un pronunciado talud sobre el cual apoya, por la parte oriental, el puente que daba paso á la única entrada del fuerte.

»El castillo reproduce la planta de la barbacana y su ornato, descollando en el ángulo septentrional la torre del homenaje, con fuertes cubos en los ángulos y pareadas garitas en sus cuatro costados. Estas, como las de la barbacana, conservan vestigios de haber estado cubiertas por un enlucido que formaba una especie de almocarbe.

»Estas fortificaciones debieron ser construídas á mediados del siglo xv, y así autorizan á creerlo los detalles de la edificación, inspirada tal vez en la del famoso Alcázar de Segovia, que por aquellos tiempos amplificaba D. Juan II con la grandiosa torre que lleva su nombre.

»Confirma esta creencia una inscripción casi borrada que existe en el castillo, en la que el diligente D. José María Quadrado sólo pudo leer la de mill CCCC...

»Interiormente la fortaleza encerraba un verdadero palacio, notable por su magnificencia y suntuosidad. Una puerta de arco rebajado, dentro de una ojiva recuadrada por molduras de ladrillos, daba acceso á vastos salones, dispuestos en torno de un espacioso patio cuadrangular, con doble galería de columnas de mármol de orden corintio y compuesto.

»Cubría las paredes del claustro un precioso alicer de azulejos, que le daban alegre aspecto, y por doquier los primores de la ornamentación ogival alternaban con las severas líneas del estilo neoclásico del siglo XVIII, en que se verificó la última restauración del alcázar de los Fonseca.

»Hoy, desgraciadamente, nada resta ya de aquella mansión feudal más que los recuerdos que guarda la tradición; todo ha perecido á impulsos del más vituperable de los vandalismos. En 1828, un administrador de la casa ducal de Berwick y Alba, á quien pertenecía el venerable monumento, sin pararse en escrúpulos arqueológicos, hizo derribar la doble galería, arruinando las crujías que en ella desembocaban, con el objeto de enajenar las columnas de mármol á un especulador, el cual, después de abonar ocho duros por cada una, las revendió

en quinientos reales á unos particulares de la corte.

»De tan miserable manera se consumó la ruina del castillo de Coca, que, abandonado y solitario, parece llorar, más que su perdida grandeza, la indiferencia de los sucesores de aquellos ilustres Fonseca á quienes debió el ser, que, pudiendo haberle conservado como rica joya de sus estados, le ayudaron á desmoronarse para siempre...» (Apuntes tomados de la obra titulada *España Artística Monumental*, por D. P. de Madrazo.)

Arquitectura y Escultura religiosa.

(Continúa.)

El convento de Santa Engracia.—«A los Reyes Católicos, de feliz memoria, y que tantos y tan notables recuerdos de su reinado han dejado en España, se debe este precioso convento, visitado por artistas y eruditos como una de las más preciosas construcciones de su época.

»El tiempo y los azares de la guerra han contribuído á que las miradas de los curiosos se fijen con sentimiento, al par que con

veneración, en lo que, antiguamente llamado obra de arte, hoy solamente lleva el triste nombre de ruinas.

» Muchas veces se ha hablado, muchas se ha citado con elogio el magnífico claustro, adornado de una preciosa columnata de mármol blanco, como una de tantas pruebas que podían alegarse de su riqueza y antiguo esplendor.

» La ciencia de la heráldica ha estudiado con gusto é interés la oculta historia que en los diferentes escudos de armas y alegorías estaba escrita y fijada con ellos en las vastas paredes del claustro.

» Hombres ilustres han hallado sepulcros entre aquellas grandiosas paredes; y en medio de las diferentes obras que el arte religioso había amontonado en él, se destacaban mudos los sepulcros de Jerónimo Blancas y Zurita.

» El de este último, colocado en medio de la iglesia, era notable por su magnificencia.

» Blancas, el historiador y cronista de Aragón, reposa á la sombra de los inmensos claustros del convento.

» La portada, hecha á uso de retablo, se componía de dos cuerpos: el primero, compuesto de cuatro columnas, estaba adornado con magníficas estatuas de piedra que

representaban los cuatro doctores de la Iglesia.

»En el segundo ocupaba el centro una estatua del Niño Jesús, y á los costados de ella las de los reyes Fernando é Isabel, sus fundadores, humildemente puestos de rodillas y en señal de adoración.

»Dominaba á estos dos cuerpos del pórtico una gran cruz de piedra, á cuyos costados se elevaban las estatuas de la Virgen y de San Juan.

»La puerta era de arco, y todo el compuesto de multitud de cabezas de serafines, hábilmente colocadas en agradable simetría.

» En los costados laterales había embutidos dos medallones grandes de piedra, en los que se leían estos nombres esculpidos:

NUMA POMPILIUS

M. ANTONIUS

»En el interior de la iglesia, adornado con mucho arte, mármoles de diversos colores combinados con oro tapizaban sus muros, imprimiendo á la augusta mansión del Señor un carácter severo al par que rico y agradable.

» Una puerta lateral, siempre cerrada, daba paso á la bóveda, de doce pies de altura, en que estaban colocadas las reliquias de los santos mártires.

» Se llamaba las Santas Masas.

» Era una verdadera catacumba, en la que el cristiano podía estudiar las persecuciones tiránicas de que sus primeros correligionarios habían sido víctimas.

» Se dividía en seis naves, formadas por treinta columnas pequeñas de mármoles variados, como los de la iglesia, y bien pulimentados.

» El techo, pintado de azul, hacía destacar infinidad de estrellas de oro, que con su brillo y el de los mármoles de la columnata alejaban del espectador las tristes impresiones que siempre producen en el alma estos tétricos lugares.

» En diferentes vasijas de cristal, de distintos tamaños y hechuras, se conservaban preciosas reliquias. Unas contenían sangre de los mártires; otras encerraban sus preciosas y santas cenizas. Dominaba á todas la cabeza de la Patrona Santa Engracia, metida en una urna de plata bien cincelada.

» El cuello de la santa estaba adornado con un magnífico collar de piedras preciosas.

» Las demás cenizas y restos de los mártires, según tradición del país, se conservaban en un pozo sombrío que había en medio de la iglesia, y al que rodeaba una barandilla de hierro.

» Estaba dedicada á los Santos Mártires de Zaragoza, y sus moradores eran de la órden de San Jerónimo.

» No ha mucho se elevaba esta iglesia en todo su esplendor: hoy sólo presenta el desconsolador aspecto de unas ruinas. La memorable guerra de la Independencia la ha destruído.

» Célebre es en los anales de nuestra historia contemporánea la gloriosa resistencia de los zaragozanos.

» Grande ha sido la heroica defensa de su ciudad. Inmortal su sitio.

» Entre los edificios que más contribuyeron á esta gloria, está colocado el nombre de Santa Engracia. Aun se ven en sus restos las señales de las balas de los enemigos. Cuando los franceses entraron en él, pisaron escombros y humeantes ruinas.

» Hoy, en medio de la campiña desolada que le rodea, asombra aún con sus restos y da idea de lo que debió ser la obra de los Católicos Reyes de España.» (*Luis de Castro.*)

La Torre de la Catedral de Toledo.—

» Entre la puerta del *Mollete* y la del *Infierno* existe la *Torre*, que tanta nombradía ha dado á la catedral de Toledo.

» Comenzóse este monumento en 1380 y

se terminó en 1440, habiendo estado al cuidado por largo tiempo del maestro Alvar Gómez, autor de la magnífica fachada principal, como en su lugar apuntamos. Compónese la torre, que es toda de piedra berroqueña, de tres grandes cuerpos: el primero se divide en cinco compartimientos, que constituyen otros tantos cuerpos sobrepuestos, dignos de examinarse.

» Encierra el primer espacio, que es cuadrado y no presenta ornato alguno, la bóveda que mencionamos al describir la capilla de los *Canónigos*, recibiendo un gracioso zócalo, revestido de mármoles negros y adornado de columnas blancas que resaltan sobre aquél, las cuales alternan con varios escudos de armas arzobispales, levantándose multitud de marcos entre largos, enriquecidos de juncos y molduras.

» Tiene el tercer compartimiento seis arcos en cada fachada, excepto en la del Mediodía, á la cual se agregó en el siglo último la entrada de la escalera, desfigurándola enteramente: los arcos referidos están adornados de azulejos, viéndose en el del centro una pequeña ventana que presta luz á la escalera.

» Consta el cuarto de otros tantos arcos más chatos, asentando sobre los de las cam-

panas, que son dos en cada lado, en cuyo centro se ve una estatua de mármol blanco con su repisa. Sobre este cuerpo hay un zócalo de recuadros con escudos, y en el centro del cuarto varios camafeos del mismo mármol.

» Son los arcos del quinto espacio redondos, alzándose en los ángulos del antepecho con que termina cuatro pirámides de crestería, que son, en nuestro concepto, modernas; todos estos compartimientos conservan la misma planta del primero.

» El segundo cuerpo es de planta exágona, presentando en cada ochava un arco apuntado, partido por un pilar, que descansa sobre otros dos arcos redondos, lo cual produce un efecto agradable.

» En los salientes de las ochavas hay elegantes palmas ó pirámides coronadas de adornos de bella crestería, á las cuales se enlaza un gracioso antepecho calado, de exquisito gusto. Guarda el último cuerpo la misma planta que el anterior, yendo á acabar en forma de pirámide, adornando tres círculos de rayos que figuran tres coronas de espinas, las cuales están cubiertas de plomo, así como todo este capitel lo está de pizarra, siendo su armazón de madera.» (*Toledo pintoresca*, por D. José Amador de los Ríos.)

Púlpito de San Vicente Ferrer en Toledo.— « En la nave del centro y al lado del Evangelio se encuentra un púlpito tallado de estuco, que no puede menos de atraer sobre sí las miradas de los viajeros.

»Según la tradición constante que se conserva en Toledo, y más principalmente en esta iglesia, fue el púlpito de que hablamos la cátedra desde donde dirigió su voz á los judíos en 1405 San Vicente Ferrer, logrando una conversión verdaderamente milagrosa.

»Desde aquella época, en que, como hemos visto, quedó reducida al cristianismo la famosa sinagoga de *Santa María la Blanca*, permanece sin uso alguno el mencionado púlpito, conservándose únicamente como un monumento religioso lo que bajo otro aspecto consideramos nosotros como monumento artístico. En efecto, el púlpito cuyo diseño acompaña á estas líneas es una muestra preciosa de la fusión, que indicada dejamos en la *Introducción* á esta *Parte*, entre la ornamentación arábiga y la ornamentación gótica, cuyo resultado más directo debió ser la ornamentación *plateresca*. Entre las ochavas en que está dividido el púlpito, cuya figura es octógona, hay pues algunas revestidas de ornatos puramente góticos, acomodándose

en el relieve á la índole y carácter de los ornamentos arabescos con que alternan.

»La forma total de este apreciable púlpito no puede ser más bella y gallarda, estribando sobre una pequeña columna enteramente árabe que tiene por basa un capitel inverso, viéndose en el que ostenta en la parte superior un pequeño escudo.

»Ocupa una estatua que figura á San Vicente Ferrer en el centro, presentando en su mano izquierda un Crucifijo, mientras que con la diestra señala al cielo, único puerto de bienandanza que ofrece la religión á la virtud, no careciendo de mérito la escultura. Este púlpito no puede menos de considerarse como una imitación del arte arábigo, hecha con no poco gusto y novedad.

»En su borde superior hubo una leyenda latina, de la cual se conservan algunos caracteres de la conocida forma llamada *monacal*, lo cual da margen á creer que fué construído en el siglo xv, época en que aquel carácter de letra estuvo muy en uso.»
(*Toledo pintoresca.*)

El monasterio de San Salvador de Oña.—

«Pero lo más gracioso y digno de admirarse que conserva el monasterio de Oña es su hermosa iglesia y el patio y claustros góticos que dan interiormente entrada á ella.

Esta es obra algo más moderna que lo restante del antiquísimo convento, y de un mérito y primor extraordinariamente superiores en su estructura. La iglesia se construyó por los años 1470, siendo abad Fray Juan de Roa, y los claustros se hicieron por los años 1495 á 1500, bajo la dirección de algunos de los mejores arquitectos de aquella época que concurrieron en Oña á la construcción de estos soberbios é inmortales monumentos del arte.

»El patio es bello y ostentoso, no sólo por su extensión, sino por el esmero, la proporción y elegancia de su admirable obra. Su plano forma un perfecto cuadro enlosado de mármol: en uno de sus ángulos tiene una abundante y preciosa fuente de piedra, y rodéanla por sus cuatro lados los sorprendentes y magníficos claustros, cuya exquisita arquitectura gótica ha sido con justicia la admiración de cuantos han visto el monasterio. En el extremo de uno de estos claustros se encuentra la puerta que da á la iglesia: es grande, y su elegante portada ofrece una vistosa perspectiva.

»En la actualidad, 1848, al entrar en la iglesia del convento de Oña se experimenta una impresión desagradable al ofrecerse de pronto á los ojos el deterioro de aquel re-

cinto y el negro montón de sus escombros. Sólo la detenida consideración de sus oscurecidas bellezas puede hacer grata la permanencia en este antiguo templo, seno un día de la severa piedad y solemnidad del culto divino, y ahora del del estrago, de la miseria y de la profanación.

»Entrando por la puerta de los claustros, y á mano izquierda, se encuentran unas altas verjas de hierro que dividen la parte inferior de la iglesia, que termina con el cancel y la puerta principal, de la superior y más extensa, que concluye con el presbiterio y altar mayor.

»Estas magníficas verjas, conservadas aún en bastante buen estado, separaban el concurso devoto de los fieles del de los retirados monjes en muchas festividades religiosas, y mayormente en las horas consagradas por éstos á la penitencia y oración.

»Todo el interior de la iglesia es esplendoroso y bien concluído, brillando en la gótica arquitectura de la única nave de que se compone el más exquisito gusto y la más lucida ostentación.

»El órgano se eleva majestuosamente al lado del coro alto, y enfrente de la puerta de los mencionados claustros, bien conservado en el general estrago; la mayor parte

de las capillas del templo apenas contienen restos de su antiguo estado de grandeza y primor; tal es el velo ruinoso que los cubre.

»Antes de llegar al altar mayor, y cerca del elevado y elegante presbiterio, se extienden á derecha é izquierda, en dos entradas simétricas que forman la iglesia, el hermoso coro bajo, compuesto de negro y bruñido nogal, y adornados sus asientos de bellas molduras del más esmerado trabajo y delicada proporción.

»El presbiterio, de mármol obscuro, se eleva más de cuatro pies sobre el desigual y ruinoso pavimento del templo, en el que, y casi en su último término, se halla el ara sagrada. Sobre ella, y á bastante elevación, se alza el grandioso y dorado tabernáculo, adornado de estatuas, cornisas y follajes, que constituyó el soberbio altar mayor de este viejo santuario.

»En los lados del Evangelio y la Epístola se ostentan, colocados entre columnas y sostenidos en anchos pedestales, los ocho antiguos sepulcros de negro nogal do yacen los restos del primer fundador del monasterio, con los de otros personajes de esta ilustre familia, que posteriormente reinaron en España.

»Al lado del coro bajo se encuentra otra

grande y espaciosa puerta que conduce á los claustros interiores del convento, y también á la sacristía. Ésta es digna del suntuoso monasterio á que pertenece, y el local mejor conservado que se halla en todo él.

»Su primorosa estructura es gótica, y su bóveda variada y vistosa. Rodéale por sus cuatro frentes, sin dejar más espacio que el que ocupa la puerta, una extensa y corrida mesa, de cedro al parecer, sobre la que se levantan algunos espejos y doce hermosos cuadros (con marcos y cristal) pintados al óleo, que representan los doce apóstoles.

»Por su sobresaliente mérito ha sido considerado este Apostolado, desde tiempo remoto, como una de las más ricas joyas del convento.» (*Semanario Pintoresco.*)

Burgos.—*Sepulcro de D. Juan de Padilla.*—Procedente del derruido monasterio de Frex-del-Val se conserva en el Museo provincial de Burgos el precioso sepulcro de D. Juan de Padilla, obra cuajada de bellísima ornamentación ojival del siglo xv, á que pertenece. Hace su descripción el señor Amador de los Ríos, D. Rodrigo:

«Pináculos, doseletes, estatuillas, relieves, frondas, orlas, cardinas, todos cuantos elementos ornamentales poseía en su esplendorosa decadencia el estilo ojival, otro tan-

to ha sido allí puesto bellamente á contribución por el artista, formando gracioso y riquísimo marco en torno de la estatua orante del personaje para quien se labró tal maravilla; estatua que bastaría por sí sola para honrar la cultura artística del siglo á que corresponde, así por la valentía del dibujo, la nobleza de la expresión, lo natural de la actitud, la riqueza del traje, la limpieza de los paños, la perfección de los detalles y la magnificencia del conjunto.

»No menos bella es el arca ó urna sepulcral, cuyo frente decoran escudos timbrados con ángeles por tenantes, y dos lindos pajes á los extremos, leyéndose en una tabla de mármol que se advierte entre la decoración del fondo de la hornacina, y al lado de la izquierda, una sola línea de caracteres monacales, principio de una inscripción que no llegó á esculpirse, y que dice: *En los XX años de su edad...*

»Es dicho sepulcro el de D. Juan de Padilla, muerto en la Vega de Granada, muy querido de los Reyes Católicos, y en especial de Isabel I, quien hubo de costear aquella obra, afirmándose que solía designar la reina á Padilla, por su bravura y osadía en las lides, *el mi loco. (España, sus monumentos y artes.)*

Santa María del Parral.—Al poderoso marqués de Villena D. Juan Pacheco se debe la transformación de una pobre ermita en el hermoso monasterio de Santa María del Parral, cerca de Segovia.

«En el retirado sitio donde estaba la ermita, salió á desafío con un contrario suyo, y, encontrándose con tres enemigos en vez de uno, tuvo la serenidad de gritar al rival: «Traidor, no te valdrá tu villanía: que si me cumple la palabra uno de esos dos compañeros tuyos, iguales quedaremos»; con lo cual, introducida entre sus contendientes la confusión y desconfianza, obtuvo de ellos una hábil victoria.

»La gratitud á Santa María del Parral, á quien se había encomendado, le inspiró la idea de transformar la ermita en convento, escogiendo la Orden de Jerónimos para poblarlo; y le ayudó de tal manera Enrique IV, todavía príncipe en 1447, en que esto ocurría, en agenciar con el Cabildo la cesión del local y en allanarle la ejecución de su proyecto, que se atribuyó la fundación al mismo heredero de la Corona, suponiendo que el valido no había hecho más que prestarle el nombre.

»A uno y otro se la hicieron olvidar por algunos años los públicos trastornos, y pa-

saron los nuevos religiosos por estrecheces, hasta que, entrando á reinar Enrique, se procedió en 1459 á la inauguración de la magnífica obra.

»Su traza general se encargó á Juan Gallego, vecino de Segovia; pero en la construcción de la capilla mayor intervino nuevamente D. Juan Pacheco, dándolo en 1472 á destajo á Juan y á Bonifacio Guas, de Toledo, y á Pedro Polido, segoviano, el primero de los cuales se hizo después famoso con trabajos aun más insignes.

»Las bóvedas no se cerraron sino hacia 1485, y en 1494 Juan de Ruesga se obligó á rehacer en cinco meses el arco del coro, dándole mayor elevación (1).

»Las iglesias de jerónimos presentan generalmente un tipo: despejada y única nave, bóvedas adornadas de crucería, estilo de la decadencia gótica, y á veces de póstuma imitación.

»La del Parral es uno de los primeros y más grandiosos ejemplares de este tipo: el crucero ancho y de cortas alas; la capilla

(1) Era Ruesga segoviano, y continuó más adelante la catedral de Palencia. Contrató en 125.000 maravedises la obra del coro, cuyo arco es tan admirablemente plano que, en un diámetro de treinta y ocho pies, sólo presenta cuatro y medio de curvatura.

mayor poco profunda y de muros no paralelos, sino divergentes entre sí, formando con dichos brazos un ángulo, en vez de recto, muy obtuso.

» Seis rasgadas ventanas alumbran la cabecera del templo, y realzan sus líneas y labores, de gótico no muy castizo, grandes estatuas de los doce apóstoles, distribuídas en seis jambas; empezó á labrarlas en 1494 Sebastián de Almonacid, antes de lucir su talento en los admirables retablos de las catedrales de Toledo y Sevilla, al mismo tiempo que esculpía los escudos de armas colocados encima de las ventanas Francisco Sánchez de Toledo.

» En la intersección de la nave con el crucero no se eleva propiamente cúpula, sino una hermosa estrella resultante del cruzamiento de las aristas, que en los brazos transversales y en el ábside describen otras tantas medias estrellas.

» Abundan en las demás bóvedas entrelazos semejantes, incluso los que sostienen el coro alto, improvisados, digámoslo así, por Ruesga, con los seis bocelados machones en que se apoya, con sus ángeles y blasones, con los colgadizos de los arcos y un calado antepecho de piedra.

» Para este coro, que ocupa media longi-

tud de la nave, hizo en 1526 el entallador Manuel Fernández una primorosa sillería, decorada con figuras de santos y relieves del Apocalipsis; no recordamos adónde ha ido á parar, huyendo de ser envuelta en la ruina del edificio. Pero se ha quedado arros-trándola el precioso retablo plateresco, en cuyos cinco cuerpos, formados por abalaustradas columnas, esculpieron numerosos pasajes del Evangelio varios artistas reunidos en 1528 para tal empresa, colocada la Virgen en el centro y el Calvario en el remate, y á los lados perpendicularmente diversas historias de santos, que hacen parte de dicha máquina.

Burgos.—Capilla del Condestable.—Entre las mil y mil preciosidades que atesora la catedral de Burgos, es una esta capilla, parte, aunque pequeña, de la cual se hizo en los primeros años del siglo XVI. Lo mismo ocurre en alguno que otro de los monumentos cuyas descripciones he trasladado á este libro, teniendo por guía para ello que fuera muy poco, y sólo para acabarlos, lo que de ellos se hiciera en la centuria dicha.

Saben muy bien los hispano-americanos que hasta que no se descubrió Méjico, y tras de él el Perú, fué insignificante la riqueza que de América vino á Europa: así,

cuanto antes de 1520, año en que entró Cortés en Méjico, se halle aquí descrito, nada de ello se hizo con dinero del mundo colómbino.

Copiaré algunas páginas más del señor D. Rodrigo Amador de los Ríos, tomo *Burgos*, uno de los muchos pertenecientes á varias provincias de España que en 4.º mayor van publicados bajo el título de *España, sus monumentos y artes*, como ya he dicho:

«Frente al cuerpo central del ábside, aunque no perfectamente en el eje longitudinal del templo, proclamando desde el mismo arco que le sirve de ingreso la magnificencia insólita desplegada en su recinto por los suntuosos fundadores, á quienes debe la provincia de Burgos gran número de sus más notables edificios religiosos, y cuyo nombre se pronuncia aún en ella con veneración y respeto, la capilla de la Purificación, más comúnmente conocida por del Condestable, se hace en realidad superior á todo encomio, resultando siempre ante la realidad pálida y deficiente cualquier descripción que se pretenda; pues, cual ocurre con la linterna del crucero, no es el lenguaje medio adecuado para trasladar á la imaginación de los lectores cada una de las belle-

zas que encierra, por minucioso que sea el examen que de ellas se haga, y por insistente que aparezca la descripción, teniendo necesidad de valernos siempre de los mismos términos para expresar ideas análogas, despertadas constantemente por la contemplación del número inagotable de prodigios que, como muestra de fecundidad y de riqueza, resplandecen por todas partes en este suntuosísimo edificio.

»No sin razón, por tanto, es éste apellidado joya de la catedral burgalesa; pues aunque no son en ésta nuevos ni desconocidos, ni el arte que á aquél inspira, ni los valiosos exornos que la enriquecen, el conjunto, la obra, es de suyo original y nuevo, resplandeciendo por todos lados aquel gran sentimiento estético que supo imprimir en sus monumentales concepciones el genio de Simón de Colonia, á quien fué encomendada la traza y ejecución de ésta, la más notable, la más bella, la más grandiosa y magnífica de cuantas capillas mira agrupadas en torno suyo la catedral fundada por el egregio San Fernando.

»Cierto es que no siempre en la decoración brilla el mismo gusto, ni que todos los exornos, confiados á manos distintas y secundarias, son de igual mérito; pero no lo

es menos que, á despecho de estas accidentales circunstancias, y á pesar, repetimos, del número de las labores que la bordan, si es lícita la frase, respira esta capilla tal elegancia, tal grandeza y tal sencillez al propio tiempo, que no se ofrece en el conjunto recargada, ni mucho menos; antes, al contrario, parece quizás que están todavía demasiado desnudos aquellos lienzos de piedra que se levantan majestuosos doblándose en ocho pliegues, para cerrarse luego con la monumental cúpula que los recoge y corona con singular habilidad é ingenio.

»Nada más bello, á la verdad, ni que dé más acabada y perfecta idea de la magnificencia de aquellos próceres cuyo poder y cuya riqueza, cuya ostentación y cuyo boato obscurecieron en más de una ocasión el fausto esplendoroso de los monarcas de Castilla, á quienes excedían en soberbia; nada más expresivo de la situación que en los postreros días de la xv.^a centuria lograba la cultura castellana, después del reinado de aquel D. Juan II á cuyo alrededor ciencia, letras y artes llegan á inusitado desarrollo; de los días del desventurado Enrique, á cuya hija, aun no está decidido por la historia si con justicia ó no, apellidaban los partidarios de la corte la Beltraneja para arreba-

tarle con tal motivo la corona de San Fernando, usurpada por Sancho IV y por Enrique II, y colocarla, con gloria de Castilla y de la cristiandad entera, en las augustas sienes de la madrileña Isabel la Católica.

»Allí, en aquel libro de piedra, con mayor elocuencia que en las polvorientas crónicas del tiempo, está escrita, como en otros insignes edificios, la historia de Castilla, reflejando la extraña constitución de aquellas monarquías en que el rey no se estimaba más que otro cualquier caballero de su corte, y surgían al compás y en el estruendo sangriento de la Reconquista tantos señores como eran los próceres que, con mayor ó menor empeño, venían contribuyendo á tan colosal y patriótica empresa.

»Mas dejando al historiador el cuidado de quilatar debidamente estos hechos, patentizados á cada paso por muy notables monumentos en territorio de Castilla, volvamos los ojos á la celebrada obra de la egregia matrona Doña Mencía de Mendoza de la Vega, cuya contemplación sorprende y cautiva regocijadamente el ánimo.

»Distinguiéndose de las demás capillas del cuerpo y de la girola de la iglesia, proclamando desde el ingreso la ostentación de los Condestables, aparece aquél bajo la

forma de un arco semicircular enriquecido de cuatro zonas de cairelada crestería en la archivolta, y soportado por machones en cuya parte inferior se fingen á cada lado, en el exterior, grupos de tres resaltadas columnillas.

»A modo de capiteles destacan sobre ellas en relieve velludos salvajes que aparentan sostener corridas impostas con el Nacimiento de Jesucristo á la izquierda, y á la derecha la Purificación de María y los cuatro Evangelistas, de tamaño natural; mientras en el interior, reemplazando las citadas inferiores columnillas, resaltan en número de dos otros salvajes, igualmente velludos, quienes sirven de tenantes respecto de las coronas de laurel que á guisa de blasones y con un sol flameado y el monograma al centro de Jesús, y una cruz potenziada respectivamente, soportan á un lado y á otro con las manos, advirtiéndose por último, en el lugar de los relieves historiados exteriores, representada la Anunciación, cada una de cuyas figuras se ostenta en machón diferente.

»Edificada tan suntuosa fábrica en el emplazamiento, no sólo de la antigua capilla de San Pedro, que era, al decir de un documento de 1382, «una de solepmnioribus ip-

sius ecclesiae», y cuyas dimensiones no debían de ser grandes, mas también en el de dos casas del *Cantón de la Cruz*, hacia la plaza que iba á la *Llana*, conserva todavía en el ingreso, traspuesta ya la interesante reja de Andino, recuerdos de la primitiva *Capilla*, también denominada *del Conde Don Sancho* por las capellanías allí fundadas de orden de Enrique de Trastámara en memoria del mencionado conde, cuyo cuerpo, según hemos visto, reposa en la *Capilla mayor*, al lado del Evangelio.

» Constituyen los recuerdos aludidos, á uno y otro lado, dos arcos sepulcrales en alto, labrados ya en el siglo XVI, bajo los cuales, y en estimables urnas de la época, yacen á la derecha, y según él mismo dejó ordenado, los restos del obispo D. Domingo Ferrández de Arcoyuelo, fallecido del año 1380 al 1381, y los del prelado D. Pedro Rodríguez Quijada, muerto en Aviñón el 14 de Mayo de 1313, á la izquierda, debiendo, no obstante, observar que el lucillo de este último, donde se ve representada en expresivo relieve su muerte y su sepultura, corresponde á época posterior á su fallecimiento, y quizás á la de la traslación á Burgos del cadáver, pareciendo ser contemporáneo del de D. Domingo.

» Entrando ya en la *Capilla*, y al mismo lado del Evangelio, que es el de la izquierda del espectador, adviértese en el muro una sepultura cubierta por una losa de mármol de mezcla, con una orla de alabastro, donde se halla el epígrafe, resaltando al medio de la indicada losa un escudo, asimismo de alabastro, con su inscripción correspondiente; suceden en pos el órgano, cuyas cajas decoran estimables relieves, flanqueado por dos grandes tablas de mármol blanco, en las que hay escritas varias interesantes memorias, abriéndose ya allí, cual ocurre en el lado contrario, cierto abovedado espacio que contiene, á modo de filial capilla, su retablo correspondiente, formado de tres cuerpos y dos frentes y coronado por piramidal marquesina, profusamente cubierta de labores, en cuyo ápice figuran las imágenes de San Miguel y el arcángel San Rafael, ésta en el retablo de la Epístola y aquélla en el del Evangelio, ambas de época reciente y retocadas el año de 1844.

» Como labrado ya en el siglo xvi, el de este lado corresponde al estilo del Renacimiento, si bien tratóse en su disposición general de seguir la traza del de frente, que es ojival y de la misma época seguramente de la fundación de la *Capilla*, hallándose am-

bos enriquecidos de multitud de efigies, notables muchas de ellas y de mérito, del cual no carece á la verdad el coro, por más que los sitiales de que se compone se ofrezcan por extremo deteriorados.

»A partir de este punto arranca el que podría llamarse ábside del edificio, formado por tres de las ocho facetas que á aquél constituyen, y cuya decoración se reparte armoniosamente en tres cuerpos distintos hasta la bóveda, la cual aparece reforzada por haces de columnillas en los ángulos de las indicadas facetas, recorridos, en toda su altura á los extremos, de resaltadas calinas y decorados cada uno en el tercio inferior por dos estatuas, tamaño natural, levantadas sobre sus respectivas y laboreadas repisas y sombreadas por sendos y filigranados doseletes, representando el Apostolado, San Juan Bautista y San Agustín y San Jerónimo.

»Calada estrella de ocho puntas, llenas de peregrinas labores y ostentando al centro una medalla con la Purificación de la Virgen, finge cerrar la bóveda y corresponde dignamente á la suntuosidad de la fábrica, figurando en ella como propio término y remate, y ostentándose enriquecida en las puntas donde se atan los nervios de las ojivales fenestras superiores y en los radios meno-

res de la estrella, doradas arandelas que contribuyen á embellecer el conjunto.

»Forma el cuerpo inferior, en las facetas laterales de las tres del centro, un espacio cuadrangular, flanqueado por los haces de columnas á que se hizo antes alusión, y cuya única decoración en el lienzo del Evangelio consiste en el reelevado escudo de la casa y estado del condestable, acuartelado de quince puntos de ajedrez de oro y de veros, con la bordura de castillos y leones, timbrado por un yelmo de perfil con rodeo y coronado de un león naciente empuñando el lambrequín que vistosamente se enrosca de un lado á otro; en el lienzo de la Epístola, inclinado y exornado al exterior, como el de los Velasco, por resaltadas frondas, se ostenta el blasón de los Mendoza, cuartelado, con banda y la salutación *Ave Maria, gratia plena* á los costados en el primero y cuarto cuartel y cinco hojas de higuera en el segundo y tercero, timbrados por una celada con rejilla y un grifo por remate con ondulante lambrequín que se espacia de análoga manera que en el blasón de los Velasco.

»Un friso compuesto de catorce salientes cabezas, sobre el cual se extiende labrada faja de cardinas, con otra de calada creste-

ría por remate, separa este primer cuerpo del segundo, en el que se abre en ambas facetas muy elegante arco, cuyos hombros señalan sobre el muro sendas cabezas de bulto, y cuya archivolta dibujan otras filigranadas labores, mostrándose enriquecido por dos distintos órdenes de festones: el exterior, de graciosas combinaciones geométricas, y el interior, de más tamaño, peregrinamente calado y de singular efecto, compuesto por hasta ocho grupos de figuras humanas que sostienen, alternando afrontadas y en artística posición, que facilita su enlace, unos el sol flameado con el monograma de Jesús al centro dentro de una corona de laurel, y la cruz potenziada, en iguales condiciones, otros.

»Apoyando en los pilares de los ángulos, y exornado de trecho en trecho por resaltadas y revueltas hojas, levántase el conopio de estos arcos en las tres facetas á la altura del tercer cuerpo, y sobre su remate asientan otros tantos reyes de armas con la dalmática blasonada y la cuadrada bandera del linaje de los fundadores en las manos; figura que en la faceta central se encuentra reemplazada por la de un ángel.

»Calado antepecho recorre el andén general que circuye la *Capilla*, destacando al

medio, sobre puertas, en las ochavas á que aludimos, el blasón de la casa de Velasco en el lado izquierdo, con dos figuras de velludos salvajes por tenantes; el de la derecha armado de clava sobre el hombro, y de ancha espada que empuña en ademán de defensa el de la izquierda, mientras que el blasón del antepecho del lienzo de la Epístola, que es el de la casa de Mendoza, se muestra soportado por dos figuras femeniles, velludas y coronadas con diversos atributos.

»Moldurado, recorrido de cardinas y provisto de su crestería correspondiente, sirve de remate á este cuerpo un friso sobre el cual se rasgan las ocho grandiosas fenestras del lucernario, que en cada ochava de las del edificio facilitan abundante claridad, templada por los pintados vidrios que conserva por fortuna: seis de ellas son dúplices y sobrepuestas, menos las de los costados del ingreso, que, por reposar sobre las pechinas, sólo cuentan con un vano; ofreciéndose las inferiores cobijadas por un arco rebajado, cuyo tímpano de caladas labores apoya sobre dos columnillas, produciendo tres lobulados arquillos, ante el central de los cuales surge en cada fenestra la figura que corona el conopio de los arcos en el segundo cuerpo.

»En las vidrieras hállanse figurados varios pasajes de la vida del Salvador, con otras imágenes y los blasones á los lados de los magníficos fundadores de la *Capilla*, no diferenciándose en su traza las fenestras superiores, desprovistas, sin embargo, de los pintados vidrios que hubieron de exornarlas, de las inferiores y ya descritas.

»Si bien corresponde ya al estilo del Renacimiento, y se muestra, por tanto, más conforme con la suntuosa reja del ingreso que con el carácter y acento predominantes en el edificio, el altar mayor es digno del interés que excita, y se halla compuesto de tres cuerpos principales, fuera del basamento sobre que se levanta, y en el cual, separados por las efigies de los cuatro evangelistas, se hacen tres tableros en relieve, donde se hallan expresivamente representados la Anunciación, el Nacimiento y la Visitación de Nuestra Señora; soportado por cuatro columnas de laboreados fustes, el primer cuerpo, cuyo entablamento enriquecen aladas cabezas de querubines y colgantes guirnaldas á modo de caireles; finge el interior del templo, con la Purificación de María, grupo formado por cinco figuras convenientemente repartidas, y que son las de Santa Ana y la Virgen, San José

y Simeón, á cuyos pies se advierte un rótulo de ya no fácil lectura, y, por último, la de una sirviente que lleva en una canastilla las simbólicas palomas.

»Adelantándose para constituir respecto del primer cuerpo, que es el principal del retablo, cierta especie de grandioso dosel, descansa el segundo sobre un zócalo cubierto de labores, á cuyos extremos se hallan la *Ley de gracia* y la *Ley escrita*, personificadas aquélla en hermosa joven con las manos cruzadas y los ojos puestos en el cielo, y ésta en venerable anciano que levanta con la izquierda las tablas de la ley y coloca sobre ellas la derecha en actitud imponente, siendo ambas efigies de muy subido mérito, aunque algo amaneradas, como en general todas las del retablo; en los espacios ú hornacinas que resultan en el medio, flanqueadas por sendas columnas llenas de relieves y cubiertas por filigranados doseletes que han dado sin motivo origen á injustificados supuestos, ofrécese otras tantas imágenes que representan, comenzando por el lado del Evangelio, la *Oración en el huerto*, *Jesús atado á la columna*, y *el Señor con la cruz á cuestas*; en el lado de la Epístola, en tanto que el tercero y último cuerpo se constituyen por un frontón triangular con el busto

de un ángel al medio, flanqueado de otros dos, arrodillados y en actitud orante, á cuyos lados surgen sendas cornucopias con otras dos figuras arrodilladas á los extremos.

Hacen dichas cornucopias oficio de repisas; y, levantándose sobre el ápice del frontón la imagen de Jesús Crucificado, en aquéllas se miran las de María y San Juan, en posiciones algún tanto violentas y convencionales, mientras en segundo término se ofrecen, crucificados y en posiciones de no menor violencia, las de los ladrones, destacando este coronamiento sobre un fondo en que se halla representada la ciudad de Jerusalén, erizada de cúpulas y de torres, á la manera de la época.

»Aunque en su estructura no se diferencia de los arcos laterales, el que cobija en esta central faceta el altar mayor muestra en el calado festón que le enriquece grupos de dos figurillas afrontadas con los atributos de la Pasión; debiendo observarse la particularidad extraña de que dichas figuras se hallan colocadas en sentido contrario al natural, adheridas por los extremos á la archivolta y con la cabeza colgando.

»Delante del mencionado altar, y antes de subir las cinco gradas que le circundan, descansando sobre ancho lecho de mármol de

colores, procedente, cual se asegura, de las canteras de Atapuerca, resaltan las estatuas yacentes de los fundadores, labradas á maravilla en limpio mármol de Carrara, transparente y fino: obra de singular prolijidad y prodigiosa riqueza, proclama, en todos y cada uno de los relieves que le avaloran, la suntuosidad de aquellos próceres, despertando admiración la armadura del condestable, que aparece, como las tan afamadas de Milán, cubierta de labores; la algún tanto exagerada musculatura de las manos; la perfección con que hubieron de imitarse los encajes en la efigie de la condesa; los almohadones, y todos, en fin, y cada uno de los detalles que extreman el mérito de ambas esculturas, á cuyos pies se leen los respectivos epitafios, diciendo el del condestable:

«AQUÍ YACE

EL MUY ILUSTRE SEÑOR

D. PEDRO HERNANDEZ DE VELASCO,

CONDESTABLE DE CASTILLA,

SEÑOR DEL ESTADO Y GRAN CASA DE VELASCO,

HIJO DE D. PEDRO HERNANDEZ

DE VELASCO Y DE DONNA BEATRIZ MANRIQUE,

CONDES DE HARO.

MURIÓ DE SETENTA Y SIETE ANNOS,

EL AÑO DE MILL QUATROCIENTOS Y NOVENTA Y DOS,

SIENDO SOLO VISOREY DESTOS REINOS

POR LOS REYES CATÓLICOS.»

»En el de la condesa se consigna:

«AQUÍ YACE
LA MUY ILUSTRE SENNORA
DONNA MENCÍA DE MENDOZA, CONDESA DE HARO,
MUGER DEL CONDESTABLE
D. PEDRO HERNANDEZ DE VELASCO,
HIJA DE D. IÑIGO LOPEZ DE MENDOZA Y DE
DONNA CATALINA
DE FIGUEROA MARQUESES DE SANTILLANA.
MURIÓ DE SETENTA Y NUEVE ANNOS,
ANNO DE MILL Y QUINIENTOS.»

(*España, sus monumentos y artes.*—*Burgos*, por D. Rodrigo Amador de los Ríos.)

Catedral de Gerona.—Estuvo en construcción sus siete siglos, y, si dijera ocho, no me apartaría de la verdad: doy aquí, sin embargo, razón de ella por haberse edificado grande y notable parte en el siglo xv, porque enseña las peripecias y vicisitudes por que de ordinario pasaban estas grandes construcciones, las limosnas que para ellas se recaudaban, las contradicciones que sufrían, el gran número de arquitectos que en ésta, al menos, intervinieron, las obras que traían entre manos, y la gran originalidad que esta construcción ofrece de un parlamento ó congreso arquitectónico, grave, prudente, mesurado, corto y práctico en el siglo décimoquinto.

«Es una catedral ancha y elevada, digna

de citarse entre las más elegantes iglesias. Consta de una sola nave desde la puerta principal hasta pasada la sacristía, y remata en tres de un modo original y bellísimo. Su longitud hasta la mitad del presbiterio consta de trescientos diez palmos, y de ciento diez y seis su anchura. Sobre tan considerables proporciones lánzanse los arcos con la mayor osadía, que amedrenta al que por primera vez contempla su inmensa extensión y la elevación y poco espesor de la bóveda.

» Las naves en que remata, principian con tres esbeltas ojivas, la central más alta que las laterales, de modo que, vistas desde la entrada de la iglesia, parecen la fachada de otro templo, como si sólo el presbiterio fuese el verdadero santuario, y se destinase la ancha nave al numeroso y devoto concurso de los fieles: feliz disposición y clasificación de partes, de que no todas las iglesias cristianas pueden envanecerse. Las dos naves laterales, que, como la central, reciben luz del lindo rosetón que cada cual tiene, reúnen en una curva detras del presbiterio, rodeado por un semicírculo de pilares que sostienen la cúpula; admirable efecto de perspectiva que, como dejamos ya explicado, presenta también, en mayor grado

de perfección y sublimidad, la catedral de Barcelona.

» Mas si se quiere gozar de un punto de vista que á la primera ojeada haga resaltar toda la magnificencia y anchura de la nave, atraviésese la iglesia, déjese á la derecha el coro, que ciertamente no corresponde á la suntuosidad y mérito de tan bella fábrica, y colóquese el observador junto á la primera capilla que sigue á la sacristía.

» Aparece en primer término la ojiva con que empieza una de las naves colaterales del extremo del templo, y á un lado levántanse airosos los pilares que sostienen la bóveda del ábside. Escasa y débil es la luz que penetra hasta aquella parte, en la cual domina cierta obscuridad que envuelve como un sagrado velo el tabernáculo.

» A la derecha, sobre la puerta de la sacristía, vese el sepulcro donde yace Ramón Berenguer, denominado *Cap de estopes*, y ocupa el centro el coro, detrás del pilar cuya pared inferior ciñe el púlpito.

» Es de ver cómo desde el sombrío y negruzco punto de observación que hemos escogido resaltan con fuerza la magnificencia é inmensidad de la nave, inundada por torrentes de luz que por sus ventanas arroja el sol de medio día.

»Entonces, al través de aquellas ráfagas que se despliegan como gasa de oro, apenas divísanse los pequeños arcos de la galería que corre toda la pared encima de las capillas, mientras casi se pierde misteriosa detrás de ellas la redonda ventana central, en cuyos vidrios está pintada la Asunción de la Virgen.

»El altar mayor es notable, tanto por su antigüedad como por la originalidad de su forma. La humilde pero exacta descripción que ensayaremos, quizás no corresponderá á la idea que de él concibieran algunos de nuestros lectores, pues las ponderaciones de muchos autores, entre los cuales no es el último el P. Roig y Jalpi, le han hecho famoso, exagerando extraordinariamente su riqueza.

»La primera impresión que causa al observador es la que experimentaría si de repente se encontrase delante de un dosel ó pabellón oriental; y, efectivamente, su conjunto tiene algo de bárbaro, cierta inmovilidad, por decirlo así, india, que aumenta la ilusión.

»La mesa es de alabastro, y una chapa de plata la cubre en todas sus partes, menos en la que se llama el frontal. La cubierta de éste es de oro, aunque debemos añadir que este

metal sólo se encuentra allí en una capa delgadísima, regalo de Doña Ermesendis y de la condesa doña Guisla, mujer de Berenger Ramón el Curvo.

» En el centro, dentro de una especie de pequeño nicho, hay una imagen de la Virgen, que tiene á su Hijo en los brazos, y los demás relieves figuran varios objetos religiosos ó representan algunos santos.

» En las labores que median entre aquellos pequeños cuadros, si así pueden llamarse, brillan muchas piedras que, á guiarnos por la sola belleza con que á los ojos se presentan, calificaríamos de preciosas. Una de ellas contiene el nombre de *Ermesendis*, y debajo del nicho central aparece sobre un esmalte verde la efigie de una mujer rodeada con una inscripción latina que declaró lo costeó la condesa Guisla.

» La imagen del Padre Eterno y de los doce apóstoles adornan, entre otros relieves, la parte que mira á la Epístola; la del Evangelio contiene representaciones alusivas á la Virgen, y en la posterior vese la efigie del Padre Eterno y las de los profetas. Esta mesa está separada algunos palmos del retablo ó altar, que es una gran chapa de plata dorada de más de once palmos de anchura y nueve de elevación.

» Forma como tres cuerpos, y cada uno está dividido en nichos ó comparticiones que contienen asuntos sagrados (1).

» En el centro brilla la imagen de Jesús crucificado, y al pie de aquel símbolo de nuestra redención lloran su Madre y San Juan.

» En el cuerpo inferior vense varias efigies de santos, y dos de obispos á los extremos, que, según se asegura, son Guislabeto y Berenguer de Cruilles; suposición que confirman los muchos escudos que allí mismo ostentan las armas de tan noble familia.

» Las figuras del cuerpo segundo ó central representan misterios de Jesucristo, y los de la Virgen forman el asunto del tercero ó superior.

» Remata el todo en tres imágenes de plata dorada, que figuran María Santísima en medio de San Narciso y San Félix.

» Digno es este altar de la atención del viajero, menos por su riqueza que por las oportunas reflexiones que inspira acerca del progreso de las artes en la Edad Media; y no

(1) Todo este retablo de plata se lo anexionaron los franceses cuando la francesada ó guerra de la Independencia, no obstante la heroica defensa que de Gerona hizo el general Alvarez. Prosiga ahora el Sr. Piferrer con la relación de la catedral.

es muy desventajosa para los artífices de aquellos siglos remotos la idea que de su habilidad forma el que contempla la minuciosidad de sus numerosos adornos.

»Cobija toda esta obra de platería un cóncavo dosel, también de plata, cuyas extremidades, algo inclinadas, apóyanse elegantemente en cuatro delgadísimas columnas cubiertas con una bien trabajada chapa de aquel metal. Creyérase ver una ligera tienda oriental, hinchada por las sacudidas del viento, y pronta á romper los débiles cabos que la atan á los pilares. Costeólo el arcediano Arnaldo Soler á principios del siglo XIV ó últimos del antecedente: antigüedad considerable, que aumenta el mérito del altar, que ya debía de estar en pie desde mucho tiempo, y cuyo frontal pertenece al siglo XI.

»Detrás del retablo, á uno y otro lado, dos escaleras conducen á un plano situado casi al nivel de su altura, y en él se ostenta la silla episcopal, monumento antiquísimo de mármol en una sola pieza.

»En las grandes solemnidades, en que el culto católico despliega toda su pompa; cuando nubes de incienso forman un segundo dosel sobre el tabernáculo, y numeroso pueblo llena toda la capacidad de la anchurosa iglesia, el obispo, que celebra de ponti-

fical, sube allí y ocupa tan venerable asiento; después de la incensación permanece hasta el ofertorio, y después de consumir vuelve á sentarse. Su mirada se pasea sobre toda la prosternada muchedumbre, que desde la más obscura extremidad del templo goza de la imponente vista de su pastor, sentado en aquella altura, medio oculto entre la olorosa humareda del incienso, y resplandeciente con las insignias pontificales...

»Es imponente el espectáculo que desde allí se goza; la iglesia se tiende á nuestros pies en toda su extensión, y la ilusión acrecienta sus proporciones.

»Numerosos sepulcros adornan las capillas; mas como en su mayor parte no ofrecen belleza alguna que no sea muy común en semejantes monumentos, daremos tan sólo una pequeña idea de los que, en nuestro concepto, merecen mayor atención...

»Al entrar por la puerta principal, en la primera capilla de la izquierda, llamada de San Pablo, hállase el sepulcro de D. Bernardo de Pau, obispo gerundense, que murió á 26 de Marzo de 1457, á los sesenta y tres años de su edad y veintiuno de su elección.

»Es el mejor monumento que en aquel género puede ostentar esa catedral; y la

profusión y difícil minuciosidad de sus detalles, claramente publican el siglo en que se construyó, que fué el xv. Está dividido en comparticiones horizontales, llenas todas de numerosas figuras...

»Al lado de la iglesia, de esa osada producción de la mejor época del arte, aparece una muestra imponente de la arquitectura verdaderamente gótica. Los artífices de los siglos xiv y xv respetaron aquellos venerables claustros, que se presentan hondos, vastos y negruzcos como una inmensa tumba.

»Antes de descender á ellos place contemplar tanto misterio, tanta majestad; y las rudas formas bizantinas hielan el alma con sagrado respeto, mientras que, en cierto modo, sentimos los espeluznos del terror.

»Una bóveda pesada y espesa, cuya mitad desaparece en apariencia tras las paredes, y que por lo mismo sólo forma un cuadrante de círculo, carga sobre pilares pareados, que, como aplastados por tan crecida mole, apenas se atreven á remontarse, y conceden estrecho paso á la luz por entre pequeños arcos semicirculares.

»El Génesis prestó asunto al artista que esculpió las labores de los capiteles, y su ejecución, en general tosca y bárbara, claramente manifiesta que las tinieblas de los

primeros períodos de la Edad Media todavía obscurecían el horizonte cuando se trabajaron, dejando asomar al través de su blanquizca lumbre un débil rayo de ese sol gótico, de ese arte que después debía fecundar el suelo de la Europa en riquísima vegetación.

»La abadía de San Pedro de Barcelona en sus claustros nos ofrece, aunque débilmente, una idea de la forma de los de la catedral gerundense, que, entre los pocos monumentos de aquella época que han respetado las injurias del tiempo ó el sacudimiento de las revoluciones, son un precioso dato de la historia del arte cristiano en su primer período. Todo en ellos respira quietud, y cierta sencillez simbólica y misteriosa es su carácter.

»La robustez más sombría desterró de ellos la elegancia; llevan marcado el sello de la barbarie; sus formas nada nos revelan ni se dejan penetrar por nuestro corazón, y obscuras é inmóviles aparecen, como un recinto vedado y terrible en que sólo deben resonar los pasos de los iniciados.

»Crece inculca la hierba en el patio; ocupa el centro el brocal de una cisterna, que se presenta á la vista como un montón informe de blanquecinas piedras, mientras al-

gunas esparcidas por el suelo resaltan entre el verdor del césped. Arboles altísimos lánzanse en busca del Sol, que apenas colora las cenicientas paredes de aquella obra, y sus verdes copas asoman al nivel de la techumbre de la vecina iglesia...

»A la otra parte de ella, frente á la puerta que conduce á los claustros, hacia el Mediodía, ábrese otra entrada lateral, llamada de los Apóstoles. Es una obra delicada, que el artífice dejó sin concluir, y lo que se construyó vese á uno y otro lado de la puerta, dispuesto para sostener los arcos en degradación de la ojiva, que es la forma de casi todas las entradas de la Edad Media.

»Consta como de dos pequeños cuerpos, de los cuales el primero ó el inferior presenta á la vista agradables comparticiones formadas por delgadísimas pilastras ricamente esculpidas, y dentro de cada cuadro muéstrase airosa una ojiva que remata en un florón y está subdividida en dos más pequeñas por una leve línea; hermosa combinación, que es uno de los mejores adornos en el género gótico, y que tanto realce da á las ventanas.

»Tanto la base como el remate de estas ojivas están sembrados de delicados detalles, que son tal vez de lo mejor que en escultura contiene aquella catedral.



»Divide á este cuerpo del segundo una faja de hojas, entre las cuales se esconden á trechos animales y frutas, cuya buena ejecución corre parejas con la de aquéllas.

»El segundo cuerpo consta de nichos incompletos en su parte superior, que contienen las estatuas de los apóstoles, obra de barro y de regular ejecución. Sostiénelas una especie de florones, si tal nombre puede darse á un montón de hojas caprichosamente enredadas y esculpidas con la mayor delicadeza. ¿Por qué se han casi desterrado de las iglesias esos portales salientes, cuyo profundo arco deja un espacio majestuoso desde la entrada del frontis hasta la puerta del templo, estrechándose á medida que se va acercando á la última?

»Aquellas estatuas, alineadas á entrambos lados, como si quisiesen formar ángulo, dan tanta majestad á la fábrica, que aparecen á nuestros ojos como fríos y mudos centinelas de la casa de Dios, que en su silencio impasible ahondan nuestras más ocultas intenciones, y muestran grave y airada su frente al que pisa el santo umbral con el alma embebida en pensamientos del mundo.

»La puerta de los Apóstoles, de que hablamos, convida á la calma y á la meditación religiosa; y en verdad, el lugar donde está

edificada se armoniza admirablemente con ella: á su frente se despliega un vasto osario; el silencio de la muerte vaga por todo aquel recinto; y al dejar atrás el santuario, al atravesar aquel pavimento de tumbas, nuestros pies entreabren por un extremo las losas, que vuelven á cerrarse sordamente, y, descendiendo algunas gradas, nos hundimos en las revueltas pendientes de aquellos barrios tristemente silenciosos.

»La historia de casi todos los templos más insignes se pierde en la obscuridad de los siglos; y los de Cataluña, por una rara coyuntura, quizás común á su mayor parte, ofrecen tres épocas marcadas que sobresalen en aquellos rudos y guerreros siglos, como señales benéficas de la paz.

»El continuo movimiento de las luchas, el furor de las invasiones, arrasaban las fábricas más sublimes, que no volvían á lanzar sus arcos á las nubes hasta después de pasada la tormenta...

»Sólo la buena memoria nos queda del primitivo templo que, tras las sangrientas persecuciones con que se vió afligido el cristianismo, osó proclamar con el lenguaje de sus campanas el nombre del Señor.

»Aquella tal vez humilde fábrica recibió durante muchos siglos las preces de los fie-

les gerundenses, y sólo el furor de los hombres pudo trastornar la firmeza de las paredes que resistían á los ataques del tiempo.

»La tempestad que, saliendo del Africa, precipitó sobre el suelo de España las legiones mahometanas, también tronó sobre Gerona, que se rindió, conservando sus privilegios, sus leyes y su religión.

»Pero los conquistadores hollaron el santo umbral de la iglesia bizantina, y, sobrado orgullosos para consentir que el culto cristiano hiciese alarde de toda su pompa en el centro de su misma conquista y en el templo principal, tomaron para sí la catedral, cuyo Cabildo pasó á la iglesia de San Félix.

»Cuando, en 785, las armas de Ludovico Pío plantaron en los muros de la ciudad el estandarte de la Cruz, Carlomagno protegió aquel santuario, que, libre ya de las ceremonias que hasta entonces lo profanaron, fué reparado un tanto de las alteraciones que le hubiesen acarreado las pasadas guerras.

»Así continuó hasta el siglo xi, en que ya se le calificaba de antiquísimo, pudiendo apenas guarecer á los sacerdotes contra la lluvia que penetraba por sus rotas paredes y hendiduras.

»Ocupaba entonces la silla episcopal Pe-

dro Roger, hermano de la condesa Ermesendis, y con laudable celo emprendió la renovación de la iglesia, ayudándole en su noble intento su cuñado el conde D. Ramón III y su hermana, que siempre se manifestó su protectora: dieron éstos para ello cien onzas de oro, para cuyo pago el obispo les vendió la iglesia de San Daniel, con todas sus pertenencias, á 18 de Junio de 1015 de la Encarnación.

»Estaba ya entonces empezada la nueva obra, en que se trabajaba con tanto ardor, que en 1038 púdose tratar de la consagración del nuevo templo, que se verificó á 21 de Septiembre por el arzobispo de Narbona, asistiendo á aquel acto, además del obispo gerundense, los siguientes: Oliva, de Vich; Heribaldo, de Urgel; Bernardo, de Cosseran; Guilaberto, de Barcelona; Berenguer, de Helna; Guifredo, de Carcasona, y Arnaldo, de Magalona.

»Honró con su presencia la ceremonia la condesa Doña Ermesendis, acompañada de su nieto D. Ramón Berenguer el Viejo, y en aquel mismo día regaló á la catedral trescientas onzas de oro, para construir el frontal del altar mayor. Pero aquella fábrica también desapareció, y sólo podemos formar una idea del gusto de su arquitectura

por los claustros y el cuerpo de campanas, que es casi igual al de Santa Clara de Barcelona, únicos restos de aquel antiguo monumento.

» La faz de Cataluña no era ya, algunos siglos después, la misma que en el XI: costumbres más dulces habían suavizado la franca rusticidad que en la época de los primitivos condes daban de sí los continuos sobresaltos y luchas contra los moros; la sencilla corona condal cruzárase con el cetro de un reino vecino, y las barras catalanas mezclábanse gustosas con la cruz aragonesa, al paso que creciera la población y perfeccionárase el gusto.

» Entonces, pues, deseó el Cabildo alzar á Dios un templo que correspondiese á su sagrado destino, y mucha gloria es para aquellos desinteresados canónigos haber acometido una empresa que sólo los reyes, las sedes principales ó los esfuerzos de todo un pueblo solían llevar á cabo.

» Tomóse tan generosa y cristiana resolución en 1312; pero, por causas que nos son desconocidas, no se principiaron los trabajos, y sólo se nombraron comisionados para la obra, cuyo cargo recayó en el arcediano Ramón de Vilarico y Arnaldo de Monrodón.

» Empezóse, por fin, en 1316 por el extre-

mo de la iglesia en tres naves; y aunque no podamos asegurar quién dió la primera traza, sin embargo, poco tiempo después nombran ya los documentos á un arquitecto, que, si no fué el autor, tuvo al menos buena parte en la invención, pues poco adelantada estaría en este caso la obra cuando se encargó de dirigirla.

» Es éste el maestro Enrique de Narbona, que por Febrero de 1320 impulsaba con su ejemplo y saber los trabajos de la fábrica, que seguía con ardor; su nombre se ha salvado del general olvido en que yacen hasta ahora la mayor parte de los artífices de aquellos tiempos, y tal vez sirva como de punto de apoyo al que desee más noticias de aquel digno arquitecto, que no nos proporcionan los documentos de Cataluña.

» Poco duró su noble tarea, pues la muerte vino pronto á arrebatarle en medio de sus esperanzas, cediendo el puesto á otro paisano suyo, Jaime de Favariis.

» Contrajo este segundo maestro la obligación de venir de Narbona seis veces al año, y el Cabildo le asignó doscientos cincuenta sueldos por trimestre.

» Corto fué el tiempo que disfrutó de semejante honorario, pues algunos años después desapareció su nombre y le reemplazó

otro artífice: notable y extraño cambio de maestros, que no siempre se verifica sin menoscabo de una fábrica en sus principios.

»En Mayo de 1325 suena el nombre de Bartolomé Argenter, que no sabemos si fué el que adelantó hasta casi su conclusión la obra del remate de la iglesia, ó si sólo escribió una línea en aquel bello poema cuya idea iban desarrollando diversos ingenios.

»En 1334 y 39 se trabajaba todavía en la misma parte del edificio, que ya estaría concluída en 1345, habiendo en aquel año Arnaldo Monrodón, entonces obispo de Gerona, fundado un beneficio en la capilla de los Santos Mártires, una de las recién edificadas.

»Perfectos y acabados aquellos tres elegantes trozos de nave que forman el presbiterio, á 12 de Marzo de 1347, colocóse allí el antiguo altar con extraordinaria pompa, y lo consagró de nuevo el arzobispo de Tarragona, Fray Sancho López de Ayerbe.

»De repente se abandonó el plan de tres naves con que se había comenzado el edificio, y desde los dos pilares que sostienen la bóveda del ábside siguió la obra en una sola.

»Así se efectuaba ya en 1388, y por un documento de 29 de Agosto del mismo consta la ordenación tomada acerca de tres capillas hacederas desde los referidos pilares,

en que se mandó que la última de las tres se erigiese á invocación de San Bernardo.

»Pasmó aquella innovación á cuantos esperaban ver continuada la fábrica bajo el plan con que se trazó al principio; y ciertamente, los espíritus menos débiles debían á primera vista retroceder delante de aquella atrevida operación que variaba su primera forma.

»Un solo arco cargando sobre pilares arrimados, endebles al parecer, debía recorrer todo el ámbito que describían reunidas las tres bóvedas del remate; y para colmo de temor, era menester lanzarlo á una altura mucho mayor que la de la nave central, si se quería presentar un templo arreglado y sublime.

»No le faltaron defensores á la nueva obra; pero el murmullo de sus contrarios creció por momentos, y hasta los miembros del Cabildo tomaron parte en aquella cuestión.

»Amargos debieron ser aquellos pocos años para el buen Guillelmo Boffiy, entonces maestro de la fábrica, que veía paralizados los trabajos por los continuos altercados, teniendo casi que abandonarlos á principios del siglo xv.

»Pero ascendió en 1415 á la sede episcopal Dalmacio de Mur, varón eminente, gran

protector de las artes y de las letras, y celoso del esplendor de su iglesia.

»Al ver interrumpida la obra, discordes los pareceres y algo agriados los ánimos con los frecuentes altercados, echó mano de un medio que para siempre honrará su prudencia y sabiduría.

»El documento que lo acredita es una preciosidad rarísima para la historia del arte, pues conserva los nombres de los arquitectos más famosos de Cataluña de aquella época.

»En la imposibilidad de insertarlo por entero, permítasenos extractarlo con alguna prolijidad...

»Reunido el Cabildo, decidióse que fuesen convocados doce arquitectos, los más célebres de Cataluña, como del vecino reino de Francia, y llamados á Gerona empezaron con la mayor gravedad sus sesiones, extendiendo inmediatamente las actas de aquel improvisado congreso.

»Diputaron el obispo y Cabildo á los venerables Arnaldo de Gurb, Juan de Pontos, canónigos, y al presbítero Pedro de Bosch, para que presidieran el acto y en su nombre interrogasen á cada uno de los artífices.

»Reducieron aquéllos la cuestión á tres puntos: 1.º Si la obra empezada en una nave

se podría continuar de manera que quedase segura y sin riesgo. 2.º Supuesto que no se pudiese ó no se quisiese continuar la obra en una nave, si la de tres sería conveniente, bastante y tal que mereciese proseguirse, y, en este caso, qué altura debería dársele. 3.º Qué forma ó continuación de las referidas obras sería la más compatible y proporcionada al remate de la iglesia, que ya estaba concluída en tres naves.

»Abriéronse entonces las operaciones, y, prestando cada maestro juramento de que declararía su dictamen según su conciencia, procedióse al interrogatorio.

»A 23 de Enero de 1416, jueves, expusieron su parecer los artífices siguientes, que mencionamos con el mismo orden con que se presentaron á ejecutarlo.

»Pascasio de Xulbe, escultor y maestro de la catedral de Tortosa, reputó buena y segura la obra de una nave, pero concluyó su dictamen declarando que la de tres era más compatible con la cabeza de la iglesia, á cuya opinión conformóse también su hijo Juan de Xulbe, escultor y suplente de su padre en la dirección de la catedral ya mencionada.

»Siguió á éstos dos Pedro de Vallfogona, escultor y maestro de la de Tarragona, y

dió también su voto á favor de la obra de tres naves, terminando así la sesión primera, que hubiese sido fatal al proyecto de Boffi, á no poner después un contrapeso á la validez de estos votos las poderosas razones que alegaron otros no menos dignos artífices.

»Al día siguiente, viernes 24 del mismo mes, volvióse á abrir el interrogatorio, y fué la sesión más interesante, pues presentáronse todos los arquitectos que debían completar el número fijado. Fué el primero Guillermo de la Mota, escultor y asociado á Pedro de Vallfogona en la dirección de la fábrica de la catedral tarraconense, y, preguntado sobre los tres mencionados artículos, ensalzó la obra de tres naves, pintando el peligro que en un temblor de tierra ó soplando grandes huracanes corrían las fábricas anchas, como sería la de una sola.

»Tras él emitió su parecer, igual enteramente, el arquitecto de la catedral de Barcelona, Bartolomé Gual, que tantas pruebas dió de su gusto en la dirección de la fábrica de los claustros de aquélla.

»De este modo peligraba el plan de una sola nave, y ni una voz se alzara hasta entonces á su favor, cuando se presentó Antonio Canet, escultor y estatuario de la ciudad

de Barcelona y maestro de la iglesia de Urgel.

»Después de asegurar la firmeza y solidez de aquella obra, alabó también con decoro la de tres naves; pero, al paso que declaró no era tan noble como la primera, presentó tantos inconvenientes, demostró tan hábilmente que tendría que desaparecer el ándito ó galería que corre toda la pared y que da extraordinaria hermosura al templo, que bastaban aquellas indicaciones para inclinar los ánimos á su favor, aunque no se hubiese abiertamente declarado contrario de la obra de tres, prefiriéndola de una.

»Mas, á fuer de ingenioso y sutil, sólo al acabar reputó ésta más compatible con la cabeza de la iglesia, y echó, digámoslo así, un nudo á sus razones, diciendo que, además de ser la iglesia incomparablemente más clara si se adoptaba, no se perderían los ánditos y la obra se efectuaría con mucho menos gasto; argumento sólido y concluyente en toda empresa cuyo móvil y fundamento es la caridad y desprendimiento de muchos.

»Sin embargo, el proyecto de Boffiy aun debía ser contrariado por algunos; y apenas acabó su declaración el arquitecto de la catedral de Urgel, votó á favor de la fábrica

de tres naves Guillermo Abiell, escultor y maestro de las iglesias de Santa María del Pino, del Carmen de Montesión, de San Jaime y del Hospital de Santa Cruz de Barcelona, cuyo dictamen siguió, aunque expresado con más moderación y alabando en parte la obra de Boffiy, Arnaldo de Valleras, arquitecto de la catedral de Manresa.

»Pero Antonio Antigoni, maestro de la iglesia de Castellón de Ampurias, defendió con resolución la tan contrariada obra; declaró la de tres de mal gusto é incompatible con la cabeza del templo, y afirmó que, aun concediendo que fuese algún tanto más tolerable ésta, deshaciendo la bóveda, como opinaban sus defensores, y dándole luego quince palmos más de elevación, nunca podría llamársela bella ni acabada.

»Esta manifestación fué, por decirlo así, la señal de ataque, y los que votaron después hicieron justicia al plan de una nave.

»Y, en verdad, cosa admirable es que los partidarios de éste fueron, si no los únicos, los que mejores y más científicas razones expusieron para sostener su dictamen: prueba irrecusable de que también los artífices de aquellos tiempos pesaban maduramente el plan de sus obras, arreglándolo según les dictaba su inspiración y la filosofía del arte.

»Guillermo Sagrera, maestro de la iglesia de San Juan de Perpiñán, después de contestar al primer artículo, asegurando que la obra de una nave era firme y segura, manifestó prolijamente su parecer en cuanto al segundo, diciendo en resumen: que la de tres no era proporcionada ni merecía continuarse, sino que debía cesar; que, en caso de proseguirse, debía deshacerse la bóveda de la segunda crucería desde las cerchas hasta los capiteles, derribando asimismo los pilares que se hubiesen hecho después para alzarlos á quince palmos de mayor altura, operaciones que no impedirían que la obra no fuese mezquina y miserable; y que se echaría á perder el corredor ó galería, al paso que igual dificultad se ofrecería en el ventanaje. Y, terminando su sencillo razonamiento, afirmó que la obra de una nave era incomparablemente más compatible y proporcionada al remate de la iglesia; que, en su conciencia, declaró se había construído y acabado en tres, con intención de que lo restante se hiciese y prosiguiese en una sola.

»Fué el último Juan de Guinguamps, escultor habitante en la ciudad de Narbona, que acerca de los dos primeros artículos contestó que la obra de una nave ofrecía

toda la seguridad y firmeza que de una fábrica pudiese exigirse, manifestando que la de tres no era suficiente ni se debía proseguir, porque nunca guardaría conformidad con el remate.

»Pero, al tratar del artículo tercero, ensanchó un tanto los límites de su sencilla y modesta exposición, é indicó un pensamiento que, puesto después en ejecución, dió notable gracia y belleza al edificio.

»Dijo, pues, que sin comparación la obra de una nave era más proporcionada al mencionado remate, al paso que manifestó cuán menos costosa sería.

»Mas como podía, con razón, objetársele que así la cabeza de la iglesia se presentaría baja y pequeña, y que desde el extremo de los tres arcos de aquélla hasta la cúspide, la bóveda, mucho más alta que la nave, quedara un trozo de pared feo y desnudo, indicó con mucho ingenio que se evitaría semejante inconveniente, pues en el mencionado trozo de pared habría tanto espacio, que bien se podrían abrir en él tres redondas y bellas rosas, la mayor en el centro, y otra más pequeña á cada lado, que, además, darían abundante luz á toda la iglesia.

»Así terminó aquella sesión, cuya acta ha conservado los nombres de tantos distingui-

dos artífices; documento tal vez único en su especie, y dato fecundo en consecuencias y reflexiones para aclarar muchos puntos de la historia del arte de la Edad Media.

»A 8 de Marzo del siguiente año, 1417, emitió con la misma formalidad su dictamen el maestro de aquella iglesia Guillermo Boffy, que en sus razones no hizo más que confirmar las de los que le precedieran y lo que demostrara con su misma obra.

»Oídos, pues, todos los pareceres, llegó por fin el día en que debía decidirse tan importante cuestión, y cúpole esta gloria al 15 del mismo mes.

»Celebróse solemnemente misa de la Virgen Santísima, y, convocándose á son de campana el respetable Cabildo, á que asistió el obispo D. Dalmacio de Mur, por unanimidad resolvió que la obra de la iglesia gerundense se prosiguiese en una nave: sabia determinación, hija del más maduro examen, pues en el mes de Septiembre del año anterior se leyeron al Cabildo los votos de los arquitectos, pudiendo así con la debida calma meditar aquel asunto.

»En 1456 ya estaba en pie la última capilla, titulada de San Pablo, que es la primera á la izquierda del que entra. Mandóla construir el obispo D. Bernardo de Pau, á

cuyo favor el maestro herrero firmaba apocá, á 25 de Abril de aquel año, por las rejas que en ella trabajara.

» Aunque de semejante documento pudiera deducirse que la nave estaba ya concluída, faltando sólo cerrarla con el frontis, sin embargo, no creemos se hubiesen edificado los últimos arcos, como lo veremos en breve.

» ¿Era entonces maestro el mismo Guillermo Boffiy, ó, siguiendo el continuo vaivén y cambio de arquitectos que sufrió aquella catedral desde sus principios, continuaba su plan otro artífice?

» Cuestión es ésta que podemos resolver de un modo absoluto: los documentos contemporáneos nada dicen sobre el particular, y la luz que en este asunto arrojan algunos, poco posteriores ciertamente, no sacan de la obscuridad el nombre de Boffiy, sino el de otro arquitecto (1).

(1) En el contrato firmado en 4 de Diciembre de 1458 por el escultor barcelonés Antonio Claperós para la conducción de las imágenes de los doce apóstoles, se dice que eran *ab antiquo fabricatis*; lo que supone perfectamente los sesenta años que transcurrieron desde la construcción de la puerta hasta que en ella se colocaron las estatuas debidas á Claperós.

»En 1458 se construía la puerta lateral de los Apóstoles, y Berenguer Cerviá dirigía los operarios en calidad de maestro mayor, cobrando cada día tres sueldos.

»También se hicieron entonces las doce estatuas de los discípulos de Jesús, que costaron seiscientos florines, estipulándose en el convenio que las formase el artífice de aquel barro de que se fabricara la imagen de Santa Eulalia y la cruz de la puerta nueva en Barcelona.

»Entre tanto continuábase con lentitud la fábrica de la nave (1), que no se hallaba todavía en su punto de perfección á mediados del siglo XVI.» (*España, sus monumentos y artes.—Cataluña.*—Todo lo transcrito es de D. Pablo Piferrer.)

Monasterio de Poblet.—Con la descripción de este nunca bastante renombrado monasterio cerramos las de este libro: y lo elijo para remate de él, porque fué esta grandiosa fábrica un compendio de cuantas clases de arquitectura dejamos aquí apuntadas.

En su iglesia, capillas y magníficos sepulcros resplandece la grandiosidad y mag-

(1) En 1479 era maestro de la obra Juan Agustí' quien entendía también en relojería, como su yerno el maestro Juliá, recibiendo ambos del Cabildo el encargo de fabricar el gran reloj para La Seo.

nificencia de la «Arquitectura y escultura religiosa»; en sus muros, torreones y disposición de los patios se ve la «Arquitectura militar» de la Edad Media; en el alegre palacio que D. Martín construyó dentro de él, se toca la comodidad, holgura y gusto de los palacios de la grandeza; y en lo dilatado de su jurisdicción civil y eclesiástica, como en la riqueza de todos los ornamentos propios del culto, se admira la opulencia de aquellas célebres abadías, florecientes y abundantes mientras fueron gobernadas por sus legítimos poseedores; pobres y en escombros no bien la descarnada mano de los gobiernos civiles posa sobre ellas.

Se hallaba situado el monasterio de Poblet en un extenso valle al pie de una montaña, formando un «paralelógramo más dilatado por el lado del Sur que por el del Norte: su superficie se hallaba cubierta de bosques, huertas y viñas, fertilizada por abundantes manantiales, y hermosada con varias granjas y casas de recreo: encerraba canteras de preciosos y variados jaspes, que, con los robustos y corpulentos robles de sus bosques, prestaron materiales para las suntuosas obras del edificio que nos ocupa.

»El día 6 de Mayo de 1151 quedó erigido este monasterio, siendo solamente la capa-

cidad de su iglesia de ocho varas de largo y seis de ancho.

»Entre los reyes, ricos señores y nobles magnates que rivalizaron en la fundación de monasterios cistercienses, impulsados por el espíritu religioso de aquella época, se distinguieron los reyes de Aragón, mostrándose espléndidos y dadivosos con el monasterio de Poblet, á cuyo favor hicieron infinitas concesiones y donaciones; en su archivo se conservaban originales estos privilegios, como igualmente las bulas expedidas por varios pontífices que le dispensaron protección.

»Así es que su incremento fué tan rápido como su poderío, riqueza y magnificencia; fué erigido en sitio real y panteón por los reyes de la Corona de Aragón, y las más ilustres familias construyeron también sus sepulcros en aquel recinto, que, á pesar de haberse constituido en regia mansión mortuoria, mandó construir en él el rey D. Martín un palacio de recreo, que, aunque no llegó á concluirse, sirvió de cómodo hospedaje á varios reyes en diferentes épocas.

»Los abades de este monasterio eran mitrados; su nombramiento en un principio era perpetuo, y últimamente sólo por cuatro años; ejercían una autoridad extensa, y, ro-

deados de una especie de corte y ceremonial feudal, habitaban en su palacio especial, y eran reputados por los más ricos y poderosos señores eclesiásticos, bajo cuyo dominio estaban, rindiéndoles feudo y vasallaje los señoríos y abadiatos de Pronafeta en Valencia».

Describe ahora el Sr. Madoz en su *Diccionario Geográfico* las granjas ó masías que poseía cada uno de estos señoríos, que eran muchos, y continúa así:

«En cuanto al dominio espiritual, estaban sujetos al monasterio, ó á sus abades, la comunidad de San Vicente, mártir, extramuros de la ciudad de Valencia; los prioratos de Nazareth en Barcelona y de Nuestra Señora del Tillart, situados á la vista de Poblet.

»Los abades eran también rectores natos de varias iglesias parroquiales, y tenían bajo su patronato algunas vicarías, y un sinnúmero de beneficios en diferentes iglesias de ciudades, villas y lugares de Cataluña y de Valencia.

»Para la instrucción de sus jóvenes profesores poseían en Huesca, é incorporado á su Universidad literaria, un Colegio Mayor, dirigido por un rector de la misma Orden.

»La comunidad aumentó considerablemente en poco tiempo, al par de su engran-

decimiento; de modo que, no siendo suficiente el primitivo edificio para colocar á sus monjes y domésticos, se dieron á éste nuevas y capaces dimensiones.

»El monasterio se hallaba circuído de un muro de dos mil ciento cincuenta y cuatro varas de extensión y seis de altura, con sólo una puerta hacia el Oeste, que daba paso al interior, y sobre la cual se hallaba una estatua de la Virgen.

»Para penetrar al interior era preciso cruzar una extensa plaza, en cuyo lado izquierdo se hallaba una línea de edificios ocupados por los oficios de carpintería, herrería, cerrajería, carreteros y mozos de labranza.

»Entre el mencionado muro y el cuerpo principal del edificio estaba la despensa, cocina, graneros, silos, bodegas, habitaciones de religiosos ancianos, y el dormitorio y locutorio de los conversos.

»Al citado cuerpo daba paso una magnífica portada de piedra, que llamaban la Dorada por hallarse sus puertas revestidas con fuertes hojas de bronce labrado y dorado, adornada con los escudos de Aragón, Sicilia y Castilla, el símbolo de Poblet, y timbres de dos abades; y entre otros varios relieves en la parte superior, se veían también

las armas de Aragón y Nápoles, rodeadas de cruces de Jerusalén.

»En este sitio se verificaba el recibimiento á las personas reales.

»A la derecha de esta portada se hallaba una capilla dedicada á la Virgen del Rosario y al caballero San Jorge.

»Desde aquélla se pasaba al atrio, cuyas paredes cubrían diferentes pinturas al fresco, y á la salida se veía otra plaza, que á su derecha contenía la hospedería y el palacio abacial con un vasto jardín; á su izquierda la primitiva iglesia dedicada á Santa Catalina, y enfrente una capilla pequeña, bajo la advocación de la Virgen del Cíprés.

»Inmediato á la primera y contigua al hospital de enfermos pobres, en que se les prestaba asilo y asistencia á los criados del monasterio y pasajeros, tenía el monje portero su habitación.

»La clausura se hallaba cercada con una verdadera fortificación; la total circunferencia de sus cuatro lienzos, iguales en extensión, medía setecientas ochenta varas, catorce y media de elevación y dos y media de espesor; la obra era de cantería, coronada con antepechos, troneras y empavesadas; se empezó á construir por orden del rey Don

Pedro IV de Aragón en 1367, y se concluyó en 1377.

»En torno de sus lienzos ó murallas tenía colocados militarmente, para su defensa, doce torreones almenados; el muro sólo tenía dos entradas; la principal conducía á la iglesia mayor, y sus puertas estaban forradas con planchas de bronce labradas de esculturas y relieves; la otra daba paso á la clausura, y era la llamada Real, flanqueada y protegida por dos torreones almenados, en cuyas paredes se ostentaban los escudos de Aragón y Cataluña.

»Aun existen en pie los arcos, en parte derruidos, que sostenían los dos claustros que adornaban el interior: encima de uno de éstos, llamado de San Esteban, se hallaba la enfermería de los religiosos; el otro era un punto céntrico que comunicaba con todas las piezas principales del monasterio; en ambos se manifiesta todavía la elegancia y gusto de su obra, por la belleza de sus delgadas y altas columnas góticas, y el ímprobo trabajo de sus labores.

»El segundo cuerpo ó galería superior, apoyada sobre la cornisa de los citados arcos, es del mismo orden y gusto; aun se ven en las paredes de los corredores las puertas que comunicaban con el noviciado,

calefactorio, refectorio y cocina, cuyas oficinas estaban contiguas á la botica, horno y bodega.

»El refectorio era una pieza de una sola nave de treinta y tres varas de largo y doce de ancho; á su entrada, que formaba una especie de pórtico, se elevaba una bóveda de jaspe sostenida por cuatro columnas que cubría un tazón de la misma piedra, de cincuenta y dos palmos de circunferencia, y que recibía el agua por treinta y cuatro caños.

»La sala capitular es la única pieza que se conserva casi del todo entera, y era la más notable del monasterio por su belleza: la puerta está adornada con un grupo de nueve columnas góticas á cada lado, que sostienen un arco semicircular; la sala es un cuadro perfecto, con tres naves apoyadas sobre cuatro elevadas columnas, de cuyos capiteles se desprenden las arcadas hacia sus centros, estribando sobre grandes florones; alrededor de ella corren tres gradas espaciosas, con un respaldo gótico en la superior; el pavimento está en su mayor parte cubierto con grandes lápidas sepulcrales, en cuyas tumbas se hallan sepultados algunos de los abades del monasterio.

»El palacio del rey D. Martín, aunque

nada tenía de notable en su construcción, se hallaba recargado en todas sus partes de jaspes y alabastros, que le daban cierto aspecto de riqueza y esplendidez, que manifestaba el objeto de su destino.

»La biblioteca era un salón con buenas luces, de treinta y cuatro varas de longitud por trece y media de ancho: adornábanlo los retratos de D. Pedro Antonio de Aragón y de su esposa Doña Ana Catalina de la Cerda, duques de Segorbe y de Cardona, que hicieron donación al monasterio de tan magnífica y curiosa librería; los estantes eran todos de ébano, cerrados con cristales antiguos de Venecia, de grandes dimensiones, y contenían seis mil volúmenes con encuadernaciones iguales de taflete, cantos, cortes y lomos dorados, y las armas del duque de Cardona en sus cubiertas: la mayor parte de las obras eran de un mérito inapreciable por su originalidad, contándose entre ellas casi todas las mejores producciones de autores alemanes de los siglos XVI y XVII.

»Un crucifijo encerrado en un escaparate de ébano, y dos pedestales de la misma madera, que sostenían dos grandes esferas geográficas, completaban el adorno de esta sala, que comunicaba con otra, casi de igual extensión, llamada la librería antigua, cu-

yos estantes, de madera ordinaria pintada, contenían otros seis mil volúmenes.

»La sacristía, situada en el crucero de la iglesia mayor, al lado de la Epístola, estaba construída de hermosos y variados jaspes pulimentados, con infinitos adornos: existen aún restos de su hermosa portada: el interior era todo de sillería, estribando su bóveda sobre pilastras, y en el centro un cimborio octógono con ocho ventanas.

»Lo más notable y sorprendente de este sitio era el innumerable cúmulo de relicarios, vasos, imágenes y alhajas de oro, plata y ébano, recargadas de ricas pedrerías, y colocadas simétricamente en grandes armarios de ébano, cerrados con cristales de Venecia, entre los cuales y frente á ellos había grandes espejos antiguos, que multiplicaban hasta lo infinito todas aquellas preciosidades: estos grandes aparadores se apoyaban sobre anchas cómodas de nogal barnizado, rematando en medallones embutidos con delicadas alegorías.

»La fachada de la iglesia mayor está decorada con cuatro columnas de jaspe, en cuyos intercolumnios se ven todavía las estatuas de San Benito y San Bernardo; el grandioso pórtico que da paso al templo tiene dos capillas laterales: el interior de

éste describe una prolongada cruz latina en sus naves laterales, á cuyo extremo superior está el altar mayor; toda la fábrica es de sillería; su pavimento se hallaba cubierto con jaspes negros y alabastros, distribuídos en cuadros ó piezas de un palmo cada una: lo más notable de este recinto es el retablo mayor, que, á pesar de las mutilaciones que ha sufrido, manifiesta aún su preciosa obra de alabastro de Sarreal, en cuyo primer y tercer cuerpo se representan los misterios de la Pasión en primorosos relieves; en el segundo una imagen de la Virgen con tres santos á cada lado, y en el último se hallan las estatuas de Jesús y sus doce apóstoles, rematando en pináculos adornados de cestería, cubiertos con delicados calados hasta los extremos.

»Entre este altar mayor y otros dos laterales que había, de mucho mérito, existen dos puertas, mutiladas en sus adornos, que conducían al sagrario.

»Este reducido espacio, cerrado con una verja, contenía una obra admirable de escultura en una preciosa y diminuta *Cena* esculpida en alabastro, apoyada sobre la gradería de un pequeño altar de jaspe bruñido.

»La iglesia y el pórtico contenían diez y

siete altares de piedra con retablos de madera. En el crucero de aquélla se ven aún dos grandes arcos de sillería, apoyados en sus columnas laterales, en cuyos anchos claros estaban los reales panteones, de los cuales se conservan restos destrozados.

»El coro ocupaba el extremo de la nave central; llenaban su recinto cien sillones de roble con altos espaldares, rematando cada uno en un dosel embutido de caprichosas y variadas entalladuras de crestería. Daba salida al coro una puerta gótica de piedra, construída en 1584, en cuyo centro se veían las armas de Aragón y del abad Oliver.

»El grandioso órgano, colocado en el intercolumnio del lado de la Epístola, se construyó en igual fecha; fué incendiado en la revolución de 1822; pero al ocupar de nuevo los monjes el monasterio, después de aquella época, se fabricó otro en el mismo sitio, que costó quince mil libras catalanas, y que en nada le excedía por su mérito el antiguo.

»La magnífica obra de los dos panteones, objeto principal del monasterio, fué mandada construir por el rey D. Pedro IV de Aragón, para colocar los restos mortales de su augusta familia y sucesores; su materia es de transparente alabastro de Sarreal; da-

ba paso al interior una pequeña puerta de bronce dorado, en cada uno de ellos, adornada con una corona real embutida en su centro; sus bases sostenían tres comparticiones góticas separadas por estatuas, sobre las cuales corría un ancho friso, entallado de delicados adornos, y en ambos panteones concluía su remate con tres urnas góticas separadas por columnas, en torno de las cuales había una galería calada con pequeños doseles, que cubrían figuras de posturas llorosas con anchas vestiduras talares y capuces; el frente de cada panteón estaba compartido en tres partes ó cuadros embutidos de relieves, representando batallas y acciones memorables de los reyes allí depositados: cobijaban aquellos monumentos tres arcos originales, sobre los cuales se veían doseles afilegranados, dorados y pintados en su parte interior de azul con estrellas de oro, recibiendo todo aquel extraño recinto una opaca luz por medio de los débiles reflejos de pequeños vidrios de colores que cubrían sus claros intermedios.

»Tanto estos panteones como la nave principal y crucero estaban llenos de sepulcros que contenían los restos mortales de parte de la familia real de Aragón, y los fieles caballeros que no quisieron abandonar

á sus señores, aun después de su muerte, en esta fúnebre morada.

»Omitimos aquí la enumeración de todos ellos, por no hacer demasiado difuso este artículo, supuesto que nuestro propósito es sólo conservar á la posteridad un recuerdo de la magnificencia de este monasterio.

»Los monjes eran comúnmente enterrados en un cementerio que se hallaba al lado del Sur, entre la pared de la iglesia mayor y el muro; su recinto contenía varios sepulcros de la misma pompa que los anteriores.

»La narración de los ricos y preciosos adornos que decoraban la iglesia, y de las alhajas, ornamentos y útiles para el culto, sería demasiado prolija: citaremos solamente lo más notable para formar idea de su riqueza y grandiosidad: colgaduras de grana para la iglesia, festoneadas y guarnecidas con ricos y primorosos realces bordados en oro; un sinnúmero de magníficos tapices y grandes alfombras; un terno y paramento completo, pontifical, para los oficios de difuntos, compuesto de ocho capas pluviales, frontal, paño para el púlpito y todos los demás adornos necesarios de terciopelo negro, bordado en grandes y anchos realces de oro; una alfombra de la misma calidad y gusto, de treinta y cuatro palmos de lar-

go y veinticuatro de ancho, orlada con una cenefa de cuatro palmos, campeando en su centro el escudo de la casa de Segorbe y Cardona, en realce de oro y plata, cuyo rico paño se colocaba en el centro intermedio de los dos panteones; alrededor de él se colocaban doce blandones de ébano con filetes de bronce dorado, de nueve palmos cada uno.

»De igual manera y gusto eran los seis candeleros de mayor tamaño que guarne- cían el altar, un crucifijo con su imagen de bronce, dos ciriales, dos atriles, dos facistol- les, seis bordones, cuatro taburetes y un si- llón griego cubierto con un paño de broca- do, en el que se sentaba el abad revestido con las insignias episcopales, rodeado de su numerosa comunidad, que, como á hábito de coro, vestía cada monje el holgado y mi- litár manto con cola de lana blanquísima.

»Los vasos sagrados, imágenes, relicar- ios, blandones y candelabros de oro y pla- ta, cuajados de piedras preciosas, eran sin número, no solamente ricos por su mate- rial, sino también por su mérito artístico; una custodia de oro, sostenida por un án- gel apoyado en un alto pedestal, engastada de brillantes y rubíes, considerada como un prodigio del arte por sus labores, fué dá- diva de la casa de Segorbe y Cardona.

»La Verónica, lienzo encerrado en urna de plata, rodeada de catorce figuras de santos, ángeles, otras simbolizando las virtudes, y catorce de querubines cobijadas é interpuestas con delicados relieves, rematando en un crucifijo de ocho palmos de alto y cuatro de ancho.

»Un frontal para el altar mayor, reputado por una joya de mucho valor intrínseco, embutido de flores, frutas y animales, formado todo de lápizlázuli, ágatas, perlas, jaspes raros, cornelinas y topacios; compartido en tres divisiones guarnecidas de plata y bronce dorado, ocupando su centro una imagen de la Virgen con ocho atributos, todo de plata, en bajos relieves primorosamente cincelados.

»Infinitas eran las riquezas destinadas para el adorno del templo; además de las propias para el culto, había también un sinnúmero de reliquias de santos encerradas en relicarios de oro, plata y ébano, la mayor parte engastadas de preciosas pedrerías.

»Durante la calamitosa época de la última guerra civil ha sido completa la destrucción de este monasterio; abandonado por sus monjes en 24 de Julio de 1835, en virtud del decreto de la exclaustración, el hacha en el bosque y la tea incendiaria en el

edificio lo aniquilaron del todo; las columnas volantes que por allí transitaban fijaron sus vivaques en la iglesia, y, codiciando imaginarios tesoros ocultos, violaban las tumbas, desparramando los esqueletos y reduciendo á cenizas las regias vestiduras de los difuntos para fundirlas en el crisol; allí han perecido curiosos efectos históricos, ricos ornamentos y mil preciosidades dignas de perpetua conservación.

»Este real sitio era una joya artística que debió ser respetada y protegida, siquiera atendido su carácter histórico.

»Hoy se halla reducido á un montón de ruinas, ñe entre las cuales pudo recoger D. Antonio Serret, cura párroco de la Esplugu de Francolí, la mayor parte de los restos reales, y los trasladó á una de las bóvedas de la iglesia de su parroquia, animado de un celo tan religioso como patriótico, hasta que pudo lograr la traslación de ellos á Tarragona.»

A lo que nos acaba de decir con claridad y precisión histórica el bien acreditado *Diccionario*, no le sobraré alguna pincelada de mano tan maestra como es la del señor D. Víctor Balaguer en su ameno libro *Las ruinas de Poblet*. Dice, pues, el bardo catalán:

«Allí se leen aún en aquellas rotas lápidas, y se ven en aquellas mutiladas estatuas que andan á trozos por el suelo, los nombres y los hechos, las efigies y los trajes de cien nobles caballeros de la Corona de Aragón... Esparcidos por los claustros y capillas estaban los panteones y monumentos fúnebres de algunos condes de Urgel, la ilustre familia que, por lo alto y antiguo de su nobleza, rivalizaba con la casa de Barcelona...; allí estaban los de algunos vizcondes de Cardona, magnates poderosos que se preciaban de ser, y así lo hacían constar en sus blasones y sepulturas, condes entre los reyes, pero reyes entre los condes...

»Allí, entre aquella fúnebre corte de egregio procerazgo, se alzaba relumbrante de oro y púrpura el panteón, que sobrepujaba á toda riqueza por sus espléndidas urnas góticas, por sus mármoles y esculturas, por sus trabajos primorosos, por sus labradas puertas de bronce, por sus dorados doseletes, por sus bovedillas de azul cuajadas de estrellas de oro, por sus cuadros de piedra con los hechos más culminantes de los reyes, por sus estatuas de mármol con vestiduras reales ó con hábitos de monje, y, finalmente, por sus tendidas franjas de bajos relieves, donde aparecían, como en procesión de

duelo, grandes grupos de compungidos varones, con luengos trajes talares, que asomaban la doliente faz por entre el rebozo de su manto...

» Junto á los monarcas descansaban sus esposas y sus hijos, las reinas y los príncipes; á sus pies las familias de los magnates deudos de la casa real; en torno, y por toda la ancha extensión de las naves, las damas y caballeros de su corte...

» Aquello era un pueblo de sepulcros, una ciudad de muertos...

» Allí estaban todas las grandezas de la tierra en el seno de todas las majestades de la muerte; pero allí también, en medio de aquel silencio y de aquella soledad; allí, donde todo estaba frío, helado y mudo; allí había, sin embargo, algo que vivía con toda la exuberancia de una vida poderosa; algo que hablaba con la voz tonante de las tempestades y de las multitudes; algo viviente, animado, parlante, prócero: la historia de la Corona de Aragón, que allí se hallaba con sus monarcas ejemplares, con sus libertades y parlamentos modelos, con sus capitanes de épicas hazañas, sus jurados y cancelleres de romanas virtudes, sus leyes dominando la braveza de las pasiones, sus flotas domando la fiereza de los mares, y su progreso

y su civilización alumbrados por la eternidad de su gloria».

Si este nunca bastantemente celebrado monasterio de Poblet no pudiera alegar en su favor el *visto bueno* de todos los siglos por que ha pasado, tan justas alabanzas de su grandeza y majestad más parecerían deliquios de algún poeta de roncón y terremoto que conjunto de artísticos é históricos conceptos expresados con vehemente y patrio amor.

«¿Qué templo poseyó jamás tanta riqueza, dice el Sr. Pi, en monumentos sepulcrales, ni dónde mejor que en él pudiera el artista hacer un estudio completo de las sepulturas góticas de todas épocas? Desde las fúnebres y sencillas urnas levantadas en las paredes de los claustros hasta el trabajado sarcófago de los monarcas, ¡cuánta variedad, cuánto interés en los detalles, qué riqueza la de los trajes, qué expresión la de las figuras!...

»La voz de las ruinas de Poblet llegó hasta las naciones más apartadas de Europa, que deploraron unánimes la pérdida que experimentaron las artes desde el momento en que penetró dentro de sus regios muros el hacha de nuestras revoluciones.

»Rompiéronse entonces las bóvedas de sus inmensos salones, derribáronse los be-

llos calados de la mayor parte de las ojivas de sus claustros, penetróse en la iglesia y violáronse los sepulcros de los reyes que descansaban en ellos bajo elegantes cúpulas sembradas de oro y pedrería; levantáronse sobre la punta de los fusiles las momias de esos grandes héroes...

»Vinieron después de los destructores los artistas, y por un mal entendido amor al arte hicieron desaparecer los fragmentos de los sepulcros que debían darnos ahora una idea, aunque imperfecta, de lo que antes fueron.

»El monasterio era, sin embargo, sólido, y pudo resistir á los embates de los siglos y de las revoluciones: cayó parte de sus bóvedas, pero no los muros de sus salas, ni los de las inmediatas dependencias del convento. Allí está aún en pie, para vergüenza de los destructores, la pequeña capilla gótica de San Jorge, donde doblaban los monarcas la rodilla antes de entrar en el monasterio; la puerta en que fueron recibidos procesionalmente los Reyes Católicos, conocida con el nombre de Puerta Dorada, desde que la hizo dorar Felipe II; los vastos lienzos de muralla con que Pedro IV hizo trabajar personalmente á todos los habitantes de las vequerías de Montblanch, Lérida y Cervera; la Puerta Real, abierta en ellos entre dos to-

reones octógonos coronados de almenas abarbacanadas, y defendida en la parte superior por otra barbacana; la bodega, el lagar, el claustro, el refectorio, la biblioteca, bello salón gótico de dos naves, ocupado en otro tiempo por más de tres mil volúmenes guardados en estantes de ébano por cristales de Venecia; el dormitorio del noviciado, cuyas numerosas ojivas, privadas ya de las bóvedas que antes sostenían, parecen cerrarse en el aire bajo la azulada cúpula del cielo; el palacio del rey D. Martín de Aragón, que tan bellamente descuella detrás de los torreones de la puerta, adornado de ricas ventanas góticas, tras cuyas ligeras columnas y delicadísimos calados se ve aún descollar sobre el vasto conjunto del monasterio el alto cimborio gótico que cobija el crucero; la iglesia, por fin, espacioso templo de tres naves y siete ábsides, sentado sobre sus eternos pilares y enriquecido aún con el altar de mármol que recibió de la munificencia y piedad de aquel grande emperador Carlos V, que fué al fin de su vida á encerrar dentro del claustro de Yuste los laureles recogidos en sus cien campañas.»

No me he olvidado del reino de Navarra, cuyo rey D. Sancho el Mayor fué el tronco de los monarcas de Aragón, León y Cas-

tilla: la iglesia de San Miguel in Excelsis, de famoso y rico retablo; los palacios de Tafalla y Olite; el monasterio de San Salvador de Leyre, panteón de los reyes de Navarra, y no pocas iglesias del siglo XIII y parte del XIV, muy hermosas y de estilo románico, no pueden ser aquí descritas, por muy anteriores al siglo décimoquinto.

Con esto pruebo cuán parco he sido en la enumeración de monumentos que acreditan el adelanto que en arquitectura y escultura tenían los españoles un siglo antes de haberse descubierto el Nuevo Mundo; y para que no quede el dicho sin más arrimo que el de mi palabra, pondré en otro sitio los nombres de otras muchas obras de arquitectura, dignas, por supuesto, de llamar la atención de personas peritas, todas ellas empezadas y las más acabadas en la décimaquinta centuria.

En otro sitio, placiendo Dios, procuraré dar alguna idea de nuestra arquitectura anterior al siglo XV, para que los americanos que lo necesiten sepan que no un siglo, sino cuatro y cinco antes de que fuera la América conocida, ya teníamos por acá grandes bellezas arquitectónicas, y tan grandes como bellas.

A. M. D. G.

Precio, 2 pesetas.

ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
Prólogo.....	I
La Cartuja de Miraflores.....	6
La Catedral de Barcelona.....	26
San Gregorio de Valladolid.....	36
Zamora.—Coro de la Catedral.....	43
Iglesia de la Magdalena y otras.....	44
Salamanca.—Alba de Tormes.....	49
Claustro de la Catedral de Oviedo.....	51
Toledo.—San Juan de los Reyes.....	58
Guadalajara.—Palacio del Duque del Infantado...	72
Salamanca.—Universidad.....	77
Colegio de Santa Cruz en Valladolid.....	81
La Lonja de Palma.....	84
Catedral de Sevilla.....	90
Santo Tomás de Ávila.....	97
Toledo.—Capilla y sepulcro de D. Alvaro de Luna.	102
Burgos.—Retablo en la iglesia de San Nicolás de Bari.....	108
El castillo de Villalba de Alcor.....	118
Monasterio de Monte Aragón.....	132
Castillo de Coca.....	138
Zaragoza.—El convento de Santa Engracia.....	142
La torre de la Catedral de Toledo.....	146
Púlpito de San Vicente Ferrer en Toledo.....	149
El Monasterio de San Salvador de Oña.....	150
Burgos.—Sepulcro de D. Juan de Padilla.....	154
Segovia.—Santa María del Parral.....	156
Burgos.—Capilla del Condestable.....	159
Catedral de Gerona.....	175
Monasterio de Poblet.....	203

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	<u>Pts.</u>	<u>Cts.</u>
<i>La Inquisición Española</i>	3	»
<i>Tratado de Cosmografía</i>	5	»

PUBLICADO HASTA AHORA DE LOS «ESTUDIOS CRÍTICOS»

PARTE PRIMERA

I.— <i>Colón y los Españoles: tercera edición.</i>	3	»
--	---	---

PARTE SEGUNDA

II.— <i>¿Hubo derecho á conquistar la América? Análisis político del Imperio incásico: tercera edición</i>	3	»
III.— <i>La conquista del Perú: id.</i>	3	»
IV.— <i>Las guerras civiles y la anarquía: id.</i>	3	»

PARTE TERCERA

V, VI.— <i>Industria agrícola-pecuaria llevada á América por los españoles</i>	6	»
VII.— <i>Industria fabril que los españoles fomentaron y arruinaron en América.</i>	3	»
VIII, IX.— <i>Industrias mecánicas</i>	6	»
X, XI, XII.— <i>Industria naval</i>	9	»

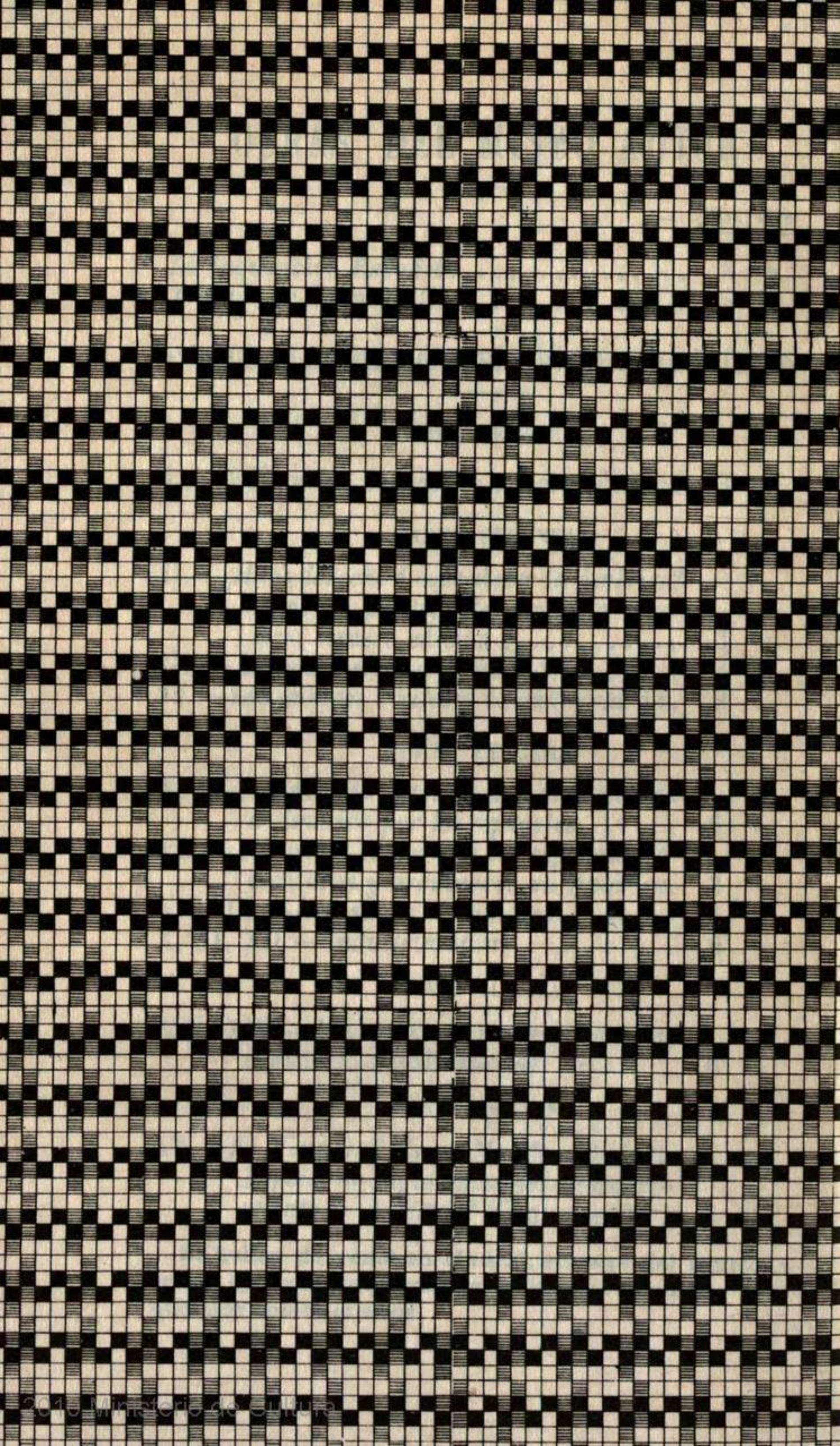
PARTE CUARTA

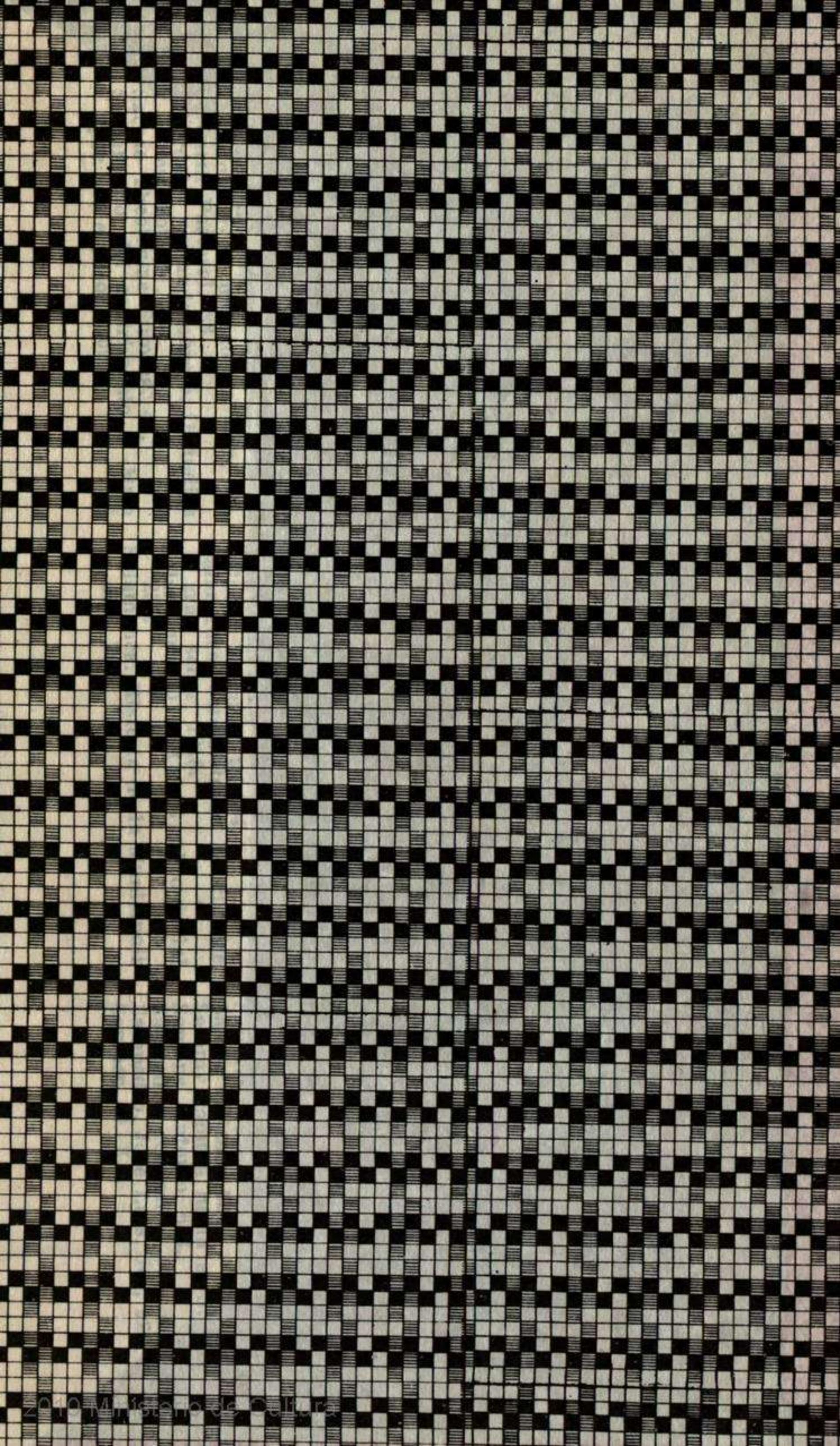
XIII, XIV.— <i>Bellas artes: pintura, música, escultura, canalizaciones, etc.</i>	6	»
---	---	---

PARTE QUINTA

XV.— <i>El Viejo y el Nuevo Mundo. ¿Qué era España un siglo antes del descubrimiento de América? (Continuará)</i> . . .	2	
---	---	--

Se hallan de venta en Madrid, en casa del Editor, y en las librerías de Hernández y Suárez. Véndense también por tomos sueltos.







CAPPA

ESTUDIOS
CRÍTICOS
ACERCA DE LA
DOMINACIÓN
ESPAÑOLA
EN
AMÉRICA

DEL
VICERO Y DEL
NUEVO MUNDO

XV

970/80
CAP

1901 .. 1902

A MUSEO